

A close-up portrait of a man with dark hair and light eyes, wearing a white button-down shirt that is open at the collar. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a blurred city skyline at night with various lights.

*Te prefero
a ti*

LU BASQUET

Te prefiero a ti
Siempre hay tiempo para amar, incluso en el
trabajo

LU BASQUET

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[CAPITULO 1: CARLOS](#)

[CAPITULO 2: CARLOS](#)

[CAPITULO 3: CARLOS](#)

[CAPITULO 4: CARLOS](#)

[CAPITULO 5: DIANA](#)

[CAPITULO 6: CARLOS](#)

[CAPITULO 7: DIANA](#)

[CAPITULO 8: DIANA](#)

[CAPITULO 9: CARLOS](#)

[CAPITULO 10: CARLOS](#)

[CAPITULO 11: DIANA](#)

[CAPITULO 12: CARLOS](#)

[CAPITULO 13: CARLOS](#)

[CAPITULO 14: CARLOS](#)

[CAPITULO 15: DIANA](#)

[CAPITULO 16: CARLOS](#)

[CAPITULO 17: CARLOS](#)

[CAPITULO 18: DIANA](#)

[CAPITULO 19: CARLOS](#)

[CAPITULO 20: DIANA](#)

[CAPITULO 21: DIANA](#)

[CAPITULO 22: CARLOS](#)

[CAPITULO 23: CARLOS](#)

[CAPITULO 24: CARLOS](#)

[CAPITULO 25: CARLOS](#)

CAPITULO 26: CARLOS

CAPITULO 27: DIANA

CAPITULO 28: DIANA

CAPITULO 29: CARLOS

EPÍLOGO

DIANA

CARLOS

CAPITULO 1: CARLOS

"Haremos otra revisión de los archivos", dice Daniel, con su celular en su oreja. Está muy atento a la conversación. "¡Carajo! Dime que no es cierto", le pido. Aprieto mis puños y golpeo el escritorio en el salón de reuniones. Las botellas y vasos de agua casi caen al piso. Mis empleados se sienten nerviosos. Y me importa un carajo. Debería tratarlos aún peor.

Augusto Castillo, el hijo de puta que dirige la empresa de la competencia, se adueñó del diseño que preparamos y lo mostró anoche como si fuese suyo. Una gran cantidad de mensajes aparecen en mi celular mientras los técnicos de mi equipo buscan al "topo" en la empresa que dirijo. "Lo sé, pero no será suficiente", digo en voz baja. Comienzo a sentir una ira cada vez más fuerte, y creo que dentro de poco no podré contenerla. Tenemos solo unos quince días para presentar nuestro dron más reciente y avanzado. Pusimos cada detalle a punto. Los periodistas, nuestros clientes, los representantes del Gobierno y el público en general nos esperan. Sin embargo, Respiro profundo y deshago el nudo de mi corbata. No sé qué rayos pasa por mi mente. Aunque intento relajarme, no puedo. Ahora entiendo lo que sentiría cualquier persona que ve cómo se desperdician años y toneladas de esfuerzo. He pasado cada día de los últimos tres años dedicado a este proyecto, y todo se fue a la mierda.

Lo perdimos todo. Invertimos millones y millones de pesos para investigar y desarrollar el dron. Y no valió la pena.

Me topé con él la noche anterior cerca de la recepción del hotel. Quise darle un puñetazo para quitar esa expresión de su cara, pero no lo hice. Por educación solo asentí, aunque en mi mente lo imaginaba ya quemándose en el infierno. Siento que mis venas laten mientras recuerdo la expresión de arrogancia de Castillo.

"Pronto surgirá algún detalle", asegura Daniel.

¿Sirvió de algo lo que hice?", le pregunto. Niego con mi cara y giro para verlo. "Busco a las personas más inteligentes del mundo, les exijo firmar contratos de confidencialidad y además tengo más agentes de seguridad que el resto de la industria.

"Puedes tener la certeza de que una vez que descubramos a la persona que robó el diseño...".

Me pongo de pie y camino sobre la gran mesa. Lo veo fijamente mientras me imagino poniéndome las manos en su garganta hasta que quede sin aire. Sé que es un gran amigo. Lo hemos sido hace años, pero su calma y argumentación me irritan. Siento que nada tiene sentido y él solo dice frases para relajarme. "No tienes que investigar nada. Sabemos quién lo hizo", grito, interrumpiéndolo.

Camino hasta llegar a la ventana para ver la ciudad.

Mi personal hace tanto silencio que no se oye ni un mosquito. Una suave lluvia y un cielo gris se asoman en el panorama. Aun cuando hubiera un sol radiante y no hubiera una nube o un arcoíris copara el horizonte, sería inútil. Estoy viviendo un infierno.

"Quiero demandarlo. Ese pendejo se lo merece", digo. Cuando giro, veo a Ana Robles. Es la lideresa de mi grupo de abogados.

Intenta asentir. Quiere hacerlo. Abre su boca suavemente y toca la mesa con sus dedos nerviosos,

lo que me indica que quiere darme la respuesta que espero. "Estoy muy molesta por Castillo. Lo que hace va contra la ética de las empresas que..."

La ira que siento me impide hablar con claridad. "¿'Ética'? ¡Robó el trabajo que hicimos!", grito.

"Aunque quiero plantearle otra solución, no hay forma de que demandarlo por sus acciones", dice, y asiente lentamente. "Así es. Se adueñó de los planos. No obstante, no habíamos obtenido la patente del diseño del dron. Eso significa que Castillo y Compañía podía presentar su diseño anoche sin problemas. "Lamento mucho esta situación".

"Podríamos presentar una orden judicial", digo después. Jorge, el líder de mi equipo de seguridad, hace silencio. No ha dicho nada hasta el momento. Tal vez está preguntándose si alguien de su oficina filtró el proyecto. Entonces decide aportar una sugerencia.

Laura niega con su cara y noto su frustración. "Es una posibilidad", dice, y me ve fijamente. "Eres el jefe y puedes decidir si lo hacemos. En caso de que quieras, esto tardaría mucho tiempo, tal vez meses. Además..."

"No hay evidencia de que haya robado el diseño", digo, para completar su frase, mientras siento la desilusión en cada una de mis neuronas. "Entraríamos en un juego de 'yo digo, él dice' sobre el robo del proyecto. Sería titular de todos los diarios. Recibiríamos más mierda. Si no nos defendemos y nos mostramos como unos niños malcriados, tendremos que aceptar que se quedarán con los contratos que pensamos que nos asignarían".

Tulio, el gerente del departamento de ventas, levanta su cara. "¿Cuál es el plan, jefe?", me pregunta.

¿Cuál es el plan? Aunque soy el jefe, no tengo la respuesta a esa pregunta. Debo resolver el asunto, pero no sé cómo hacerlo. Recuerdo una historia que me narró mamá. Era solo un niño entonces. Una jovencita había estado durante un día entero preparando un pavo. Lo había hecho para la cena. Quería impresionar a un chico con esa comida. Además, había cocinado aperitivos y comprado bebidas. Se veía excelente. Llegó el momento de la cena y la joven debía servir la comida principal, el pavo que había estado cocinando desde la mañana.

Con su cara llena de satisfacción puso la comida en una bandeja de plata. Los invitados abrieron sus bocas con suma impresión. No obstante, cuando se acercó al comedor, el tacón de su zapato se quedó atascado en el tapiz. Entonces no pudo sostener la bandeja. La comida se desparramó por los aires y luego cayó al piso.

La atmósfera se llenó de un silencio atronador.

Ninguno de los invitados se atrevía a moverse. La garganta de la chica se llenó de nudos. Era tan desdichada que no podía creerlo. Había pasado horas frente al horno y su esfuerzo había sido en vano. Su madre tomó la palabra. "Tranquila, hija. Echa esta comida a la basura y busca el otro pavo que horneaste", dijo.

"Haremos la presentación. La realizaremos con el otro dron", digo. Giro para ver a mis empleados. Estoy determinado a hacer lo que nos planteamos desde el principio. Decido hablarles con firmeza.

"¿Hay otro dron?", pregunta Daniel. Veo su cara de sorpresa.

"Sí. Diana y su equipo han trabajado en él".

¿Cómo va a estar listo en este poco tiempo que nos queda?", pregunta. Abre su boca ampliamente. "Carlos, sinceramente no entiendo. Todos sabemos que a ese proyecto le falta mucho. Hay un serio problema con él, por si lo has olvidado. Después de estar en el aire por diez minutos, su motor se recalienta y explota.

Me encargaré de él, aunque tenga que trabajar todo el día durante las próximas dos semanas", grito. "Estará listo. Claro que sí.

"¿Y el topo?", me pregunta Jorge. "Debemos saber quién en nuestro equipo robó el diseño para dárselos a Castillo. Si no lo hacemos, podría suceder lo mismo con el proyecto de Diana".

"Deja de pensar en eso. Sé que descubriremos quién es. Y cuando eso suceda, yo mismo tomaré cartas en el asunto", respondo, susurrante.

Lorena habla en el altavoz del teléfono de mi escritorio y su voz retumba en las paredes. "Señor Martínez", dice.

Tomo el teléfono y desactivo el altavoz para que nadie más oiga lo que va a decirme. "¿Qué ocurre?", grito.

"Disculpe que lo interrumpa. Lo que sucede es que...".

"Lo que sucede es que te ordené que no me interrumpieras y ahora estás haciéndolo", le reclamo, con mi voz alterada.

"Así es, y le pido disculpas de nuevo", dice, y baja su voz. "Pero quería informarle que acá está su... exesposa".

CAPITULO 2: CARLOS

Un pánico feroz se adueña de mis entrañas. Es un temor atroz que me produce pensar en lo que pudo haber pasado. Siento que, si Lorena me hubiera bofeteado, habría causado el mismo efecto. Apenas puedo moverme. Mis pensamientos, sin embargo, están acelerados. Muy acelerados. Me pregunto qué sucede. Si le ocurrió algo a Antonella. Mi columna vertebral se llena de horribles escalofríos. Sí. Tiene que haber pasado algo con Antonella. Ahora ya no siento ira por lo que hizo Castillo y Compañía. Robaron nuestro diseño, pero no importa por el momento.

"De acuerdo, saldré en un minuto", respondo. El tono de mi voz es confuso y se mezcla con algo de tensión.

"Señor Martínez, lo lamento, pero ella se dirigió a su oficina. Aunque intenté pararla, fue inútil. Lo espera allí en este momento".

"Entiendo", contesto, aunque me cuesta hablar.

Ahora solo ruego que no se trate de Antonella. Daniel se da cuenta de que ahora actúo de modo distinto. Busca levantarse para que me fije en él, pero solo veo la puerta para salir. Nada podría ser peor en un día como este. Salgo del salón de juntas y entro rápidamente a mi oficina. La tensión en mi espalda es terrible.

Qué mierda.

Pensar en Antonella es algo que no puedo controlar. Intento calmarme con la imagen de su sonrisa. Decido asegurar la puerta con llave para hablar con mi exesposa en privado. Apoyo mi espalda en ella y veo fijamente lo que aparece frente a mis ojos. La silla de cuero que generalmente ocupo ahora tiene a otra persona. Es mi exesposa. Sus labios están pintados con un fuerte tono rojo. Sobre mi mesa están sus tacones altos. La figura de su cuerpo luce atractiva sobre la silla y el escritorio. Entonces aparece un recuerdo en mi mente. El recuerdo de sus muslos chocando con mis pelotas cuando la penetro. Pero la imagen desaparece rápidamente. Es solo un recuerdo fugaz, y me doy cuenta de que mi pene se pone flácido.

Carajo.

Me percató de que me hace falta tener relaciones. Muchas relaciones sexuales.

"¿Por qué viniste, Maura? Hoy no puedo hablar contigo", digo. Con lo que veo, me doy cuenta de que Antonella está bien. Si mi ex tiene algo en mente, no podré complacerla. Estoy muy ocupado. Debo pedirle que se vaya. Tiene que salir de ahí pronto. Veo la hora en mi celular.

"Surgió algo, Carlos, pero nunca puedes hablar conmigo", dice. Resopla con ironía.

"Levántate. Esa es mi silla", digo. La veo con molestia. "No es una broma, Maura. Solo di por qué viniste".

Bajo un poco mis ojos para ver sus joyas. Luce un collar que le costó mucho dinero y unos aretes de oro. Me asombra que los lleve. Sé muy bien que esas prendas son muy caras, pues he adquirido muchas. Tal vez algún incauto cayó en sus redes y lo convenció de dárselas como obsequio. Entonces se levanta con toda la calma y sensualidad posible. Los movimientos que hace son tan

lujuriosos como de costumbre. Luce un vestido rojo apretado y corto. Ninguna mujer se vería tan deliciosa como ella con ese atuendo. Al parecer, se verá con sus amigas para comer. Entonces recuerdo que nunca supe a ciencia cierta lo que hacía en sus ratos libres.

"Te oigo", le digo, mostrándole que no quiero estar con ella mucho tiempo. Tomo asiento en mi silla. Aún se siente el calor de su piel.

"Vine a decirte que me parece buena idea que pases tiempo con Antonella", dice. Se detiene cuando llega frente a mí, en el otro extremo del escritorio.

Lo que acaba de decir mi ex acaba de dejarme más asombrado de lo que en algún momento pensé que me sentiría. He oído y visto tantas cosas que muchas ya no me asombran, pero nada como esto. Ciertamente, el robo de Castillo me impresionó, aunque ahora siento que fui un poco inocente al no darme cuenta de que eso podría suceder. En nuestra industria nadie tiene escrúpulos. Además, todos sabemos que nadie en la competencia tiene ética cuando se trata de ganar dinero.

Tal vez esté alucinando por los eventos recientes en la empresa. "¿Dices que permitirás que comparta más con Antonella?", le pregunto. Reitero sus palabras para cerciorarme de que no me equivoco.

"Exacto. Creo que debería pasar las vacaciones con su padre", dice. Me ve con indiferencia.

"¿Pasar las vacaciones con su padre?", le pregunto. ¡Mierda! No estoy alucinando. Abro mis ojos ampliamente.

"¿Ahora repetirás todas mis palabras?", me pregunta con tono irónico.

"¿Cómo debo comportarme? Has hecho hasta lo imposible desde hace un par de años para que no esté con ella. Has actuado como si fuese a lastimarla", contesto. La rabia vuelve a adueñarse de mi pecho. Debí haber buscado un día mejor para plantearme esta propuesta.

"No has sido un padre ideal, si me lo preguntas", asegura, susurrante.

"Hasta donde sé, pensabas que para Antonella era mejor estar en una cárcel que pasar un día conmigo porque yo era un padre muy negligente", le digo con sarcasmo. "Así que vete a la mierda. Sabes que fui un padre excelente cuando eras mi esposa. De hecho, quería compartir su custodia contigo, pero solo pensaste en ti. Me hiciste pasar por esos tribunales familiares durante meses para quedarte con ella todo el tiempo y evitar que compartiera con ella incluso los fines de semana. Ahora te apareces como si nada hubiera pasado a 'ofrecérmela' durante sus vacaciones", digo. Apoyo mi espalda y el recuerdo de sus palabras llega a mi mente.

"Sí", dice, con tono indiferente. "Lo sé, pero también sé que todos podemos cambiar. Creo que maduraste. Te mereces esto. No olvides que en ese momento eras solo un chico. Alguien debía supervisarte. Ya eres un adulto. Podrás encargarte de ella, estoy segura".

"Cielos, Maura. Di la verdad. Ya no quieres estar con ella y por eso me la das", dice, y me percató de lo que sucede. Parece que mi frase ha sido tan exacta que no puede negarlo. Sube su cara como si quisiera retarme. Levanto mis brazos.

"Amo a nuestra hija. Lo sabes. No tienes que decir eso", dice con molestia.

"No. De hecho, creo que no la amas. No me lo has demostrado desde que me senté aquí. Lo que sí

creo es que el juego de 'quiero ser mamá' ya te aburrió y ahora no puedes joderme con él", le digo. Me pregunto qué me hizo casarme con ella.

"Cree lo que quieras, Carlos. La verdad es que todos los hijos necesitan a sus padres. Y ella también. Es la verdad", asegura. Suspira y sube un poco más su cara.

"Llegas a mi oficina para pedirme, o exigirme, que me quede con mi hija, pero parece que olvidaste que la corte te dio la custodia total. Esto va a alterar por completo la vida de Antonella. ¡Solo tiene seis años! Debe adaptarse a una rutina, a unos hábitos. No puede estar entre un hogar y otro por la simple razón de que no quieres estar con ella", le digo. Decido levantarme mientras apoyo mis manos en la mesa. Acercó mi cara para verla. El aroma de su perfume exclusivo llega a mi nariz y se esparce por el aire.

"Quizás sea el momento para que *solo* esté contigo", responde rápidamente.

Ahora entiendo su verdadera intención. Una intención que muestra sin tapujos. Y pensar que mi adorada Antonella es su hija. Por eso, su frase me impresiona aún más. En cualquier momento podría desmayarme. Veo su cara y noto que Maura también me ve fijamente.

"No tengo tiempo para discutir. Hazte cargo de tu hija", dice. Luego aclara su garganta antes de hablar. "Mañana temprano viajaré a Noruega. Iré con mi nuevo esposo".

"¿Qué mierda te sucede?", le suelto, con mi tono de voz cada vez más fuerte. "¿Me pides que me encargue de ella, aun cuando no puedo recibirla?", le pregunto, y no dejo de pensar en todo lo que está sucediendo. En lo que acaba de decir. En unas horas se irá a Noruega. Se deshará de Antonella para volar al otro lado del mundo. Siento que mi paciencia se agota. De hecho, se agotó horas antes.

Toma unas gafas de sol y suspira. "Llama a una niñera", sugiere con indiferencia.

Estoy en shock. Pone las gafas sobre sus ojos mientras la veo.

Comienza a quejarse con sus labios. Sé que sus pucheros son ensayados. "Carlos, no tienes que dejar de hacer lo que haces. Tampoco tienes que dejar de lado tu amada empresa. Sabes lo que tienes que hacer. Comportate como su padre. No es algo que se olvide, cariño. Todo saldrá perfecto, te lo aseguro".

"La única persona en el mundo que cree que puedo contratar a una niñera con tan poco tiempo eres ti", exclamo, y niego con mi cara. Es tan absurdo que siento que enloqueceré. Creo que voy a estallar en segundos.

"¿Podrías moderar el tono de tu voz?", me pregunta con suavidad. "Espero que no hables así delante de nuestra hija".

Olvida cuántas maldiciones sueltas frente a Antonella. Abro mi boca para decirle que es la menos indicada para hablar de un lenguaje educado, pero me detengo a pensar en lo que acaba de decir. "Un momento. ¿Estás diciendo que trajiste a Antonella?".

"Así es. En la sala de espera. Supuse que Lorena te lo había dicho", dice, pero no fue así. Mierda. Olvidó decirlo o no quiso hacer. No puedo creer nada de lo que Maura me informa. Encoge sus hombros y recuerdo que todos sus gestos son ensayados.

Saca de su bolso una gran carpeta. Lo pone frente a mí. "Carlos, traje algo que podría hacer que te

calmes", dice después.

¿Será lo que creo que es? Espero con todas mis ansias que no. No debería. A fin de cuentas, este día no podría empeorar. Evito extender mi mano.

"Debes calmarte y actuar como padre responsable. De todos modos, eres su papá hasta el día que mueras. Estos son los documentos de la custodia exclusiva. Con ellos te haces cargo por completo de Antonella. Ya los firmé", me informa.

Aunque parezca increíble, lo que ha hecho es tan descarado que no puedo decir ni una sola palabra. Siento que mi mentón caerá al suelo. Abro mis ojos ampliamente, pero luego me calmo un poco. Entonces frunzo mi ceño.

Se da cuenta rápidamente de lo que sucede. Fija sus lentes en mi cara y sonrío suavemente. Tiene claro que su mirada es cautivadora. Lo es tanto que antes agitaba mi corazón. No obstante, ahora solo logra embotar mis sentidos.

Quizás siempre los paralizó, pero no me di cuenta entonces.

Maura siempre fue una chica artificial. Y fría. Nada más. Tal vez no fui tan sincero sobre mis sentimientos antes de casarme con ella. Solo me dejé llevar por la idea de que un chico de los suburbios como yo se casara con una doncella del centro de la ciudad. Además, era una mujer teóricamente maravillosa. Su cara era muy atractiva, tenía una excelente educación, muchas conexiones y dinero a borbotones. Y no solo eso: era muy buena en la cama. Eso, sin embargo, no fue suficiente para que surgiera una conexión entre nosotros.

Además, todos los integrantes de su familia eran tan fríos como ella.

Cuando me casé con ella, entendí que nuestra relación no funcionaría, pero la idea de que pudiera hacerlo me convenció de hacerlo. Esperaba que surgiera un amor lindo y poderoso entre nosotros. A fin de cuentas, Maura era una especie de posesión preciada que no quería desechar. También recuerdo que nunca vi a su padre o a su madre besar a Maura. Ni siquiera la abrazaban. No lo hicieron durante nuestra boda. Sus actitudes eran muy distintas a las mías. Pasé toda mi niñez rodeado de personas cálidas. Recibí muchos abrazos, palabras de aliento y sonrisas alegres.

Me cuesta convencerme de que decidió ceder todos los derechos de nuestra hija, pero finalmente tomo la carpeta. Sigo creyendo que me engaña.

"Lamento tanto que nos hayamos divorciado", declara en voz baja. "He estado con varios hombres después de ti, pero ninguna tiene un pene tan grueso y grande como el tiempo. Dios, cuánta falta me hace tener tu tronco en mi...".

Mi mandíbula está tensa. "Sal. Ahora", le digo, cortando su frase.

"De acuerdo. No tienes que matarme. Haré lo que me pides", dice. Luego sonrío despiadadamente. El color de su piel luce un poco más oscuro. Siento que estoy frente a un animal cruel.

Voltea y sus tacones golpean el piso hasta que llega a la puerta.

Cuando llega allí se detiene. "Antes de irme, acabo de recordar algo. Nuestra hija tuvo varicela. Ya solo tiene algunos síntomas, pero su cara luce como una mierda".

"¿Cómo?", le suelto. "¿Volaste con ella durante doce horas, aunque tiene varicela?".

"Está mejor que ayer, por si quieres saber, Así que relájate. Estuvimos en primera clase, como siempre hago".

Antonella debería estar en su dormitorio, durmiendo mientras se recupera. ¿Cómo Maura pudo hacer algo así? Es una persona terrible, incapaz de sentir emociones o actuar correctamente al menos una vez en su vida. Sin embargo, lo que está haciendo la supera. Es tan egoísta que hace cosas que perjudican incluso a su hija. Solo ella es capaz de sacar a su pequeña con varicela en lugar de dejarla descansar.

Sale después de que quito el seguro de la puerta. Veo fijamente la cerradura. ¿Cómo pudo pasar esto? A la mierda. Mi hija estuvo enferma, pero yo no sabía nada. ¿Qué clase de padre soy? Abro la carpeta para ver los papeles. Aprieto las hojas con tanta fuerza que por poco las rompo. Luego tomo aire y empiezo a leer. Cuando leo el párrafo del centro, observo la firma de Maura.

Mierda. Me dijo la verdad.

¡Me cedió la custodia total de mi hija!

Cuando paso mis ojos por la ventana, veo que el sol intenta abrirse paso en medio de la lluvia que aún cae. Castillo y Compañía y el robo de nuestro diseño desaparecen de mi mente. Antonella estará conmigo a partir de ahora.

Pudo haber decidido negarme la custodia rápidamente. Sin embargo, mantuvo su propuesta. Ahora tengo las pruebas frente a mí. Evité mostrarle a Maura la alegría que sentía por esa noticia. Sabía cómo reaccionaría. Se burlaría de mí. O incluso se enfadaría. Es tan egoísta que le irritaría que yo me quedara con Antonella, aun cuando ella ya no quisiera tener la custodia. Y se enfadaría aún más cuando se diera cuenta de que lo que más deseo es poder compartir todos mis días con mi amada hija.

¡Mi hija se quedará conmigo!

Aplaudo con fuerza y comienzo a gritar de felicidad. Pongo mi oído en la puerta y escucho.

"Hija, te amo", asegura Maura.

"Mamá, también te amo", dice Antonella mientras asiente con fuerza.

"Pórtate bien, ¿de acuerdo? Mamá quiere que lo hagas".

"Te lo prometo".

"Hasta luego, hija mía. Cuando el avión aterrice voy a llamarte".

"De acuerdo. Hasta luego, mamá", dice con ternura y suavidad.

Siento tristeza. Mi hija empezará a vivir una vida completamente diferente. Sin embargo, será una vida mucho mejor. Me aseguraré de dársela.

Cuando ya no oigo los tacones de Maura, abro la puerta y se hace un nudo en mi garganta.

Mi adorada hija está frente a mí.

CAPITULO 3: CARLOS

Aunque levanta su rostro para ver cómo su mamá abandona el edificio, sus dedos protegidos con guantes siguen cepillando la parte de sus brazos que más le pican. Antonella no entiende qué está pasando ni adónde la trajo Maura. Está más enferma de lo que su madre dijo. Se acostó en un sofá grande en la oficina de Lorena.

Sí, guantes.

Guantes que Maura compró para intentar mostrarse como una madre atenta.

La veo tan tierna y débil que siento dolor. Maura obligó a mi hija a viajar durante medio día, a pesar de su enfermedad.

"Papi", dice en voz baja. Gira su cuerpecito para verme. Tomo mi celular para iluminar su pecho y me doy cuenta de la cantidad de erupciones que hay en su cuerpo.

Toco su cuello. Al parecer, no tiene fiebre. Es una buena noticia. "Hijita", respondo suavemente. Sé que solo habla en voz baja si se siente agotada o una enfermedad la debilita. Doy unos pasos para acercarme a su cuerpo. Aparto los dos bolsos con equipaje y flexiono mis piernas. Su mirada está enrojecida y hundida. Toma su tableta para ver algo, pero creo que no debería hacerlo. Con mis manos lo alcanzo para alejarlo de su mirada.

"¿Mami y yo volveremos a vernos?", pregunta. Sus parpadeos constantes me demuestran que está evitando llorar. Sus manos están temblando y baja su cara, tratando de calmarse.

"Claro que sí, mi amor", respondo. La veo con inquietud.

Mi respuesta no lo convence. "No lo creo".

"¿Por qué no lo crees?", le pregunto. Espero con ansias su respuesta.

"Sé...", dice, y frota su nariz con un pañuelo. "Que a Felipe no le gusta mi presencia. Le pidió a mami tener un bebé. Un bebé que sí fuese su hijo".

"Por Dios, mi cielo", le digo en voz baja. La abrazo con fuerza y masajeo su espalda mientras pienso en asesinar a Maura y su nuevo esposito. "Mamá siempre va a quererte, ¿entiendes? Eso no va a cambiar nunca. Ella solo debe ir a Noruega para resolver algunos asuntos. Le dije que quería encargarme de ti y estuvo de acuerdo".

"¿De verdad le dijiste eso?", me pregunta. Se aleja un poco de mí y me ve con asombro.

"Claro que sí, mi amor".

"Ella dijo que no querías verme porque tenías mucho trabajo".

"Tal vez tu mami no comprendió lo que le dije. La verdad es que no le conté nada de eso. Uno de mis anhelos más grandes es que te mudes a mi casa. Sin embargo, aún eras muy pequeña. Por eso, tuviste que vivir con mami. El juez lo decidió. Al crecer, podrías mudarte a mi casa. Como ya creciste y mamá estará en Noruega por varios meses, creímos que lo mejor es que vivas conmigo. En caso de que todo salga bien y te sientas cómoda en mi casa, podrás quedarte allí para siempre. ¿Qué opinas?", le digo mientras pienso en una forma de matar a Maura: ahorcarla. Cielo santo.

Me muestra una tibia sonrisa que precede a su asentimiento.

"Estupendo. El asunto es que no preparé nada. Creí que estarías en casa dentro de un mes, pero te anticipaste. Tu llegada me hace el hombre más feliz del mundo, pero no estoy listo todavía. Debo resolver un problema del trabajo y mi apartamento no está organizado como para que te quedes allí. Espero que me disculpes si durante esta semana las cosas no son como esperabas, cariño".

"¿Cómo vas a organizar todo y estar listo, papi?", pregunta, y me ve con inquietud.

"Debo hacer muchas cosas, en realidad. De hecho, ni siquiera he pintado ni decorado tu dormitorio", digo, y sonrío. "Aunque ahora que lo pienso, esa es una buena noticia. Así podrás escoger un color para pintarlo".

Me muestra una sonrisa más grande. Es una alegría que hacía tiempo que no veía. Y me doy cuenta de que siempre que realizaba una videollamada para hablar con ella, Maura estaba a su lado. Antonella lucía preocupada y alejada de mí, y no solo por la distancia.

"Me gustaría pintar mi habitación con varios colores".

"Como dormirás allí, podrás pintarlo con cuantos tonos decidas", digo. Sonrío de felicidad.

"¿De verdad?", pregunta, y abre enormemente sus ojos.

"Sí", respondo, y encojo mis hombros. "¿Qué tonos tenías en mente?".

"Azul, rosa, verde, morado y blanco. Y lo olvidaba, fucsia también", dice. Usa los dedos de sus manos para contar.

Abro mi boca, impresionado. Entonces río con su alegría. "Son muchos tonos".

Asiente con seguridad. "Como tengo un par de unicornios, espero que estén cómodos mientras duermen".

Asiento también. "De acuerdo. Pero debes darme tiempo. Como tengo mucho, pero mucho trabajo, el tema de tu dormitorio tomará tiempo".

"Lo sé, pero me quedaré contigo en esta oficina. Solo debes traerme una carpa", dice, y levanta sus manos.

"¿Dices que ambos viviremos en una carpa en medio del lugar en el que trabajo?", le pregunto. Veo su cara con sorpresa. Es increíble que sus propuestas sean tan alocadas.

"Me gustaría", responde. Veo que su mirada se llena de luz.

Le muestro una expresión pensativa. Su idea es una locura, pero serviría para resolver el asunto mientras busco una niñera y soluciono el tema del dron.

"Papá, ¡quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! ¿Sí? ¿Sí?", pregunta, con su voz convertida en una súplica.

Peino mi cabellera con mis dedos. Papá habría enloquecido. Mis empleados creerán que perdí la razón. Y Maura podría regresar para tratar de recuperar a Antonella si llega a saber algo.

"Papi, di que sí, por favor".

Entonces río. "De acuerdo. Pero será temporal. Cuando organice tu cuarto y encuentra una niñera capacitada, saldrás de este lugar, ¿comprendes?", le pregunto. Me convenció de hacerlo. No me importa si nadie más hace algo así. Podré estar a su lado todo el tiempo.

"¡Sí, sí, sí!", grita con alegría.

Poco después llega Lorena. "Si usted o Antonella necesitan algo, puedo traerlo, señor Martínez".

"Bien. Debes buscar varios artículos. Nos hacen falta almohadas, edredones, juguetes, la máxima cantidad que puedas traer, y una tienda de campaña de princesas", le informo, y veo a Antonella. "¿Algo más?".

"Sí. Mucho helado de chocolate", pide rápidamente Antonella.

Guiño mi ojo y giro para ver a Lorena. Luce muy sorprendida. "Eso me recuerda que debes traer una pequeña nevera y para los helados y los jugos, como el de naranja, el favorito de Antonella".

"De acuerdo. ¿Alguna otra cosa que pueda hacer por usted?".

"Pregunta al personal si ya tuvieron varicela".

CAPITULO 4: CARLOS

La empresa que presido está a punto de caer a un abismo, por lo que me esfuerzo como nunca para que eso no suceda. Antonella, en tanto, muestra un espíritu tan libre que estoy impresionado. Puede estar sola mientras disfruta sus juegos y así puedo hablar con los ingenieros de sistemas de la empresa. Debo hacerlo para evitar lo que ya parece inevitable.

Decido llevarla a cenar. Es el único momento agradable que tengo durante un día de mierda, aunque cada cinco minutos alguien de la compañía me llama. Debo contestar, pero eso no impide que Antonella continúe comiendo sin problemas. ¿Su actitud madura debe enorgullecerme o causarme dolor? No tengo idea. Le digo que más tarde, al volver a la empresa, voy a leerle una historia para que duerma.

"No hace falta, papi. Puedo leer sola", dice, y me ve como si le aburriera contármelo.

"Eso lo tengo claro, pero no olvides que también puedes disfrutar la historia si alguien la lee para que la oigas".

Me ve y se muestra pensativa. "Es verdad", responde, y sonrío.

Yo sonrío también, aunque pienso que pasé muchos días sin ella. Me doy cuenta de que pasé tanto tiempo en la oficina que apenas sé algunas cosas de su escuela. Además, noto que debo ir pronto a una tienda para comprarle ropa. Cuando revisé sus bolsos, noté que solo había vestidos de diseñador para ir a fiestas. No había ni siquiera un pantalón. ¿Cómo ha pasado Antonella estos dos años sin mí?

Lo sabrías si hubieras estado con ella.

Esa irritante pero experta voz en mi cerebro aparece otra vez, pero decido que no le daré la razón ahora. Sí, tal vez pude hacer más para estar más presente antes en la vida de Antonella. A pesar de que no logré ni siquiera la custodia compartida, algo que tuve que aceptar después de mucho tiempo de dolor, pude haber intentado convencer al juez de hacerlo o buscar algún modo de pasar más tiempo con ella. Tal vez estar con ella en los feriados, pues estar con Antonella solo en su cumpleaños o Navidad había resultado poco.

Ahora, cuando veo que apenas la conozco, me doy cuenta de ello.

Regreso a la oficina con Antonella. Convirtió el espacio en un salón infantil de diversiones. Lorena ubicó una carpa en la esquina izquierda. Tiene imágenes de princesas y pequeñas banderas rosa en la parte superior. Además, hay un unicornio inflable, muchos juguetes y libros para pintar.

Mi hija se viste con su ropa de dormir y luego cepilla sus dientes. Entonces habla conmigo para que haga una trenza en su cabello.

"¿Para qué quieres una trenza?", le pregunto.

"Para que mi cabello no se desordene mientras duermo. Además, mami siempre dice que debo trenzar mi cabello porque así me veo mejor. Mi niñera me trenza el cabello en un par: una a la izquierda y otro a la derecha".

"Comprendo", respondo, y tomo su cepillo. Aunque lo intento, hacer ese par de trenzas parece una

tarea más titánica que dirigir mi empresa.

"¿Listo, papi?", me pregunta. Es la octava vez que lo hace.

"¿Sabes qué? Mañana temprano trabajaremos en tu desordenado cabello", le respondo. Me siento frustrado, pero no se lo demuestro. Debo buscar a una "maestra" de trenzado de cabellos. "Mejor vamos a tu cama para que duermas. Dime qué historia te cuento".

El aroma de sus mantas nuevas llega a mi nariz. Son de varios colores y cubre su cuerpo con ellas. "Me gustaría que me leyeras Blanca Nieves", dice con educación.

Enciendo una linterna mientras me siento a su lado y comienzo a leer la historia. Me perco de que Lorena merece un bono por lo que ha hecho. Hizo un gran esfuerzo para garantizar que Antonella tuviera todo lo que quería y se sintiera mejor. "Así será", le digo.

No puedo terminar la historia, pues mi amada y agotada hija se duerme rápidamente.

Me levanto con calma, dejo de respirar por un momento y salgo de la carpa. Antes, con cuidado, beso sus mejillas rojizas.

Cuando llego a la puerta, me detengo a verla. Siento una punzada de dolor en mi corazón. Antonella duerme en una carpa improvisada en mi lugar de trabajo. No está en mi apartamento, lo que me irrita. Es el lugar en el que tendría que pasar esta noche y las demás por venir. Me digo que así será. Pero primero debo atender la mierda de mi empresa. Ella debe estar en un sitio más agradable que este.

Siento ira con el recuerdo de la expresión de arrogancia y presunción de Castillo. La que me mostró al verme en el hotel. Pero ahora debo concentrarme en la empresa. Recuerdo que solo tenemos quince días... o un poco menos. Quince días para el evento de lanzamiento. Ese pensamiento me causa un dolor de cabeza. ¿O me duele por la presión del trabajo? ¿O la molestia que he sentido?

Mi noche será larga y agotadora. Debo tomar algo que me mantenga despierto. Camino despacio y en silencio. Quiero tomar una bebida energética de la nevera. Lorena pone muchas allí. Pongo las palmas de mis manos en mi cara mientras siento que las pulsaciones se aceleran. Debo evitar que otra cosa como esta ocurra. Será el fin de mi salud y mi empresa. Además, debo tener en mente a la pequeña que duerme a unos metros de mí. Ella cuenta conmigo. Supone que dormiré a su lado, pero se equivoca, al menos parcialmente. Sé que apenas dormiré.

Cuando toco la puerta, giro para ver la carpa. Estaré afuera por un rato, pero no dejo de preocuparme. Podría despertar y sentirse sola en un sitio desconocido para ella. Tal vez se sentiría muy nerviosa, pero yo no podría oírla. Cada rincón de mi oficina está insonorizado. Y ordené que la instalaran de ese modo por un motivo: esperaba que las oficinas y los empleados guardaran mis secretos sobre nuestros diseños. Ahora entiendo que fue inútil. Decido salir, dejando la puerta abierta. Cuando tomo la bebida, regreso.

Y el lugar está silencioso.

Tomo asiento en mi silla, frente a mi escritorio, y noto que sigo usando el mismo traje de la mañana. Siento que mis ojos están a punto de caer. Es la primera vez que experimento un cansancio tan intenso. No lo sentí cuando nadé cinco kilómetros en la secundaria ni cuando tuve que trabajar noches enteras y así pagar mis estudios universitarios. Tampoco lo sentí mientras

Antonella acababa de llegar a nuestra casa y sus cólicos eran tan fuertes que, aunque le administráramos cualquier medicamento, no lo calmábamos. Lo único que apagaba su dolor era envolverla en un edredón y hacerla saltar sobre mis muslos... toda la noche. Cuando creía que había pasado su dolor y se quedaría dormida, empezaba a gritar otra vez y tenía que repetir el proceso.

Me encargué de todo durante las noches por unas veinte semanas aproximadamente. Y aun cuando mis noches de vigilia me impedían concentrarme o sentía que mis ojos se cerrarían repentinamente, no sentí el cansancio ni la tristeza que ahora atraviesan mi pecho. Maura, como era de esperarse, decía que estaba agotada por el trabajo de parto o argumentaba que se sentía deprimida. Entonces dejaba todo en mis manos.

Cuando cierro mis ojos, me recuesto para descansar. Sin embargo, un sonido que oigo desde la carpa me levanta rápidamente. El dolor en mi cabeza es muy fuerte. Es comprensible que no logre enfocarme en algo. Tomo un par de analgésicos y luego bebo el energizante. Supongo que serán útiles.

Llego a la tienda y descubro que está chupando su dedo. Y sigue durmiendo.

Maura la dejó en la sala de espera sin explicarle nada. Me pregunto si lo hizo antes. Si lanzó a mi hija a otras casas como si fuese una pelota de tenis. Si ha tenido una o varias niñeras. La expresión de dolor que vi en la cara de Antonella antes llega a mi mente.

Tal vez mis exsuegros, ricos y jactanciosos, estuvieron cuidando a mi hija. Seguramente no fue así. Ellos no tienen idea del significado de la palabra cuidar. Además, me detestaban con todas sus almas. Aun cuando ya mi empresa era prestigiosa al momento de casarme con su hija, por lo que no podían asegurar que estaba con ella solo por dinero, siempre decían frases que me daban a entender eso.

Pero esa etapa de Antonella llegó a su fin.

Decidí que buscaría a una niñera, aunque no voy a dejar que Antonella rote por varios hogares. Quiero garantizarle la infancia feliz que merece. Quiero poner sus dibujos en la puerta de mi refrigerador e ir a todos sus eventos en la escuela. Supongo que las escuelas aún organizan esos eventos. Sinceramente, no tengo idea. No he estado en una escuela tras la orden del juez de ceder la custodia total de mi hija a Maura.

Ahora mi hija es la prioridad número uno de mi lista. Ella no es la responsable de mis actos. Tal vez si no hubiera estado completamente entregado a mi empresa, habría peleado más por Antonella. Pero nunca es tarde.

Yo quiero ser *ese* papá. Lo pienso cuando Veo que la entrada de la carpa está en penumbras. Al fondo diviso su cabellera, parecida a la melena desordenada de un león. Parece que ya no tiene necesidad de rascarse mientras duerme. Su cara llena de paz me hace sentir que es un ángel caído del cielo. Me siento más vivo y feliz que nunca. Mi hija se merece un padre que esté a la altura.

"Haré todo lo que tenga hacer por ti, pequeña", digo en voz baja mientras ella sigue durmiendo. "No sé cómo lo haré. Debo investigar todo. Necesito que tengas mucha paciencia conmigo hasta que resuelva ese asunto. No he tenido a nadie en casa por muchos años. Debo acostumbrarme".

¿Dónde puse mi corbata? Nadie lo sabe. Lo pienso cuando giro y puedo ver mi imagen en una de

las ventanas. Serán las diez de la noche en pocos minutos. El cristal muestra el reflejo fielmente. Me veo y me doy cuenta de lo que soy. Un hombre que ahora vive un infierno. No logro reconocermé, aunque lo intento. MI cabellera está desordenada porque la he tocado con mi mano desde la mañana. Además, mi camisa tiene muchas arrugas que se formaron cuando entré en la carpa, y mi camisa está desabotonada.

Como Antonella duerme, puedo adelantar algo del trabajo pendiente. Hay muchas cosas pendientes, de hecho. Giro para ver otras cosas. Sé que tengo que pensar con claridad. Debo poner todo en orden en mi mente.

Empiezo a revisar mi bandeja de correos y cuando veo los temas, siento que mis pestañas se queman. Sé que Puedo usar el resto de la noche para resolver algunos asuntos. Quiero hacerlo, pues me he esforzado por años para mantener a esta empresa a flote. Y espero que siga en la cima del éxito.

CAPITULO 5: DIANA

Aunque hablo, nadie puede oírme. Nadie, excepto yo, lo cual no deja de causarme temor. "De acuerdo. He concluido. Este es el fin de mi presentación oral", digo, y giro al costado izquierdo.

Pongo mi bolígrafo encima de la carpeta, enciendo mi videocámara y el monitor de mi computadora portátil se activa.

"Bien. Una vez más, intentaré que mi dron funcione sin que las baterías ardan".

Mi dron comienza a volar lentamente. Está a tres metros del piso. Veo en mi reloj el tiempo que ha transcurrido. En solo veinte segundos llegaré al momento en el que la temperatura sube tanto que inicia un incendio en el motor.

Paso mi mirada desde el reloj al aparato una y otra vez. Me doy cuenta de que van siete minutos y me quedo sin aire. "Tú puedes, jovencita. Hazlo por la empresa. Relájate. Simplemente... relájate", me pido, aunque mis hombros están tan tensos que siento un fuerte dolor.

Que lo haga. Que lo haga...

Pero el sonido de las chispas me informa que no lo hizo. Sucumbo ante la frustración y veo cómo el dron se desparrama otra vez. Choca con el piso y el eco sacude mi corazón. Y luego llega a mi nariz una vez más ese aroma a incendio

Ya he hecho todos los intentos, y no he podido lograr que mi dron se mantenga en el aire por más tiempo. "¡Qué cagada!", grito, y lanzo mi carpeta al piso. Siento tanta adrenalina que comienzo a caminar como si quisiera huir del edificio. Luego tomo asiento y veo fijamente el techo.

Suspiro mientras cubro mi cara con mis dedos. Cierro mis ojos mientras me pregunto qué hacer. Y ahora siento que me quedo sin posibilidades. La desilusión se ancla en mis entrañas. He invertido muchos meses en mi diseño, pero no he podido avanzar nada. Además, el presidente de la empresa me envió una carta con Daniel, el líder del equipo de trabajo en el que estoy. En esa carta dice, nada más y nada menos, que... ¡tengo catorce días para preparar mi dron y mostrarlo en una presentación!

Escuché esa impresionante noticia y sentí que la atmósfera en la oficina de Daniel se tensaba rápidamente.

Seguramente es un detalle simple, y cuando lo descubra me parecerá insólito. Quizás estoy preocupándome en exceso. Sí. Debe ser eso lo que ocurre. "¿Qué detalle pasé por alto?", me pregunto en voz baja. Al ponerme de pie me dirijo al escritorio en el que están los apuntes. Aunque solo tengo dos o tres semanas antes de la presentación, aún no sé de qué modo puedo poner a volar a mi dron sin que se incendie en pocos minutos. Activo la turbina mientras reviso la información de los últimos vuelos de prueba que hice. Sé que he pasado por alto un detalle, pero no sé cuál es.

No tengo idea de lo que ocurre. De hecho, muchas personas a mi alrededor tienen la certeza de que nunca he sabido nada. Muevo la cara hacia los lados y escucho cómo mi cuello se contrae. Todo mi cuerpo me duele. He tensado tanto mi mentón que siento mucho dolor allí. Tengo el hábito de hacerlo si me siento tensa. Pongo las yemas de mis dedos en mi frente. ¿Su nombre es yema? Ya

no puedo recordarlo.

Me preguntó lo que diría papá al encontrarme así, tocando mi frente mientras trato de descubrir qué hacer. Seguro diría que me había dicho la verdad y yo estaba equivocada, como de costumbre. Ese idiota... Tenso mi mandíbula otra vez. Recuerdo que debo sacar de mi mente a papá si mi deseo es concentrarme.

Toc.

Escucho el eco conocido, pero igualmente inesperado de la puerta asegurada de mi oficina. Pienso en quiénes podrían estar en el edificio a unos minutos de la madrugada. Tal vez no soy la única que ya perdió la razón. Seguramente es mi jefe. Giro y lo encuentro frente a mí. Sé que solo él podría ponerse en mi lugar y comprender la ira y el desánimo que siento.

"Daniel", digo al ver. Me siento en mi silla y lo veo fijamente. "Veo que no te has ido".

Camina y se sienta en la orilla de mi mesa. Desanuda su corbata y lo veo fijamente. ¿Cómo es posible que aún tenga esa corbata en medio de la madrugada? "Y yo veo que eres inteligente", me responde con frialdad.

"¿Por qué no le dices a tu jefe que estoy trabajando muchas horas extra?", le pregunto. Apoyo mi espalda en el respaldo. Tomo aire y dejo mis antebrazos a los costados de la silla.

"¿Para qué? Él va a trabajar muchas horas adicionales también", dice, y encoge sus hombros.

"¿En serio? Eso me deja en shock. Ese pendejo no trabaja tanto como nosotros".

"Modera tus palabras, por favor. Como te he dicho antes, no me importan tus percepciones personales sobre nuestro presidente", dice. Frunce su ceño y entiendo que dije algo que no debí decir.

"Sí, ya me lo has dicho. Me expreso de ese modo porque me siento muy decepcionada y agotada. Para ser sincera, no he tratado con él. Tal vez siento una terrible animadversión por los presidentes vanidosos y prepotentes".

"Su firma está en tu cheque", me recuerda. Sonríe con ironía mientras acerca su cara. "Como bien dices, no has tratado con él. Por eso, no sabes nada sobre su vida. Te aseguro que es una buena persona. Sí, es exigente, pero puedes darte cuenta del lugar al que ha llegado con su esfuerzo", dice.

"Lo de los cheques es mentira. No recibo cheques, solo depósitos en mi cuenta".

"Pero es lo mismo", asegura. Luego gira para ver el dron. Aún está en el piso. Una nube de humo sale de las alas. Me ve con inquietud y noto su curiosidad. "Supongo que sigue estrellándose después de siete minutos de vuelo".

Toco mi frente otra vez y me parece que la tensión eliminará mi calma pronto. "Supones bien", respondo en voz baja.

"Diana, te pedí que desarrollaras este dron, porque creo en tu talento. Eres la persona indicada para solucionar este problema".

"Ya estás actuando de ese modo".

"¿De cuál modo?", me pregunta.

"De ese modo en el que me dices exactamente lo que sabes que quiero escuchar. De ese modo podrás exigirme y reventarme más. Quieres que me sienta segura para que trabaje más, y luego nuestro presidente te dará el crédito por lo que yo logre", le digo. Lo veo con una expresión de desafío y él se da cuenta de que no quiero ser para nada condescendiente

Me pregunto cómo pudieron crecer juntos y luego tomar rumbos tan distintos. Lo hago mientras Daniel ríe con fuerza mientras reclina su cara. El sonido me recuerda por qué me agrada más compartir con él que con nuestro presidente, que además es su mejor amigo. Y el líder de la empresa. El hombre ante el cual todas las bocas se abren de par en par. Puedo usar otros adjetivos para referirme a Carlos, pero no los diré mientras Daniel esté en mi oficina.

"La idea de recibir el crédito por tu trabajo me parece emocionante, pero ten en cuenta que es tu empleo el que está en riesgo. Además, no te ascenderán si este proyecto no da resultado. Y aparte de ello, tienes una importante bonificación pendiente".

De hecho, ese dinero no me parece importante. Si lo fuese, podría haber empezado a trabajar en la empresa de papá. O casarme con un sujeto adinerado, como hizo mi hermanastra para "asegurar su futuro". "Lo sé, pero lo que más quiero es que ese dron se mantenga en el aire sin incendiarse", le digo.

"Diana, estoy seguro de que encontrarás una solución. Creo en tus capacidades. No es un chiste ni un halago para que te sientas mejor. Es la verdad", afirma. "Y no olvides que ya vuela. Ahora debes concentrarte en lograr que se mantenga en el aire", dije. Se agacha, toma el aparato y lo gira con las palmas de sus manos. Luego me ve fijamente.

"Lo sé, Daniel. ¿Crees que nuestro querido líder dirá lo mismo si se entera de que soy un fiasco?". Sonríe suavemente. "Podrás descubrirlo por tu cuenta", asegura.

"¿De qué hablas?"

"Habló de que quiere hablar con nosotros. Por eso vine a tu oficina".

Me levanto rápidamente de mi silla. "¿Y ahora es que lo dices? ¿No te importa haberlo hecho esperar mientras conversábamos como amigos que se conocen de toda la vida?", le pregunto.

"Vaya", dice con tono burlón. "Afirmas que Carlos te desagrada, pero te levantas como si tuvieras muchísimas ganas de hablar con él".

"Deberías hacer silencio", le pido, molesta por el tono de su frase.

"Digo lo que pienso, Diana. Es todo", indica. Y vuelve a sonreír.

Lo cierto es que Carlos Martínez representa la parte más negativa del sexo masculino. Es un sujeto atractivo, antipático y vanidoso. Además, está lleno de misterio. Es el "superhombre". Y yo lo detesto. "Y yo digo que deberías tomar siestas más largas si te parece que tus frases son divertidas", le digo unos segundos después, olvidando a Carlos por un momento.

Carlos Martínez es una especie de reencarnación adulta de mi anciano padre. Y para colmo de males, es mucho más inteligente que él. Por esa razón, aunque no quiera hacerlo, debo reconocer lo que ha alcanzado hasta ahora. Como dice Daniel, aunque Carlos tiene pocos años en este negocio, ha logrado cosas que a otros les tomaría décadas. Podría contarle a un psicólogo las verdaderas razones de mi molestia si asistiera a terapia. Recogería mi cabello con un moño y

llamaría a mis problemas por su nombre: mi padre.

Será la primera vez que suba a su oficina. Soy una empleada de tan bajo rango que no califico para subir a ese piso "¿Por qué hablará con nosotros?", le pregunto. Daniel camina de prisa cuando salimos y corro para alcanzarlo. Una vez que abandonamos el área de ingeniería caminamos por el pasillo que lleva a los ascensores y luego podremos entrar a su oficina.

"Quiere que le demos un reporte del avance del dron. Nos reunimos con carácter de urgencia más temprano y me pidió uno al final de la tarde, pero como tenía claro que te quedarías hasta la madrugada, decidí quedarme para que finalizaras tus ensayos".

"¿Se reunieron con carácter de urgencia?".

"Sí, pero es un cuento muy largo", dijo, y niega con su cara. "Lo importante es que quiere que le demos los detalles de nuestro avance".

"¿Me dices que debo darle un reporte al presidente de la empresa, y que solo me quedan treinta segundos para terminarlo?".

"Pues... en resumen, así es".

"Me encanta oír eso", digo con ironía. Dejo mi mano en la pared para calmarme y darme algo de aliento.

"Una cosa más. Es algo que debes saber", dice, viéndome fijamente. "Su día ha sido pésimo".

Está claro que, si tuviera que decidir entre él y yo, Daniel se inclinará por el jefe. Por eso no quiero discutir con él, pues le debo el apoyo que me dio cuando la empresa decidió contratarme como ingeniera de sistemas. Estoy en deuda con él, pues gracias a sus palabras obtuve el puesto. Y también porque sé que es un gran amigo de Carlos. Entonces me quedo sin aire. Ni palabras.

"Vaya. No puedo imaginarme cómo es un día de esos", le respondo. Decido no decirle que nuestro presidente puede meterse su mal día en el fondo de sus pantalones, y usar palabras más decentes.

"No tienes que ser sarcástica", dice.

"Parece que no crees tanto en mí como dices", le digo mientras una pregunta aparece en mi mente: ¿qué piensa realmente Daniel sobre mi trabajo?

"Por supuesto que sí creo en ti", dice con firmeza mientras sonrío. "El problema es que somos muy parecidos, Diana. Y como eres prácticamente mi reflejo, quiero dejarte claro que debes evitar en esta ocasión dar las respuestas rápidas e irónicas que sueles lanzar".

Aunque tenga que ver a una persona poderosa o con mucho dinero, no soy muy hábil para darle mismo ni darle palabras de aliento. "Te aseguro que voy a comportarme", respondo, y decido pasar por alto la expectativa que tendrá Carlos sobre mi actitud.

CAPITULO 6: CARLOS

El papel de Daniel en la empresa es muy importante. Me contiene cuando estoy a punto de tener un ataque de rabia. Además, ha consolidado un excelente equipo en el área de Innovaciones e Ingeniería. Detecta rápidamente las habilidades de las personas y es capaz de pulirlas con palabras de aliento y apoyo constante. Se ha esmerado en ello. Por eso me pregunto dónde carajo está. Siento mucho cariño por él, aunque no deja de molestarte que se relaje tanto precisamente por nuestra amistad. Al parecer, ha olvidado que no soy tan paciente como cree.

Sin embargo, este asunto es muy serio. Por esa razón, no entiendo por qué se demora tanto. Quiero verlo, pero ha tardado casi veinte minutos en llegar. Eso significa que se ha retrasado dieciocho minutos. Finalmente oigo el ruido de varios zapatos cerca del salón de reuniones y me siento aún más molesto. "Hace varios minutos que te espero", digo cuando abre la puerta.

Se aparta y veo a una chica de baja estatura, con curvas pronunciadas, cabellera larga y ojos azules que lo acompaña. Veo la expresión de miedo en su cara cuando escucha mis palabras y creo que por lo menos intenta mostrarse apenado. "Sí, lo sé. Te pido disculpas", dice.

Estoy de acuerdo con incorporar mujeres a la empresa, independientemente del departamento, aunque la idea no deja de causarme ansiedad. Entonces me doy cuenta de lo que ocurrió. Charlaba despreocupadamente con la ingeniera de sistemas que contratamos recientemente. Es la última en el esquema del personal. Creo que se llama Diana. Creí que contrataría a un hombre, pero me mintió.

Diana, si ese es su nombre, usa una camiseta de cuadros, un pantalón amplio y juguetea con otras chicas como si fuesen hombres. Me doy cuenta de que ha recogido toda su cabellera amberina con una trenza en la parte trasera de su cuello. No hay ni un rastro de maquillaje en su cara, pero no le hace falta. Es esbelta y muy linda. De todos modos, creo que le vendría bien algo más de feminidad. Dicho sea de paso, usa zapatos de tenis. ¡Cielo santo! A pesar de su... ropa, veo que su cuerpo es muy atractivo. Sin embargo, me siento extremadamente agotado. De no ser así, me concentraría en cada curva de su figura. Y me quedaría allí hasta que...

Me deleito con el mar de sus ojos, y siento que tiene una expresión muy diferente a la de mi ex. Sube su cara para verme fijamente.

"Ahora entiendo. Por culpa de esta señorita, tardaste en llegar", digo. Cuando sigue viéndome, me doy cuenta de que su mirada no es tan distinta. Es muy similar a la que me mostró Maura en la tarde. Entonces dejo de pensar rápidamente en su figura y las curvas que se asoman bajo ese horroroso atuendo que lleva.

Traga grueso y me parece que no comprende mi planteamiento. "Disculpe. Quise venir antes, pero el avión que me traía se demoró", responde. Entonces gira para ver a Daniel. Él está a punto de cagarse en los pantalones. "¿Hablaste con el piloto?", le pregunta.

Sabe que no hay manera de controlar a una chica impetuosa como ella. Aclara su garganta y luego encoge sus hombros.

Siento el deseo de decirle que quisiera subirla a un avión y llevarla al paraíso del placer, aunque

recuerdo que podría demandarme por acoso sexual o alguna cosa parecida. Entonces aclaro mi garganta también. "Oiga, señorita..."

Al parecer le impresiona que haya olvidado el resto de su nombre. "Castillo", contesta, con expresión de asombro.

"Señorita Castillo, tal vez Daniel es más flexible en la oficina en la que usted trabaja, pero debo recordarle que yo no lo soy. No me gustan las frases sarcásticas ni los jueguitos. Usted no es parte de mi familia ni mi amiga. Solo es mi empleada. Una muy nueva, por cierto. Si yo fuese usted, moderaría mis palabras", le digo. La verdad es que no he olvidado su apellido. Solo quiero que crea que lo hice. Es un recurso muy antiguo. Lo uso para que mis empleados recuerden que son insignificantes. Así, siempre serán humildes.

"Comprendo", responde en voz baja, aunque no pide disculpas.

Es tan atrevida que no deja de impresionarme. Y mi experiencia me indica con quién debo discutir y con quién no. Sé que no debo hacerlo con ella. Se trata de una jovencita con una actitud terca a la que no han puesto en su lugar todavía. Alguien tendrá que hacerlo en una o dos ocasiones. Quizás en tres. Por los momentos no puedo ni quiero ser yo quien lo haga. "Además, quería hablar solo con Daniel", le recuerdo, y lo veo. Omíto los ojos de Diana, que ya ve la oficina y me hace pensar que se ve a sí misma en este espacio en el futuro.

"Así es, pero como Diana tiene el proyecto del dron en..."

Levanto mi mano y veo los ojos de Diana. "Oiga, tengo una cinta que podría usar para medir esta oficina. Te la doy cuando termine esta reunión, ¿te parece?"

Ve solapadamente mi pene y sube de nuevo sus ojos a mi rostro. Sonríe ligeramente. "Gracias, pero la necesitaré. Mis ojos bastan para medir este espacio", dice.

"Entonces", dice Daniel, inclinando su cara para que me fije en él. "Ella es la responsable del proyecto del dron".

"¿'Proyecto'?", le pregunto con curiosidad. "Eso me hace pensar que aún no es una realidad".

"Sí, bueno, es un... proyecto todavía", dice Daniel. Su cara se tensa.

Veo a Diana con curiosidad. "Supongo que sigue fallando", digo.

"Justo intentaba repararlo, pero me interrumpieron".

¿Daniel la contrató porque tenías ganas de llevarla a la cama? Eso sería raro, pues Diana ni siquiera se aproxima a su chica ideal. Tal vez una mujer con las características de Maura sí. "Bueno, no viniste aquí porque yo te lo pidiera", le digo, y dejo de pensar en ello. Me fijo en Daniel sin decir ni una palabra. Quiero que ponga a Diana de vuelta en el trabajo. Y debe hacerlo cuanto antes. Si no, tal vez tendré que despedirla. No quiero lidiar con más mierda de la que ya tengo. Miles de ingenieros estarían ansiosos por ocupar su puesto.

"Quiero que le digas qué descubriste, Diana. Ella conoce perfectamente el dron. Ha desarrollado el diseño desde el primer día en el que empezamos a trabajar con él", dice, girando para verla. Su cara está llena de molestia.

Toma aire con fuerza.

No entiendo qué rayos me sucede con esta chica. Sus senos se inclinan rápidamente con ese movimiento, lo que me encanta.

"Hice un vuelo de prueba antes de venir. El problema es el mismo. Cuando llega a los siete minutos de vuelo, las baterías se calientan en exceso. Eso incendia al aparato", explica. Su tono es más moderado. También relaja sus manos.

"Qué mierda", exclamo. Pienso en tomar todas las cosas de mi oficina y arrojarlas por la ventana por la ira que siento, pero me controlo. "¿Qué clase de baterías tiene?".

"De litio. Solo he usado esas, pues son las únicas con potencia suficiente para el vuelo largo que queremos realizar", explica. "Pero no hay forma de que no se enciendan después de siete minutos. Además, con este diseño esas baterías están muy cerca del motor, lo que aumenta el riesgo de incendio".

Diana es consciente de que yo lo desarrollé. "¿Me culpas por el diseño?", le pregunto en voz baja mientras recuerdo los planos.

"No dije eso. Me refiero a un hecho puntual. Nos trajiste para que te explicáramos cuál es el avance. Bien, no hemos avanzado nada".

"Podríamos poner otro ventilador de mayor rango cerca de las baterías", propone Daniel. "Tal vez eso enfríe el interior del dron".

Vuelve a bajar disimuladamente sus ojos hacia mi pantalón. Noto que su cara se ruboriza de inmediato. Luego la sube otra vez. "Ya lo hice. Tengo claro que, si algo es más poderoso, es porque seguramente es... de mayor tamaño", dice.

Cuando lo hizo por primera vez, supuse que actuaba para hacer lo mismo que yo había hecho. Había notado que estaba viendo sus senos. Tengo el hábito de ver descaradamente a las mujeres, aunque con ella solo se me escapó.

Miles de imágenes atraviesan mis pensamientos. Abruptamente tengo una erección.

Sin duda, Diana es más linda de lo que su apariencia descuidada muestra. Eso hace desear explorar su cuerpo. Ponerla contra la pared. Hacer que diga mi nombre una y otra vez.

¿Por qué no me aseé antes de comenzar la reunión?

No tuve tiempo de peinarme y mi atuendo luce como la mierda. Tal vez Diana cree que luzco horrible.

Me convengo de que debo pensar con claridad en lugar de ver su cuerpo. Por esa figura estoy distrayéndome. Pero en mi oficina no podré hacerle el amor no satisfacer mis deseos. Rápidamente dejo de pensar en ella y me concentro en el proyecto. Mierda. No entiendo cómo puedo dejar de pensar en mi trabajo por una empleada de bajo rango. Tengo que recordar todo lo que está en juego. Tal vez actúo de ese modo porque me siento débil y agotado.

Observa a Daniel detenidamente. "Si lo hacemos, tendríamos que diseñar completamente el dron, pero lamentablemente el reloj juega en nuestra contra", dice.

"En ese caso, deberás encontrar algún modo de aislar el motor. Para eso te pago", le suelto.

Afortunadamente no puede matarme con sus ojos. Si pudiera hacerlo, ya estaría muerto. Solo

mueve un poco su cabeza mientras toma aire. Apenas puede respirar.

CAPITULO 7: DIANA

Mi mandíbula está tensa. El hábito que desarrollé por mi estrés está de regreso. “Deberás encontrar algún modo de aislar el motor. Para eso te pago”. Vaya forma de apoyarme. “Agradezco su... valiosa y estupenda sugerencia”, contesto.

“¿Cómo dices?”, pregunta Carlos mientras levanta de nuevo su mano para que Daniel no hable. “Espero que no hables con ironía. Mi sugerencia es estupenda, como todas las que hago. Dirijo esta empresa. No olvides que la fundé y la convertí en una de las más importantes del mundo”.

“Lo recuerdo siempre”.

“No creo. Solo tiene unos instantes aquí. Es obvio que obtuvo esa información porque acabo de dársela. Ahora sí espero que no la olvides, pues si no puedes mantener esas cosas en tu mente, tal vez también olvides otras cosas que son importantes para el proyecto”.

Ahora entiendo la razón de la soltería de Carlos. Ninguna mujer aguantaría un año con un tipo de su categoría. Lo sé por los rumores que oigo en los pasillos cuando voy a buscar café. “No olvido nada de lo que se necesita para el proyecto”, digo, aunque siento que voy a perder la razón. No entiendo por qué este pendejo actúa así. Tal vez se cree un enviado del cielo. Su mirada de macho dominante y sus frases de jefe exigente me parecen patéticas.

“¿Lo dices en serio? Solo te has involucrado en este proyecto, pero sigues teniendo mil problemas y ningún avance”.

“En ese caso, te propongo algo. Resuelve el problema solo. Sabes tanto que podrás hacerlo, genio”, le digo, convencida de que ya escuché suficiente. Debo decirle lo que pienso. Incluso pienso en mandarlo al carajo. Y también a Daniel. Solo quiere que reciba una dosis de mierda para salvar su pellejo. Me siento cómoda con él, y quiero continuar trabajando en su departamento, pero eso no significa que voy a permitir que un idiota con el ego por los cielos me trate como si yo mi trabajo no valiera nada. Cree que el dinero que tiene en su cuenta bancaria le da permiso para hacer que los demás se sientan inferiores. No lo toleraré.

“¡Basta!”, grita Daniel. “No te dirijas así al presidente”.

Me doy cuenta de que Carlos no está molesto. Su mirada es abrumadora, abismal, interesante. Me encantaría quedarme sobre ellos, pero son sus ojos. Eso quiere decir que, en el fondo, esa mirada es una cagada. “No he terminado. Estoy esperando la respuesta del señor Martínez”, digo, subiéndome mi mano mientras sigo viendo a Carlos.

Veó sus labios, y me doy cuenta de que son tan sugerentes que podría besarlos. Pero no es el momento. Ni el lugar. Entonces su cara se llena de ira. “¿Me pides que haga tu trabajo? Buscamos a ingenieras para que desarrollen estos proyectos. Gracias a ello puedo dedicarme a asuntos aún más importantes, pero como no eres la presidenta de la empresa, no puedes comprender lo que hago”.

“¿Asuntos más importantes? ¿Te refieres a la niña que tienes durmiendo en tu oficina? Ahora veo que eres un excelente presidente y un gran padre”, digo. Aprieto mis puños mientras trato de aclarar mi mente, pero no puedo hacerlo. No logro controlar lo que mi garganta suelta.

El espacio se llena de una tensión y un silencio abismales.

Lo que dije fue una injusticia. No tengo nada que ver con su vida personal. De hecho, lo único que sé al respecto es lo que Daniel me dijo hace unos minutos: la hija de Carlos llegó repentinamente en el edificio más temprano. Daniel es incapaz de decir algo para apoyarme. ¿Por qué no puedo regresar el tiempo y contener mi boca? No debí recriminarle nada de eso.

"Permítame felicitarle", pide secamente. "Hizo algo que no debió hacer, señorita Castillo. Voy a firmar su último cheque mañana". Tal vez los focos de la oficina me hacen creerlo, pero creo que el rostro de nuestro presidente ahora luce diferente. Se ve muy morado y su mirada al parecer se encendió.

Daniel pone su cuerpo entre el de Carlos y el mío. "Calma, amigos. Calma. Sé que podremos respirar profundo y tranquilizarnos", dice, con tono suplicante.

Sube su cara para verme. "¿Cómo se atreve a mencionar a mi hija? ¿Referirse de ese modo a ella? No le permito a nadie que lo haga, y menos a ella, que no sabe qué sucede en realidad", exclama.

Aunque lo que dije fue inadecuado, no logro expresar mi arrepentimiento. Siento ganas de pedirle disculpas. El deseo es intenso. Sin embargo, algo en el rostro de Carlos me impide hacerlo.

"Ella no debe hablar de esa manera", dice Daniel. "Creo que estamos de acuerdo en eso", contesta Daniel, y luego me ve con una expresión de seriedad y advertencia.

Sin embargo, decido volver a hablar. "¿Y qué dices sobre mi propuesta?", le pregunto.

"¿Propuesta? ¿Hablas de que te concentres en el proyecto para que el dron no explote después de un rato?", pregunta Carlos con ironía.

"No. Hablo de que trabaje conmigo", digo, y mi corazón late con fuerza por la ira que comienzo a sentir. "Con un diseño más apropiado, no tendría que lidiar con esto".

"El diseño está bien", indica Daniel mientras nos ve. "Debemos enfocarnos en el inconveniente con las baterías. Si nos esforzamos en ello, en lugar de discutir estérilmente, podríamos solucionarlo. Pero estamos perdiendo el tiempo y la energía. No olviden que todos debemos ir en la misma dirección. Somos un equipo".

Vaya. Al parecer sabe cómo alentar a los empleados. Mi pecho se inflamó un poco de alegría. Ahora entiendo por qué Carlos me ha animado desde que llegué. Lo ha practicado por años con Daniel. Y ha desarrollado esa destreza. "Me enfocaré en la solución, pero no deben interrumpirme", digo, tratando de relajar un poco el ambiente. "Y deben creer en mí, darme un margen mayor de tiempo y dejar que trabaje con libertad".

"Has tenido tiempo suficiente", responde Carlos.

"Oh, agradezco que me lo recuerdes. Ya lo había olvidado".

"Sé que puedo continuar. Estoy convencida de que falta poco para lograrlo. Además, no voy a rendirme. No lo hago jamás y no lo haré ahora", le digo. Daniel me ve con algo de molestia, pero quiero seguir explicando.

"No debes hacerlo, por el bien de la empresa", asegura Carlos, y me ve con expresión pensativa.

"Puedo lograrlo. Lo haré por mi bien también", respondo, en voz baja.

"Tendrás que demostrármelo. Lo único que me hace creerlo por ahora es lo que estás diciendo y el hecho de que Daniel asegure que no se equivocó al contratarte, aunque creo que sí fue una equivocación, y que yo también me equivoqué al permitirlo".

"Eso ya no importa. Sé que podré solucionar este asunto. Un asunto problemático que, por cierto, no ocasioné yo", respondo. La verdad es que creo que se ha equivocado peor, como ocurrió con su matrimonio, pero no voy a plantear ese asunto. No quiero que se moleste más.

Cierro mi boca mientras veo que su cara se tensa. Gira para ver a Daniel. "Salgan de mi oficina. Háganlo antes de que tome una decisión que no les gustará".

Daniel toma mi antebrazo para sacarme de su oficina y llegamos pronto al pasillo. "De acuerdo. Justo eso iba a hacer", dice antes de que cerremos la puerta.

Me siento tan calmada de poder salir de esa oficina sin haber tenido que pedir disculpas ni cejar en la defensa de mis argumentos que no me detengo a pedirle a Daniel que retire su mano de mi brazo.

"No entiendo lo que hiciste. Parece que estás convencida de que puedes expresarte de ese modo y que no te despida", señala. Llegamos al ascensor, quita su brazo de mi mano y comenzamos a bajar. Toma aire y siento que lo ha guardado desde que entramos a la oficina de nuestro presidente.

Le muestro una sonrisa para ocultar mis nervios. "Bueno, no lo hizo", digo.

"Por poco lo hace, pero te defendí, como siempre", aclara. Mis palabras no lo asombraron, o eso creo por la cara de molestia que me muestra.

"Tal vez él me irrita más de lo que creo", digo, y muerdo mi labio inferior. "Por eso te agradezco lo que hiciste. Con toda mi alma. Como siempre. La verdad es que no le hablo de esa manera a nadie. Aun no entiendo qué me llevó a expresarme así".

"Ya te había dicho que podría alterarte", dice en voz baja mientras toca su frente. "Y aunque lo único que me faltó fue arrodillarme ante ti, no te controlaste. ¡Además, hablaste sobre Antonella! Es increíble que te hayas atrevido a tanto".

"Mis palabras fueron crueles, lo sé", le respondo. "Fue un error. Lo admito", digo, y mi cara se ruboriza.

Asiente suavemente. "Creo que fueron mucho más que crueles", dice.

"Pero Carlos es insoportable. Entiendo que ustedes son amigos y lo aprecias mucho, pero me parece obstinado e insoportable".

"Lo que pienses de él no es importante. Por Dios, Diana. A fin de cuentas, ¿qué edad tienes?".

"Tengo la edad necesaria para entender tu planteamiento", contesto en voz baja. Suspiro y decido dar una respuesta más clara. "Sé que en caso de que me desagrade el presidente, eso es irrelevante. Tengo que ser respetuosa con él porque seguirá siendo nuestro jefe".

"Así es y así es", dice rápidamente mientras asiente dos veces y me hace reír.

"Siento que me presiona. Eso me molesta bastante", confieso. "De hecho, él me presiona demasiado. Debes entender que soy mujer y...".

"¿Usarás el argumento de la inequidad de género? No me vengas con esas estupideces"

Pongo mis manos en mi cintura. "¿Cómo dices? ¿Las consideras estupideces?", le pregunto, con firmeza.

"Entiendes a lo que me refiero", dice, y se queja cuando salimos de nuestro ascensor. "Ese argumento no puede justificar tu actitud. Además, a veces estarás sola. No puedo ser tu niñera todo el tiempo, Diana".

"Mi argumento real es que he debido esforzarme más que los hombres para que respeten mi trabajo".

"Y yo te he respetado. Todos acá quieren hacerlo, incluso Carlos. Para ello, debes lograr que tu dron vuele. Estoy seguro de que puedes hacerlo. Además, no hagas que los demás te vean con malos ojos. Deja de decir frases de las que luego podrías arrepentirte. ¿Está claro?".

Creo que debería aceptar que no es el mejor momento para trabajar. Nuestro presidente podrá ser una preocupación mañana temprano. Y la siguiente. Y la siguiente. Hasta que mi dron vuele por más tiempo. "Está claro", digo, con cansancio y resignación.

Con suerte, podré hacer que el aparato se mantenga en el aire. Y yo mantenga mi trabajo.

CAPITULO 8: DIANA

"Mi amor, creo que trabajas mucho. Por eso debes relajarte y hacer un receso para visitar a tus familiares", dice Rocío, y es la primera vez, hasta donde recuerdo, que me dice una frase tan larga desde que la recuerdo.

Es la esposa de papá. Es la número cinco, de hecho. Y de todas es la que menos me ha simpatizado.

Me parece que la mentira que representamos mensualmente ya raya en lo patético. Voy una vez al mes a visitar a papá y cenar con él. Sé que necesitaré pastillas para digerir los alimentos después. Es absurdo pensar que podré deleitarme con una cena en su palacio, que realmente es lo que es, mientras veo sus caras y ellos comen sentados en unas sillas antiguas, de las que solo podemos ocupar cuatro, aunque hay veinte. "Moría de ganas de hacerlo", digo, con una sonrisa tan amplia que me extraña que mi cara no se parta en dos pedazos.

Lo único que puedo descubrir de la cara de papá es su intento permanente de evadir mi cara. Luce perdido. No me extraña. No me ve ni un segundo. No lo ha hecho en ningún momento. Solo me miraría si le hiciera una videollamada. Antes se concentraba en el diario. Ahora solo ve su celular. Aunque veo su rostro, él no hace lo mismo conmigo.

Rocío apenas ha probado su cena. La ha recorrido con su tenedor decenas de veces. Tal vez solo frente a nosotros puede degustar platos tan exquisitos. El resto de su dieta se limita a sopas de sobre o verduras sin sal. Entiendo por qué cada vez que la veo está molesta, a pesar de que se esfuerza por mostrarse gentil y sonriente.

"Supongo que recibes un buen sueldo en tu empleo. Recuerdo que en nuestra cena anterior estabas muy contenta por ese trabajo", dice Karina, y recuerdo que es totalmente diferente a mi madrastra. No intenta parecer educada. Es la hermanastra que más aborrezco. Siempre asegura que está muy cansada para trabajar. Agita su cabellera y puedo ver que usa rizos falsos. Lame su labio inferior y me ve fijamente

"Vaya, cachorrita. Qué lindo de tu parte que recuerdes esa cena".

"Tal vez te gusta actuar, vestirme y hablarle a los demás como si fuesen tus mascotas, pero a mí no. No me llames de ese modo. Tengo un nombre", dice. Frunce su ceño con mucha molestia. Sé que no le gusta que la llame de ese modo.

"Por Dios, mi niña. Eres tan femenina que nadie podría pensar que eres una mascota", asegura mi madrastra.

Es cierto. Ahora tiene un par de senos que le puso un cirujano. Al parecer, Karina no consideró que todos verían que su pecho había crecido "mágicamente" hasta alcanzar el tamaño del Himalaya. No guardó el menor recato para intervenirle quirúrgicamente. Sé que no suele cuidar las formas. De hecho, no lo hace ni siquiera para maquillarse: usa tantos tonos de maquillaje en su cara que parece una tienda de pinturas.

"Bueno, como te decía", dice, y siento que habla por su nariz, "supongo que recibes un buen sueldo. Me lo pregunto porque sigues vistiendo como una indigente".

"Sucede que tengo algunas cuentas que pagar, además del alquiler de mi apartamento", digo, hablando con fingida educación. "Entenderías de lo que hablo si vivieras en tu propia casa".

He hecho lo posible para no verla o tratarla con amabilidad cuando debo hablar con ella, pero la verdad es que la tensión que siento por el asunto del dron y la charla con Carlos siguen irritándome. Pero luego abre su boca. "Y tú entenderías de lo que hablo si fueses tan inteligente como para dirigir la empresa de nuestro padre. Así no tendrías que vestirte como si trabajaras en el vertedero", dice, y siento que voy a estallar. Mis esfuerzos han sido inútiles, a pesar de que han sido muchos. He soportado sus indirectas, sus molestas sugerencias y su constante recordatorio de que sigo sola.

"Es mi padre, no el tuyo", digo secamente.

"Sí lo es, cariño", nos recuerda Rocío. Sonríe delicadamente y sé que defenderá a su hija. Es su costumbre. Peina su cabello teñido con sus manos y retoca su peinado. "Le he dicho que hable de él como si lo fuese".

Cuando vivía en este palacio de seis hectáreas, treinta habitaciones y miles de detalles inútiles para una casa con pocos habitantes, teníamos un excelente cocinero. Ya no. Ahora siento que estoy en una vivienda parcialmente muerta, sin un buen cocinero y con una madrastra que vive solo para aparentar lo que no existe. "Pero es una jovencita. Creo que ya sabe lo que sucede y entiende que cada niño tiene un padre biológico", digo. Mi plato se enfría. En cualquier caso, no me apetece.

"Basta, señoritas", indica Rocío. Sonríe y gira para ver a mi padre. Él continúa concentrado en su celular. "No quiero que comiencen a discutir. Quiero que disfrutemos la cena. Recuerden que apenas nos vemos".

No quisiera volver aquí ni pisar esta horrible casa. Así no tendría que tomar este horrible vino ni sentir el espantoso aroma a perfume barato de Rocío. Para mí sería como ir al paraíso. Y es precisamente por ellas. Lo que piensen no me importa. Sé que lo hacemos solo configura una mentira. Y también sé que lo hacemos para simular que conformamos una linda familia en la que todos nos queremos. Pero eso no es verdad. De hecho, siento que no pertenezco a esta familia ni lo sentiré jamás. Y lo creo porque sus personalidades son muy diferentes a la mía. Espero que en algún momento pueda estar tranquila, lejos de ellos. Si tuviera la posibilidad de rechazar el resto de sus invitaciones a las cenas que me hacen, lo haría sin pensarlo.

Pero aun cuando es frío, maleducado y molesto, prefiero tener a papá que no tener a nadie. Así que eso no sucederá, lamentablemente. Aunque me sienta desafortunada, mi papá es mi única familia.

"Tranquila, mamá", suelta Karina mientras sonrío forzosamente al ver a Rocío. "Lo que me dice no tiene importancia para mí. Entiendo que lo hace porque no tiene novio y su humor cambia por la soledad que siente".

"¿Lo que tienes en tus senos es silicona o tu ego bajó y los rellenó?", le pregunto. Pongo mi copa en la mesa para no lanzársela.

Se pone de pie y mancha el tapiz, hasta ese momento perfectamente limpio, con su copa de vino. Jadea tanto que siento que va a tener un infarto. "Qué descarada eres", grita.

"¿De verdad piensas que un hombre no sospecharía que esos senos son falsos?", le pregunto con

inquietud mientras apunto a su silicona. Noto que su vestido también se llena de vino, y mi mente recuerda el tono de la sangre. Aunque no soy tan descarada como ella dice, recuerdo que dos días antes estuve viendo una serie de terror en la que uno de los personajes es asesinado en medio de una colina nevada.

"¡Eres una zorra!", grita. No lanzó vino en mi rostro, lo que supuse que se atrevería a hacer. Tardó unos segundos antes de salir del comedir y su madre fue con prisa detrás de ella. Los tacones que llevan traquean contra el piso y la imagen de yeguas corriendo en un hipódromo llega a mi mente. Karina se ha ido y el silencio inunda el lugar.

¿Papá habrá escuchado algo? ¿Se habrá percatado de lo que ocurrió? Me lo pregunto y tomo aire antes de ver mi plato. Luego apoyo mi espalda en el respaldo. Estoy a solas con él, aunque siento que no hay nadie más. No habla ni se mueve.

"Supongo que estás muy feliz, señorita", dice con cansancio, y pienso que en cualquier momento comenzará a bostezar. Me doy cuenta de que comprendió todo lo que ocurría.

"En realidad no lo estoy, aunque creo que lo que dije respecto a la silicona en el pecho de Karina fue inteligente".

A papá no le hace gracia mi chiste. Finalmente voltea su cara y me ve con molestia. "Tal vez lo fue, pero nadie te autorizó a decirlo. No puedes referirte de ese modo a Karina. Tienes muy claro que Rocío se enfada cuando lo haces".

"Y no quieres que ella se moleste. Entiendo. ¿Pero no has pensado en mí? ¿Te has detenido a hacerlo en algún momento a hacerlo? Me siento terriblemente triste al preguntarte esto, papá, pero, ¿por qué no te importa mi vida? ¿No te das cuenta de que eso me duele tanto como el hecho de que mamá no esté? ¿Por qué no has pensado jamás en mí? ¿Por qué no le das la importancia que se merece al hecho de que me esforcé durante años para ser una ingeniera y ahora puedo trabajar en una empresa en la que puedo hacer que todos me respeten?"

"Lo que dice Karina es cierto", señala, mientras su mirada recorre mi cuerpo. "Tal vez si te consideraran importante en Innovaciones Martínez, te darían un sueldo lo suficientemente alto como para que te compraras ropa decente", dice. Cruza sus brazos sobre su pecho y me ve fijamente. Su mirada tiene tanto desprecio que deseo que tome su celular y haga con él cualquier cosa que haya estado haciendo.

Sé que no deberían importarme sus frases, porque mis palabras y mis deseos no significan absolutamente nada para él. Pero una vez más logra que me sienta más pequeña de lo que soy. Quisiera escapar de sus ojos inquisidores. Huir de esa mirada fría, reveladora, que muestra todo lo que hay en su alma. Incluso puede ver dentro de mi propia alma. Se da cuenta de mis debilidades y se aprovecha de ellas, al punto de dejarme vulnerable y desenfocada. ¿Qué me hace darle importancia a sus palabras? ¿Por qué le doy valor a lo que él crea de mí? No lo sé.

Trato de mostrarme más valiente y digna de lo que me siento. "Papá, me gradué como ingeniera", exclamo.

"Bah. Eso es solo un papelito que te dieron", dice, mientras cierra sus ojos y levanta su mano. La baja rápidamente. "Hija, ¿por qué no aceptas lo que te pasa? Estás alargando tu condena. Debes hacer todo lo posible antes de que envejezcas a tal punto que ningún hombre se fije en ti".

"Si eso sucede...".

"Si eso sucede, estarás jodida. No tienes que fingir. Todas las chicas quieren la compañía de un hombre", dice, sin dejar que termine mi frase. Luce enfadado. "Aún eres hermosa. ¿Por qué actúas como si lo más importante fuese tu carrera? Seguramente no tienes la aptitud suficiente como para desarrollar exitosamente ni siquiera un proyecto".

Me pregunto por qué sus palabras me recuerdan al presidente de la empresa en la que trabajo. Tal vez es porque Carlos también puso en duda mi capacidad para llevar a buen puerto el proyecto del dron. "¿De qué hablas? No sabes nada sobre mis aptitudes", digo en voz baja mientras trato de apagar los nudos en mi garganta.

"Hija, para permanecer en el entorno empresarial que escogiste, se requiere algo de lo que tú careces", asegura. No olvides que tu madre y yo te trajimos a este mundo. La sangre de tus venas es la misma de las mías. Por eso te adoro y siempre lo haré. Sin embargo, ese lazo no me impide ver cómo es este mundo. Tengo más claro que tú lo que estoy diciéndote".

"¿Por qué me hablas de ese modo tan horrible?", le pregunto.

"Porque por mi mente jamás pasó la posibilidad de escogerte como la heredera de mi imperio. Eso, sin embargo, no te pareció suficiente para actuar inapropiadamente y esperar que yo te nombrara sucesora. Eso me da asco", declara. "Además, no suelo respetar a las personas que toman caminos que no deben tomar. Sé tan bien como tú que siempre has querido eso, dirigir mi empresa, aunque no pensaste si yo quería hacerlo. De hecho, nunca lo hice", cuenta, aportando una información que no me parece importante.

Ya no lo veo como mi padre porque no me ama. Está claro. "¿'Asco'?", exclamo. Siento que en cualquier momento lloraré, pero trato de sofocarlas al ponerme de pie. Busco en los rincones de mi pecho algo de la dignidad que aún tengo para enfrentarlo. Subo mi barbilla y veo su cara fijamente. Aunque es mi papá, no sabe nada sobre mí. Y yo tampoco sé nada sobre él. Tal vez me amó en algún momento de su vida, pero ese sentimiento se apagó tras el divorcio de mamá. Quizás él, de quedarse a su lado, aún me adoraría, como dijo, pero como eso no ocurrió, no siente nada por mí. Y yo tampoco siento amor.

Cuando se separaron, usó su dinero para exigirle que le entregara la custodia completa. Entonces ella se fue a Asia. Y la entiendo. Es lo mismo que yo haría en un momento como ese.

"De acuerdo, papá. Piensa lo que quieras, pero permíteme decirte que estás equivocado. Fui yo quien nunca pensó ni por un instante en hacerse cargo de tu empresa. Lo único que esperaba de ti era tu amor", digo, con mi voz quebrada. Entonces entiendo que debo abandonar su palacio. "Oh, y puedes estar tranquilo. No quiero causarte más asco por mi actitud y mi forma de vestido. Voy a salir de este lugar. No me esperes, porque no voy a regresar ni siquiera para volver a cenar".

Baja su cara y pica un trozo de su carne. "¿Me amenazas con no volver? ¿Olvidas que ya me amenazaste con hacerlo cuando cumpliste diez, doce y dieciséis años? La verdad es que sí regresarás. Con tu cara avergonzada. Es tu costumbre", dice con una sonrisa burlona.

Sube su copa como si me propusiera brindar y siento que está cruzando la línea de mi tolerancia. Su expresión es de total desinterés. Luego prueba un poco de vino y sigo viéndolo. "Ahora es distinto. Me voy y no volveré", digo, a modo de promesa.

Camino velozmente para salir de su palacio de mierda cuanto antes. Hago un esfuerzo para detener el llanto que está a punto de salir y llegar a mi auto en unos segundos. He estado tantas veces en ese camino de pequeñas piedras hacia el estacionamiento que no debo secar mis lágrimas para orientarme. Una vez que salgo del lugar, manejo unos kilómetros y me detengo en una estación de servicio. Apago el motor, pongo mis manos sobre mi rostro y lloro como una niña.

Recuerdo que papá llevaba a sus nuevas esposas para que rivalizaran conmigo y me vieran como un ser inferior. Hasta que un día decidí que ya no quería seguir formando parte de ese juego. Me pregunto qué lo ha llevado durante todo este tiempo a mostrar tanta crueldad. Qué lo hace verme así, a mí, que soy su hija, que estoy en este mundo gracias a él, y tratarme de ese modo tan despectivo. Quizás aún se siente herido porque le informé que quería tener mi propio espacio y no depender más de él. Ahora que soy independiente, no quisiera volver a recibir un solo centavo suyo ni dejar que opine siquiera sobre mí. Nunca me trató de manera gentil y sé que no lo hará. De hecho, nunca lo hizo cuando aún estaba en su palacio.

"A la mierda. No volveré a su casa", le grito al auto, aunque nadie más me oye.

Eso me recuerda Sé que ahora podré mostrarme como soy, y me siento más calmada, por lo que decido regresar a mi apartamento. Mi decisión me traerá una ventaja: ya no necesito simular amabilidad frente a Rocío. La certeza me hace sentir un poco mejor.

"Voy a demostrarles que sí puedo completar un proyecto", me digo con una firmeza inédita para mí. Cuando enciendo el auto otra vez, siento una determinación que no había experimentado hasta el momento.

CAPITULO 9: CARLOS

"Papá, ¿estás ahí?", me pregunta mi hija.

Admito que es mucho más independiente de lo que supuse. Puede ocupar su tiempo sin que yo tenga que estar a su lado. Así, puedo trabajar sin tener que encargarme de ella. Subo mis ojos y dejo de ver los numerosos documentos y veo a Antonella. Está tranquila mientras estira sus pies en el espacio que ha convertido en su hogar.

"Sí. Dime".

Bosteza, cubriendo su boca con sus manos. "¿Siempre trabajas tanto?", me pregunta.

"Disculpa, cariño. La verdad es que no suelo hacerlo", le digo, aunque ciertamente, he trabajado tanto hoy que no me di cuenta de la hora que es. Cuando levanto mi mirada y veo el reloj de mi oficina, veo que son más de las diez.

"Papi, no tienes que mentirme", afirma.

"Es la verdad, hija. Hoy estoy muy ocupado, como pasó en el momento en el que llegaste. No estoy mintiendo", respondo.

"Entiendo. Debes terminar el avión", dice. Asiente con calma y veo que sus cabellos se agitan.

"Sí, aunque en realidad no es un avión. Es un dron", contesto. Me esfuerzo para no sonreír.

"Sí... dron", dice, y baja su cara. Parece que intenta pronunciar correctamente el sustantivo para no olvidarlo a partir de ahora.

Aunque la manera en la que Maura la trajo fue espantosa, estoy agradecido con la vida. Ahora puedo recuperar el tiempo que no estuve al lado de Antonella. Y todas las peculiaridades que tiene, como esa de tratar de recordar las palabras, me encantan. Obviamente es la persona que más amo en la vida, pero tiene una forma de demostrar su inteligencia que me cautiva.

Cuando perdí a Antonella, el trabajo fue mi vía de escape. Solo trabajando todos los días hasta la madrugada pude salir de la horrible depresión que me azotaba. Lo recuerdo mientras llevo mi cabeza atrás y pongo mis manos en la parte trasera de mi cuello. Es verdad que he trabajado mucho. No he parado desde que fundé mi compañía. Lo hice para que fuese exitosa.

Al menos Maura hizo algo bien: me cedió la custodia en vacaciones. Habría enloquecido si hubiera tenido que inscribirla en una escuela, comprarle libros nuevos y ayudarla con los deberes escolares en el momento de su llegada. Una pregunta aparece entonces en mi mente. ¿Cómo sería mi vida si hubiera estado siempre con Antonella? No lo sé, pero me queda claro que debo buscarle un espacio idóneo. Podré tenerla en mi oficina temporalmente, como máximo por unos diez días. Y, sin embargo, sé que en unos dos o tres días no se sentirá muy cómoda. Lo hago porque tenía que resolver pronto. Pero merece un hogar sólido, algo que le haga sentir cómoda, un espacio en el que pueda crecer sanamente.

El sonido de un celular sonando en la carpa hace que Antonella regrese a ella.

Abre ampliamente sus ojos al ver la pantalla de su celular multicolor. "Guao, mami está

llamando", me informa antes de entrar otra vez en su cara. "Mamá, buenos días", dice con alegría.

"Buenos días, mi amor", responde Maura con alegría también. "Dime qué hora es allí".

"Bueno... pronto debo ir a la cama", dice.

"Entiendo. ¿Cómo van las cosas con papá?", le pregunta Maura.

"Van muy bien. Me he divertido mucho", afirma mi hija.

"¿De verdad?", pregunta Maura con aparente asombro.

"De verdad, mami", cuenta Antonella.

"¿Eso significa que papi juega contigo? ¿Está pendiente de ti?", pregunta.

"Sí. En la noche me lee historias y me acuesta a dormir. Siempre está pendiente de mí".

"¿De verdad? ¿No ha buscado una niñera?".

"Hasta ahora no".

"Comprendo. ¿Y por qué veo todo negro al fondo?".

"Porque estoy en mi nueva carpa".

"¿Una carpa que instalaste en tu habitación?".

Suspiro. Sé que pronto se desatará el infierno. "Así... es. Es mi habitación", dice Antonella.

Su mentira me deja pasmado.

"¿Estás disfrutando tu viaje, mamá?", le pregunta Antonella.

Maura asiente y luego le narra el recorrido que ha hecho hasta el momento. Dice que una vez que recorran Noruega irán a Finlandia. Quieren conocer todo ese país. Le dice que ha subido a varios barcos, pero dejo de escuchar su historia. Me enfoco en Antonella. Me digo a mí mismo que, independientemente de lo que suceda con el proyecto, deberemos comprar las pinturas con las que restauraremos el dormitorio en el que pasará las noches. Y luego, en unos días, contrataré a una niñera para que la cuide. Será mejor que se quede en el edificio solo un día más.

"Nos vemos, mamá".

Entonces me pongo de pie para ver más de cerca y abro la entrada de la carpa. "Nos vemos, dulzura. La próxima semana volveré a llamarte", dice.

Ella gira para salir de nuevo.

"Hija, es falso que estés en tu dormitorio. Le dijiste a mami una mentira".

Encoge sus hombros mientras baja su cara.

"Antonella, mientras estés conmigo, quiero que seas totalmente sincera. Las mentiras traen problemas".

"Papi, ¿cómo puedo hacerlo? No puedo ser sincera. Si lo hago con mami, se molestaría por lo que estás haciendo".

"No tienes que preocuparte por ella. Puedo arreglar las cosas si hay un problema, pero no tienes que mentir para cuidar mis espaldas. ¿Te quedó claro?".

Me ve con molestia.

"¿Te quedó claro lo que expliqué, Antonella?", le pregunto.

"Papi, mami podría enojarse tanto que querría llevarme otra vez a vivir con ella... y Felipe", dice. Comienza a temblar.

"Hija, supongo que no olvidado que hace un tiempo el juez dijo que no podías vivir conmigo porque eras muy pequeña", le digo. Entiendo que ve las cosas con una perspectiva diferente por la edad que tiene. Se siente muy vulnerable ante cualquier circunstancia difícil. Entonces decido regalarle una ligera sonrisa.

Asiente en silencio.

"Bien. Ahora todo cambió. Ese juez estableció hace poco que ya eres lo suficientemente grande como para mudarte a mi casa. Además, hay una nota que lo explica. Está aquí, así que, si quieres leerlo, puedo dártelo. Con esa nota queda claro que no pueden separarte de mí. Nadie. Ni mami puede hacerlo. Eso solo sucederá si quieres regresar a su casa".

"Amo a mami, aunque quiero quedarme en tu casa, papi".

"Estupendo. Y como te mencioné antes, espero que no vuelvas a mentir, a menos que tengas un motivo muy importante para hacerlo".

"Lo tenía, papi", dice con firmeza.

"Hija, por favor", le respondo con tono más serio.

Aunque es madura para su edad, la vergüenza que siente por momentos me recuerda que solo es una niña. "De acuerdo...", dice mientras asiente. Luego exhala.

"Excelente. Ahora te tengo una buena noticia: pintaremos el dormitorio en el que dormirás. Lo haremos este sábado", le digo. Sé que tal vez Maura no golpeó su cuerpo, pero seguramente le hizo daño. Seguramente no le prestó atención o le dijo que era un estorbo. La posibilidad de que eso haya sucedido altera mis nervios.

"¿En serio lo haremos?", me pregunta. Su cara se enciende de felicidad.

"Así es. Le pediré a Lorena que mañana temprano vaya a comprar las pinturas. Escogerás todos los tonos que desees y el sábado a primera hora nos pondremos manos a la obra. ¿Qué te parece?".

"La mejor noticia del mundo", responde con alegría.

Masajeo su espalda mientras la abrazo. ¡Cuánto amo a mi hija!

Pone una mano bajo su mandíbula y me regala su mirada llena de ternura. "¿Qué haces para divertirte, papi?", me pregunta.

"¿Qué cosas haces tú para divertirte?", le pregunto.

"Bueno, como chocolate".

"¿En serio?". Ríe con fuerza.

"Por supuesto que es en serio. Me gustaría desayunar, almorzar, cenar y merendar chocolate. El chocolate aparece en mis sueños", me cuenta, y comienzo a reír con más fuerza.

"¿El chocolate aparece en tus sueños?"

"Sí, el blanco. Ya quiero comer una barra grande".

"De acuerdo, Antonella. Voy a pedirle a Lorena que compre chocolate también. Ahora quiero que me digas qué actividades haces para divertirte".

Encoge sus hombros y ve sus pies otra vez. No tiene zapatos que los cubran. "Pues... no tengo idea", dice.

"Antonella", digo para llamar su atención. El recuerdo de sus pies llega a mi mente. Fue la primera parte de su cuerpo que vi cuando nació. Parecían unas semillas. Diminutos, limpios y sanos. Eran una imagen maravillosa.

"Dime, papi", dice, y levanta su cara.

"Espero tu respuesta. ¿Qué haces para divertirte?"

"Honestamente, me gustaría saberlo", susurro después. Mira a los lados y me doy cuenta de que analiza qué me dirá. Parece que le ha sorprendido mi pregunta o cree que estoy jugando.

"Bueno.... me gusta ir a teatros y museos", se arriesga a decir, aunque habla tan bajo que apenas puedo oírla.

"¿De verdad? A mí también me encanta ir allí", afirmo. Su respuesta alegró mi cara.

"¿De verdad?", pregunta. Me ve con genuina sorpresa mientras su rostro también se emociona.

"Así es. Supongo que te atraen la pintura, las cosas antiguas, los animales. Yo amo los animales".

"¡A mí me encantan también! Aunque mamá los días. Me ha dicho que los animales y las cosas científicas solo son para los varones", dice. Apoya su espalda en una almohada que separa su cuerpo de la carpa. "Las cosas antiguas también me gustan. Hace unos meses fui con mis compañeros de escuela a una exposición sobre los dinosaurios y todo estuvo genial".

"Supongo que deberemos ir con más frecuencia a exposiciones de dinosaurios", le digo. "Y a las ferias. ¿Has ido a alguna?"

Me doy cuenta de que un niño se alegra rápidamente con pocas cosas. "Así es ¡Me encantan las montañas rusas!", grita. A pesar de que aún tiene varicela, se muestra más animada y alegre desde que llegó.

"Te propongo algo", le digo mientras entrecruzo los dedos de mis manos y la veo con expresión de seriedad. "Me gustaría que escribieras las actividades que te divierten o que quisieras hacer para divertirte pero que no has podido realizar hasta ahora. Luego las escogeremos en casa. ¿Qué opinas?"

"¡Estupendo!", exclama. Toma su celular, sale del juego que la mantenía ocupada y busca el procesador de palabras.

Entiendo que su generación es muy distinta a la mía. Los celulares son aparatos en los que confían completamente, a diferencia de los adultos o los ancianos. Se mueve con tanta alegría que relaja mi alma.

Se concentra en la lista y regreso al escritorio. Aunque me preocupa la presentación que están

organizando mis empleados para presentar el dron y siento muchas ansias de ir a su oficina a liderar el trabajo que realizan, evito hacerlo. Tengo suficientes preocupaciones por ahora. Me digo que debo creer en ellos. Es la frase que suele decirme Daniel.

Los trabajadores de mi empresa. La frase me recuerda a alguien que ha estado en mi mente en unas cuantas ocasiones hace un par de días. A Diana. Al momento en el que estuvo aquí. ¿Por qué quiero verla de nuevo? No lo sé. No suelo sentir eso. Ojalá pudiera haber conversado con ella de modo diferente. Fue una reunión terrible en todo momento.

Aunque haya un caos frente a nosotros, debo transmitirles calma a mis trabajadores. No me gusta dejarme llevar por la tensión de un momento difícil, pero con Diana ocurrió. Entiendo que todos esperan que controle mi temperamento. Y debo hacerlo. Todos me ven como un ejemplo.

Por eso, incluso siento vergüenza. No dejo de preocuparme al saber que una jovencita que acabamos de contratar, una chica atrevida que seguramente apenas sabe de sexo, me haya hecho perder la calma y decir esas palabras tan fuertes.

El hecho de que dijera que debía encargarme del asunto del diseño del dron porque soy muy inteligente se ancló en mi pecho y ahora no logro sacarlo de ahí. Y aunque haya sido muy atrevida, todo lo que dijo es una realidad que me causa una preocupación aún mayor. Tal vez muchos tienen la percepción de que soy un presidente alejado de la realidad, alguien que pone sus zapatos sobre el escritorio mientras aguarda que sus empleados hagan todo el trabajo y se limita a arrearlos como caballos para que trabajen aceleradamente, que no están haciendo todo lo que tienen que hacer, entre otras cosas.

Es la primera vez que alguien lastima mi orgullo de ese modo, lo cual indica el efecto que tiene en mí. Aunque han pasado días, el temple que mostró y su osadía continúan alterándome tanto o más que cuando estuvo en la oficina.

Escucho un leve ruido y dejo de pensar en Diana. Me doy cuenta de que Antonella ronca ligeramente. Se quedó dormida rápidamente y apoyó su cabeza en una almohada. Espero que tenga dulces sueños. Sin embargo, la imagen que veo me frustra. Mi única hija está durmiendo en el piso frío de una oficina, con su pequeño pecho acurrucado en varias mantas.

Tomo aire con calma.

Se supone que debo hacer mejor las cosas por ella. Y voy a lograrlo. Es solo que hay mucha carga sobre mis hombros ahora. Espero que Diana pueda resolver el tema del vuelo del dron lo más pronto posible. Es una de las causas del gran estrés que siento. Pero hay otro que también me altera: saber que alguien de mi empresa le dio datos sobre nuestro diseño a la competencia. Ahora me doy cuenta de que debo tomar una siesta a como dé lugar.

Creo que debería pensar en mi prioridad. Aunque no voy a resolver lo de la filtración por los momentos, podría ayudar a Diana con el tema de las baterías. Pero Diana podría ir al laboratorio temprano y seguramente le molestaría saber que estuve trabajando en su proyecto. No le gustará para nada...

No sé por qué pienso en su reacción.

Cuando vuelvo a la realidad, Antonella está en mis brazos. Tomo su pijama sigilosamente y me dirijo con lentitud al pasillo. Luego tomo el ascensor y llego al laboratorio de ingeniería. Quiero

enseñarle que puedo trabajar en equipo para la empresa. Me gusta participar en lugar de dirigir desde lo más alto. Quiero enseñarle que puede contar conmigo. Que deseo trabajar codo con codo con mis empleados y dirigir de cerca a mi gente. Soy tan humilde que puedo ir al campo de batalla.

Pero parece que no seré el único en el laboratorio.

Cuando abro la puerta, noto que la persona adentro se sobresalta.

CAPITULO 10: CARLOS

Veo a Antonella para comprobar que no se despertó y luego me fijo en Diana. "Creí que el laboratorio estaba solo", digo en voz baja.

"Disculpa. No creí que alguien vendría", dice. Me ve con asombro mientras cubre su pecho con sus manos.

"Y menos yo, ¿cierto?", le pregunto.

Baja su rostro y lleva algunos de sus rizos detrás de sus hombros. Un intenso tono rojo se asomó en su cara.

Ahora estoy más seguro de que no debí tratarla como lo hice. Trata de arreglar un obstáculo que ella no puso en el camino y del que solo supo cuando el proyecto llegó a sus manos. Al ver el reloj en mi muñeca me doy cuenta de que pronto será la una de la madrugada, lo que no le impide seguir en el edificio. Su tesón la hace merecedora de mi admiración, y me recrimino de nuevo por el trato que le di en la oficina. Realmente hablaba en serio al decir que se esforzaría.

"Tienes una hija muy linda", asevera en voz baja al notar la presencia de mi hija. Su cara se relaja automáticamente.

"Agradezco tus palabras", respondo, y veo el laboratorio. Me parece que el lugar no es adecuado para Antonella. "Pensé que podría hacer algo para que durmiera aquí, pero ahora que veo este espacio, creo que...".

"No te preocupes. Voy a ayudarte. Acércate. Voy a tomar esto", dice. Se acerca a mí y sube sus brazos.

Extiendo mis brazos y Daniela toma el edredón de mi pecho. Luego hace lo mismo con la almohada. Antonella no despierta, afortunadamente. Instala las cosas en una esquina del laboratorio, cerca de unos estantes, y lo más alejado posible de los instrumentos con los que trabaja. Flexiono mis rodillas en silencio para ubicar a mi pequeña. Diana apaga todos los focos de esa zona y así Antonella puede dormir en penumbras.

Me incorporo y veo a Diana por unos segundos. Luego volteo y me fijo en Antonella nuevamente. Duerme plácidamente y no se mueve. Sé que, al estar con ella, no podré hacerle daño a Diana. Y ella tampoco lo lastimará. ¿O sí? Ojalá que no, pienso, mientras giro otra vez para explicar el motivo de mi presencia. "Una vez más, te agradezco", digo en voz baja.

"¿Por qué no la llevaste a tu casa?", pregunta en voz baja cuando nos alejamos de Antonella.

"¿Me propones que la deje en casa? ¿No te das cuenta de que nadie puede cuidarla allí? Creo que sería mejor subirla a mi auto para que duerma ahí. Podría dejar las ventanas abiertas para que la temperatura no la sofoque", digo. Aunque hizo solo una pregunta, altera mi calma de inmediato.

"No dije que le hicieras daño. Lo pregunté por curiosidad. No olvides la hora que es", dice. Su cara se ruboriza rápidamente, aunque continúa mirándome con una expresión de desafío.

"No lo he olvidado. Es solo que creí que pronto serían las doce del día".

"No dejas de sorprenderme. Parece que tu humor empeora con el paso de las horas", responde. Luego abre sus ojos ampliamente.

Diana es la única empleada que sigue en el edificio, trabajando, y yo me he dedicado a contestar con palabras irritantes sus frases genuinamente curiosas e insinuar que quiere molestarme. "Como ocurre contigo", digo. Giro para ver el proyecto que está desarrollando y siento culpa de inmediato por las palabras que acabo de decir. Como me ocurre constantemente, comencé a hablar sin detenerme a analizar con calma lo que diría.

"Me gustaría terminar esto e ir a dormir. Supongo que es lo que quieres que haga", declara en voz baja. El movimiento de sus piernas, no obstante, me indica que prefiere mantenerse en el laboratorio por el resto de la noche.

"Cuéntame sobre los avances", le pido. Toco mi mandíbula y camino hacia el dron.

"No hay avances. Lo único que avanza es mi nerviosismo", me dice. "Pero más temprano, después de cenar, tuve una corazonada. Pensé que funcionaría".

Aunque trato de mostrar educación, tengo que apretar mis puños para no ver su cuerpo por más tiempo. La chica está muy buena. Tiene un cuerpo tan delicioso que ya quiero tomarlo. Pero me calmo de inmediato. Sé que imaginar su cuerpo desnudo es incorrecto. Es probable que lo haga porque sus frases me molestan y luego ese enfado se convierte en deseo. "¿'Después de cenar'?", le pregunto, y la posibilidad de que esté con alguien pasa por mi mente. Me fijé en su atuendo. Es muy distinto al que llevaba antes. Tiene una falda que se adhiere a sus nalgas y un top de tela delgada que muestra la forma sugestiva de sus abultadas y erguidas tetas. Además, los altos tacones negros que adornan sus pies incrementan el tamaño de sus piernas.

Lo que ocurre despierta la incertidumbre en mi mente y me hace sentir incómodo. Entonces mis ojos suben a los suyos rápidamente. Me doy cuenta de que no notó el paso descarado de mi mirada por su cuerpo, lo que me hace sentir afortunado. Está concentrada en el dron que tiene frente a ella.

"Así es", responde en voz baja. Sube y baja su rostro y se fija meticulosamente en los elementos del aparato. "Después de comer con mis familiares. Es una actividad infernal que hago una vez al mes", me informa.

"Todos tenemos problemas con nuestros familiares", digo, para mostrarle empatía. Luego me quejo con suavidad, y al mismo tiempo me siento aliviado. Sé que no me incumbe su vida personal, si está con alguien o está soltera, aunque me alegra saber que al menos la pasó mal con su familia y no estuvo con un compañero sentimental. Pero no entiendo la razón de mi alegría.

"Pero la mía es peor", declara.

"¿Y tú?", me pregunta. Noto que la convicción con la que se expresó me indica que está realmente desconsolada. Veo su cara con genuina curiosidad.

"¿Yo?", le pregunto.

"Sí. ¿Tus comidas familiares también son un desastre? ¿O tus familiares son de ese tipo de gente maravillosa que come mientras cuenta anécdotas divertidas y luego se sienta frente a la chimenea y se abraza?".

El recuerdo de mis cenas con mi madre y las ocasiones en las que vacacionamos en la playa llega a mi mente. Si bien soy su único hijo, entre los tres nos dimos todo el amor y el cariño que necesitamos. Su cara en mis pensamientos hace que mis ojos amenacen con llenarse de llanto. Esa imagen agita mis sentidos. Lo que Diana describió se aproxima por milímetros a la familia que yo tenía. "Antes sí", respondo en voz baja.

"Mis palabras fueron poco delicadas", dice. "Disculpa", continúa diciendo, y luego exhala.

"No te preocupes. Estoy bien. Además, ya no quiero que hablemos de cenas desastrosas ni nada que nos altere", le digo. Baja su cara y me doy cuenta de que se siente avergonzada.

"De acuerdo. De todos modos, te aburrirías si te contara", dice con tono sarcástico. "Para ser sincera, vine al laboratorio porque quería trabajar y olvidar lo decepcionada que me sentía".

Me siento atraído por la imagen que veo: una chica que sincroniza perfectamente cada uno de sus movimientos para completar su tarea. Además, me encanta saber que el objeto que tiene en sus manos es una idea que surgió antes en mi mente. Entiendo rápidamente que, si extiendo mi mano para ayudarla, de inmediato se enojaría. Es como si estuviera tomando un espacio suyo, exclusivo. "Muchos van a un gimnasio para hacer eso", respondo. Sigue trabajando en el dispositivo, sin preocuparse de que sus manos hermosas y grandes se llenen de grasa. Se mueve con firmeza. Es obvio que conoce perfectamente el funcionamiento de cada pieza. Trabaja muy segura en ellos. Siento que los considera prácticamente una parte de su cuerpo.

"Me gusta entrenar, sobre todo cuando puedo boxear. Me encanta la idea de golpear objetos para drenar la tensión", me cuenta. "El trabajo, sin embargo, me emociona más. Saber que puedo vencer un obstáculo es algo que me hace sentir... muy contenta".

"Te entiendo".

"¿De verdad?", pregunta. Sube su cara para verme. Está sorprendida.

"Absolutamente. Te involucras completamente en algo con la intención de que pueda funcionar. Pasas horas y horas en ese proyecto. Obligas a tu mente a buscar mil y una alternativas. Haces todo lo posible y usas todas tus capacidades. Entonces, eventualmente, el proyecto se convierte en una realidad. En un objeto funcional", digo, y le muestro una gran sonrisa. "Tu alegría llega al cielo. Te das cuenta de que tu esfuerzo valió la pena".

"Lo has descrito perfectamente", asegura susurrante y sonríe también. La emoción recorre cada parte de su delicado rostro.

Su cara me parece maravillosa con esa sonrisa. "Se me ocurren un par de posibles soluciones", digo suavemente, aunque me doy cuenta de que me oyó, pues su rostro y su cuello se ruborizan rápidamente. Entiendo que debo frenar mis impulsos. Y estoy obligado a hacerlo lo más pronto posible. No quiero que me denuncie por abuso de poder o algún delito sexual. Antonella llegó a mi vida y no quiero problemas de ese tipo. "Pero debo saber qué ajustes has estado haciendo", le digo con ansiedad. No quiero seguir pensando en llevarla a la cama ni sugerir nada delicado.

Pone el elemento que faltaba en el dron y me ve. Ahora puedo ver el dron completo. Instaló perfectamente cada pieza. "Puse una tela fina adicional en la protección de las baterías. Además, usé crema térmica para mantener la temperatura en la lámina principal", me cuenta. "Tal vez así no se encenderá".

"¿Estás convencida de que así solucionarás esto?", le pregunto. Empiezo a maquinar más soluciones, con mi cerebro trabajando a pleno en el dron.

"Si no lo soluciono, seguiré intentándolo. De todos modos, mis intentos hasta ahora han sido en vano. Así que espero que ahora lo logres, Toby", declara.

"¿Toby es el nombre del dron?"

"Solo quiero llamarlo de algún modo", dice. Enciende el cronómetro mientras esquiva mi mirada.

Evito reír, aunque me cuesta. El aparato comienza a volar alrededor del laboratorio y lo vemos sin decir nada. La ilusión crece dentro de mí y sé que dentro de ella también. Parece que el dispositivo va a lograrlo, o eso creo. Se mantiene en el aire, contra todo pronóstico, y Diana abre ampliamente sus ojos. Luego la veo con la misma alegría. Parece que sí. Que lo solucionó.

Pero luego, algo ocurre.

Y es lo mismo de siempre. Al llegar al minuto siete de vuelo, se inicia el caos habitual. El calor se incrementa. Las baterías comienzan a encenderse. Luego el aparato se desactiva y decido llevarlo a la mesa para que no llegue al piso ni aumente el fuego dentro del motor.

Golpea la mesa con sus puños y baja su cara. "¡Demonios!", exclama.

El camino cerrado frente a ella la ha dejado sin ánimo. "Diana, lo lamento mucho", digo, con sinceridad. De verdad lamento que no tenga éxito, más allá de que me interese que lo obtenga, por mi compañía y mi reputación. Está claro que se esfuerza y le emociona el proyecto. De hecho, vino al acabar de cenar en lugar de regresar a su casa, algo que haría la mayoría de la gente. Pero el aparato no pudo volar mucho tiempo.

"¿Lamentas este... horror?", me pregunta. El tono de su voz me demuestra lo confundida que se siente. "¿Lamentas que no pueda desarrollar exitosamente tu creación?", me pregunta.

"No lo veo como mi creación", aclaro. Luego apunto a Antonella. "Ella sí. Este dron es parte de mis labores aquí. Nada más".

"No tienes que mentir", dice. Sonríe con delicadeza y abre bien sus ojos.

"No estoy mintiendo".

"Sí lo haces. La verdad es que tienes el mismo afán que yo. Quieres que todo salga bien. De lo contrario, estarías en otro lugar. Es tu creación. Es un diseño que te apasiona, que quieres que funcione", dice, y señala el dron con su mano. "Es lo mismo que sentimos todos los ingenieros".

"Así es. No obstante, te has esmerado más que yo. Y como entiendo el esfuerzo que has hecho, comprendo tu decepción. Y estoy feliz porque quieres continuar. La verdad es que, si no fuese por ti, no sé qué sería de ese aparato".

"Yo sí lo sé", dice, y ríe con fuerza. "Ese dron estaría en el mismo punto de partida en el que estaba cuando llegué aquí. La verdad es que mi trabajo ha sido completamente inútil".

"Diana, Gracias a ti nos hemos dado cuenta de lo que está mal. Ahora debemos enfocarnos en lo que está bien. Has avanzado, y eso nos ha permitido avanzar también", dice. "Así que te equivocas", aseguro, y le indico sus apuntes.

Su mirada reservada me indica que no sabe si creer en mi palabra o solo le digo esto para

destruirla después.

Mantengo mi cara firme y hago silencio. Quiero demostrarle que lo que le digo es una forma de alentarla. "Te lo agradezco", dice después de una pausa, y lleva su cabellera detrás de su cuello.

Tal vez hace eso porque se siente agitada. Quizás no sabe dónde poner sus dedos. ¿Qué otra cosa podrá hacer con ellos?, me pregunto, pero una idea surge en mi mente. "Un momento. ¿Y la placa protectora del ventilador?", le pregunto.

Ve que giro el aparato. "No entiendo", responde.

"Podríamos hacerlos más grandes y ubicar estos tornillos a la izquierda. Serían cortes ligeros, pero permitirían que salga más vapor simultáneamente. El cambio sería significativo", aseguro. Indico las láminas recortadas en la parte trasera del dron. A través de ellas sale el aire del interior hacia la parte externa.

Frunce su ceño y sus jugosos labios no se mueven. Sé que analiza mi sugerencia. Su mirada se sostiene sobre el aparato. "Así es. Tal vez funcione. Ya voló unos segundos más. Haremos esos ajustes y quizás lo solucionaríamos".

Aunque mi cuerpo se sentirá pesado más tarde, sé que el esfuerzo dará resultados. Así que con prisa desinstalo las piezas del exterior. Luego busco otro circuito y empiezo a recortar la lámina para que los agujeros sean más grandes. Siento que mi espíritu vuelve a llenarse. Se colma con esa sensación de compañerismo que hace años que no experimento. Me siento contento, a pesar de que la noche está terminando, y no pienso en dormir.

Le cedo el tornillo faltante. "De acuerdo. Esto debería resolver el problema. Si incremento el tamaño del recorte, el dron podría comprometerse", le digo.

Apenas puedo moverme por la cara de felicidad de Diana. Ella atornilla la pequeña pieza. Es la segunda vez que arma el aparato. Gira y me regala otra sonrisa. Una expresión real de alegría.

"De acuerdo. Una vez más, crucemos los dedos", dice. Enciende el aparato. Comienza a sobrevolar la mesa lentamente.

Sé que nos jugamos muchas cosas con el vuelo que estamos presenciando. Nos fijamos en el control del dron, que muestra las temperaturas y valores del interior del aparato. Siento que el reloj se detuvo y el tiempo no pasa.

La alegría de su cara se hace evidente cuando me muestra el monitor. "Solo mira", me pide. "Han pasado cuatro minutos y el vuelo ha mejorado considerablemente", indica en voz baja.

Una chispa de esperanza se enciende en mi corazón al ver que transcurren más minutos y la temperatura se mantiene estable. "Estoy viéndolo", le respondo en voz baja también. Pero no quiero ilusionarme aún. Prefiero esperar. Es lo más prudente.

Comienza a comer sus uñas y baja su cara para ver los indicadores nuevamente. "Cielo santo", suelta susurrante.

"Van ocho minutos. Parece que lo logramos. Parece que sí. ¡Lo logramos! ¡Estoy segura!", dice. Sigo en silencio. Veo constantemente la pantalla del control. El calor aún no sube.

"Mejor esperamos un poco más", le digo con tono serio. Por dentro, sin embargo, la chispa de esperanza se convirtió en un volcán. El reloj sigue su marcha. Nueve minutos. Nueve minutos y

medio. Diez. Al llegar a once puedo ver que el calor se mantiene. La emoción que siento es indescriptible.

Empieza a aplaudir alegremente como una pequeña en su cumpleaños. "¡Voló sin incendiarse!", exclama, con sus ojos llorosos.

"Así es", digo, reconociendo por fin que el vuelo fue exitoso. Giro para verla y sonrío con alegría también. "Mierda, Diana. Parece que es verdad. Lo logramos".

Entiendo perfectamente lo que siente. Porque yo también estoy sintiéndolo. Cubre su boca con ambas manos. Parece que trata de controlarse. Puedo darme cuenta de lo mucho que representa el proyecto. El valor que tiene para Diana. Dedicó decenas de noches solo al dron. Se esforzó muchísimo y abordó todo con mucha destreza. Ahora puede ver cómo su esfuerzo da resultado, y su alegría es inmensa.

Experimentamos una felicidad que solo pueden sentir y comprender dos seres que comenzaron a trabajar juntos, y cuyos esfuerzos de decenas de semanas dieron resultado finalmente. Una felicidad que sabe a triunfo, y que embriaga a quienes la toman. Una felicidad capaz de hacer olvidar todas las dificultades y hacer que me concentre en este instante. En este mágico momento que vivo con ella. Con la única persona que al parecer existe en este segundo. Decido hacer lo que cualquier persona haría en una situación como esta: la acerco a mí para abrazarla. Pone sus manos en mi cuello. Su cuerpo tiembla, emocionado, aunque tal vez reacciona de ese modo porque está cansada. Pronto serán las cuatro de la madrugada. El cansancio es tremendo, pero la felicidad es mayor.

Es porque con Diana, me siento más feliz que nunca.

Seguramente es por esa razón que inclina su cara y el aroma seductor de su cuerpo penetra mi nariz. Decido besar cálidamente su boca en medio de la madrugada. Me dejo llevar y siento sus labios. Seguramente es por esa razón que me quedo sin aire mientras mantengo mi cara tan cerca de la suya, y me doy cuenta de que ella también se queda sin aire, y su felicidad también es tan poderosa como la mía.

CAPITULO 11: DIANA

Un momento. No entiendo nada de lo que sucede.

Alejo mi cara de la suya. "¿Por qué me besas? No siento nada por ti", exclamo mientras recupero el aliento.

"Yo tampoco siento algo por ti, pero a la mierda", susurra, y vuelve a besarme enérgicamente.

Tiene tanta fuerza en sus manos que me siento asombrada. Sé que me quedaría entre esos brazos y ese pecho, aunque me quedara sin aliento. Su cuerpo y su boca serían mi hogar. Lo sé porque nunca me han besado tan bien como él está haciéndolo. Es cierto que no siento nada por él, aunque ese beso hechizante y seductor, esa manera en la que sus manos me toman, me deja sin aire ni sentido.

El paso de sus manos por mi cuerpo y su lengua a mi garganta me hacen sentir que quiere más, y que yo también lo quiero. Que siga y calme la ansiedad que ya siento. Rozo sus hombros mientras mi piel se eriza.

Esto es totalmente inadecuado. No debe suceder.

A pesar de eso, sigue besándome. Y alimenta mi deseo. Algo que espero que se mantenga, pues si pienso en otra cosa, saldré del hechizo en el que estoy. Se trata del presidente de la empresa en la que trabajo. ¡Cielo santo! ¿Por qué siento deseo por él? No debería sentirlo ni hacer lo que estamos haciendo.

Entonces pone mi cuerpo contra una pared. Siento que no puedo hacer nada más, aunque no pienso qué haya otra cosa que pueda hacer. Además, la emoción es intensa. Su piel está chocando mi piel, y mis dedos pasan por cada uno de los músculos de su pecho. Luego paseo por sus hombros y su cintura. Mierda. ¿Cómo una persona puede ser perfecta? Por primera vez acaricio una musculatura tan excitante. Paso mis manos por su cuerpo otra vez y siento que nunca me cansaría.

Carlos se da cuenta de lo que estoy pensando y me ve fijamente mientras asiento. Lo hace cuando decido alejar mi boca un momento y la imagen de su hija llega a mis pensamientos. No puedo verla desde aquí, Apenas veo una parte de su edredón en medio de la noche.

Sus labios están execrando de mi cuerpo cada deseo reprimido mientras cierro mis ojos y alejo todos los pensamientos de mi mente. "No digas nada", pide, y una vez más besa mis labios. Ahora sus movimientos son más poderosos, al igual que su beso. Está lleno de pasión. Siento que está comiéndome con su boca. Mi cuerpo se hunde en una espiral de excitación.

Aleja su boca de la mía finalmente para alcanzar mi mentón, caer por mi cuello y alcanzar la parte de mi pecho que mi blusa revela. Trato de cubrirla con mis manos nerviosas, pero estoy tan caliente que apenas puedo moverme. Deslizamos nuestros cuerpos hasta llegar al piso. Él me abraza y aprieta su pecho. Su enorme anatomía se despliega ante mí. Lleva sus dedos a mis piernas y en unos segundos alcanza la parte delantera de mis muslos. Podría comenzar a gritar por el éxtasis que me atraviesa, pero recuerdo a la pequeña. Podría pedirle que no se detenga... pero me controlo. Con su mano sigue trabajando en mis extremidades. Toca el filo de mi ropa interior. Trabaja en ella por unos segundos.

Quiero que se apodere totalmente de mí. Y me devore. Se da cuenta de lo que hago y presiona mi vagina con su erección, lo que arranca gemidos de mi garganta y la suya. Siento sus respiraciones en mi pecho y toda mi piel se eriza. Usa sus manos para retirar lentamente cada botón de mi blusa, con lo que hace que mi cuerpo vibre. Va a mi falda y la baja un poco con delicadeza. Con su otra mano acaricia mi pezón y lo presiona con delicadeza. Su boca atrapa mi seno a través de mi sostén. Con mis dedos acerco su cara. Tomo una parte de sus cabellos y subo mi pecho para que me tome.

"Demonios", susurra. "Condomes. Acabo de recordar que no tengo".

Levanto mi pecho un poco más para bajar mi blusa y desprender mi sujetador. "Tengo uno", le digo, y voy a la mesa para abrir mi bolso. Tomo el preservativo y lo saco de su empaque.

Rápidamente regresa a mi cuerpo. Comienza a succionar mis senos y me doy cuenta de que no soportaré mucho tiempo. El dolor es intenso. Lleva mi falda más bajo, sobre mis caderas, y decide deshacerse de mis bragas. Las arroja a un piso y extiende mis piernas, con lo que puede ver mi vagina empapada y enrojecida.

Escucho que jadea primitivamente con toda la fuerza de sus pulmones y luego empieza a tocar mi vagina.

Hacemos silencio, aunque nos cuesta, mientras pienso si debo dejarme llevar completamente por el deseo, aunque él ya está decidido. Tomo con fuerza su pecho para contener el deseo que siento de gritar. Mis muslos aprietan sus dedos. Lentamente toca mi clítoris mientras sus jadeos chocan con mi cuello.

Sé que el hecho de que sea algo que no debemos hacer intensifica mis ganas. Y me empapa aún más.

Siento que el placer comienza a sacudir mi cuerpo con mucha fuerza mientras muerdo sus dedos en un intento de ahogar mis alaridos apasionados. Sé que no deberíamos. Y no deberíamos porque ¡estoy a punto de acostarme con mi jefe! Viola todas las normas posibles. Sé que no hay forma de que esto salga bien. Sin embargo, sigue tocando mágicamente mi clítoris, y sus dedos poderosos sucumben cada segundo en mi vagina. Mis caderas se mantienen sobre ese par de dedos descarados. Los inserta y los retira una y otra vez, y el placer es tan intenso que ya no puedo ahogar mis alaridos frenéticos. Cubre mis labios con su mano libre. Abro mis ojos ampliamente por lo impresionada que estoy, aunque dejo que siga trabajando en mí. Me siento tan desinhibida que subo mis muslos para ofrecérselos y luego los bajo de nuevo.

Ahora solo deseo que entre en mi cuerpo, que me tome y sacie el deseo que siento. Intento recuperar algo de mi calma y oigo que baja su pantalón. Cubre su tronco con un preservativo y su erección toca mi pierna. Decido bajar mi cara. Lo que veo me hace sentir sorprendida y desata mi excitación. Es tan grande, tan grueso...

Separa más mis muslos. Toma mi seno derecho con furia y la pone entre sus labios. Empieza a morderla suavemente y su glándula se inserta en mi entrada. "Carajo. Qué empapada estás", suelta antes de gruñir, y retira el seno de sus labios.

"Y qué cerrada", dice antes de tensar su cara. Cuando cierro mis ojos, aprieto mis labios para recibir su pene.

Quiero que me vea y guarde esa imagen en su mente, y que sus dedos recorran la parte de mi cuerpo que deseen. Jadeo y noto que mi vagina también se tensa. Aleja su pene un poco, pero solo para impulsarlo y penetrarme una vez más. Y luego repite el movimiento. Su boca se dirige a mi otro seno. Lo presiona intensamente y lo muerde. Cuando separo mis labios su mano los cubre una vez más. Está haciéndome el amor con rudeza. Está penetrándome con su enorme y voluminoso pene mientras su mirada se sostiene sobre mi vagina.

La oscuridad de su mirada al subir y verme me permite saber que quiere tomarme, exigirme como su posesión y marcar mi piel para que todos sepan a quién pertenezco.

Entra y sale de mí, mientras jadea y gruñe como un animal en celo, y me doy cuenta de que está esforzándose bastante para complacerme. Halo sus hombros y luego dejo mis manos sobre sus brazos. Quito cada botón de la camisa que lleva, y luego recorro ese pecho caliente con mis dedos. Sigue cogiéndome sin piedad. Cada vez más fuerte. Cada vez más brusco. Me toma sin duda ni temor alguno.

Hay deseo, pero también un dolor intenso, aunque no me importa. Sé que necesitaré una dosis constante de esa mezcla de sensaciones a partir de ahora. Entonces aprieto sus antebrazos y luego tomo sus piernas. Quiero recibir todo su pene, que entre hasta el fondo y se quede allí. Araño su vientre y escucho con lujuria otros gruñidos que salen de sus pulmones. Comienza a impulsarse con más poder, y mi piel alcanza la suya rápidamente.

Está tomándome. Y yo también estoy tomando todo lo que me da.

Escucho sus suaves gemidos mientras se detiene un poco, y luego los espasmos del orgasmo sacuden su pecho. Es obvio que es consciente de lo que quiere, al igual que yo. Mi cuerpo es un instrumento para su disfrute, así como yo siento placer con el suyo. Espero que el hechizo de éxtasis sea eterno, pero entiendo que no es posible. El fuego de nuestro orgasmo ya incendia mis venas. Y las suyas. Tomo de nuevo sus hombros, ahora con más poder que antes, mientras mi piel se acopla a la suya y mi vagina presiona su pene con hambre. No quiero que salga de allí.

Entonces comienzo a pensar. Y la inquietud es cada vez más fuerte. La cabeza y el cuello me duelen rápidamente.

Se trata de mi jefe. El presidente de la empresa en la que trabajo. Además, es el único propietario de la empresa. De hecho, tiene su apellido. ¡Santo cielo! Me pregunto qué rayos acaba de suceder. Solo puedo oír sus respiraciones aceleradas y las mías. Es la primera vez que hago algo así. Algo tan atrevido.

Además, detesto a este tipo.

¿O no?

Debo admitir que he experimentado muchas ganas de acercarme a él después de nuestra discusión. Y esas ganas son más fuertes que la culpa que sentí. Me queda muy claro que él siente algo similar. De no ser así, no habríamos hecho el amor de un modo tan salvaje en un laboratorio de su empresa. Pero realmente lo odiaba. O tal vez eso era lo que sentía. Pero sé que la frontera entre un sentimiento y otro es muy difusa. De hecho, no sé muy bien qué significa el odio. Solo sé que es algo que está muy cerca del amor. Obviamente, no siento eso por él. Lo que siento ni siquiera se acerca a esa emoción tan poderosa.

Tengo una explicación para mi comportamiento. Fue un modo de sofocar el estrés, de prolongar nuestra alegría por el vuelo exitoso, y esa felicidad incommensurable por lo que sabemos que pasará después. Una cosa llevó a la otra. Punto final. Suspiro y Carlos se mantiene sobre su cuerpo. Sus jadeos primitivos se acercan a mi pecho, y deseo que siga a mi lado. Sin embargo, sé que es imposible. Debo salir de este lugar. Es mi obligación. Tengo que obligarme a recordar la razón de mi presencia aquí. Además, este proyecto es muy importante para mi carrera y muy especial para mí. Solo me dejé llevar por el deseo.

No hay más nada que decir.

Mis argumentos bastan para justificar mi equivocada conducta. Sin embargo, no son suficientes para pedirle que se vaya.

CAPITULO 12: CARLOS

No sé cómo me cuesta tanto pedirle que se vaya. No entiendo.

Acostarse con una chica en mi laboratorio altera todo. Y me doy cuenta de que no hay manera de mantenerme bajo control cuando se trata de Diana. Y no tengo ningún deseo de salir del laboratorio. El único deseo que tengo es extender la emoción de este instante. Tengo claro que después todo va a cambiar. Aunque muchos aseguran que una cogida no altera una relación, es una vulgar mentira.

Giro con la intención de permitirle respirar cómodamente. Hacerlo en el piso me calentó bastante. Me excitó más que buscar una habitación más confortable y amplia. El problema es que después de hacerlo no puedo dormir. Además, una chica muy atractiva está bajo mi pecho.

Sé que Diana se sentirá ansiosa por la duda que siempre asalta a las chicas: tal vez a partir de ahora ya no me respete como empleada. Lo sé porque veo que sus mejillas se ruborizaron. Hay una inmensa luz en sus ojos azules y se fija en el techo. Me pregunto qué otras cosas pasan por su mente. Tal vez está sorprendida. Eso espero. Aunque tal vez aún no puede creer que hicimos el amor, lo que también la lleva a sentir pena. Mucha pena. Aunque no sé lo que piensa, ya puedo suponerlo. Muchas otras preguntas se asomarán en sus pensamientos. Querrá saber lo que sucederá ahora, cuando ya no hay pasión salvaje. Supondrá que es el fin de su carrera.

Yo, en tanto, solo tengo una certeza: el mundo puede irse al carajo.

Me di cuenta al conocerla que su actitud fría solo ocultaba a una chica muy fogosa. Y me siento afortunado de ser quien encendiera ese fuego. Me emocionó desde que llegó a mi oficina con Daniel y pude verla. Mierda. Ahora solo pienso en hacerle el amor otra vez. Me atrapa con su cara tan hermosa, con la luz de su mirada, con el fuego de su cuerpo.

Comienzo a tener una erección con el recuerdo de su cuerpo. Me encantó cada parte de su figura. Ya la había imaginado en mi ducha mientras me complacía. Tiene un par de senos grandes y firmes, los que cualquier adolescente querría tener mientras se imagina a su vecina encantadora. Tiene una cintura fina, con una leve protuberancia en su ombligo. Me encanta, pues puedo tomar ese montículo y sujetarlo. No me gustan las chicas sin imperfecciones. Además, sus caderas con peligrosas curvas me resultan muy útiles para apoyarme cuando entro en su vagina cerrada.

"Tu mamá no estaría orgullosa", dice, y se apoya en la pared. El rubor sigue en sus mejillas.

Con su descaro, ahora deseo tenerla una vez más. Y otra vez. Y otra. Sonríe ampliamente. Creí que sentía pena, pero obviamente me equivoqué.

Cuando decido contestar, oigo una voz a lo lejos, y me doy cuenta de que se trata de Antonella.

"Papi, ¿dónde estás?", exclama.

Trabajo rápidamente en mi camisa. Comienza a llorar y mi corazón se estremece. "Carajo", susurro. "Aquí, mi cielo. Dame un momento. No te muevas de allí, por favor", digo.

Diana está en shock. Comienza a vestirse también. "¿Cómo es posible que hayamos interrumpido su sueño?", me pregunta.

"No lo es. Me habría llamado antes", explico, aunque ruego no estar equivocado. Subo mis piernas y ajusto mi pantalón. No quiero que mi hija tenga más traumas. ¿O qué otra cosa tendría si se diera cuenta de que estoy teniendo relaciones con una chica que trabaja para mí? Mierda. Eso sí haría que mi padre perdiera su orgullo por mí. Me pongo mi cinturón. Peino mi cabello con mi mano y corro para alcanzarla.

"¿Sucedió algo, mi amor?", le pregunto. Tomo asiento en una silla y toco su cara. Exhalo aliviado al ver que su edredón sigue donde estaba. Así me doy cuenta de que apenas dio un paso en el rincón.

"¿Qué lugar es este?", pregunta, con sueño.

"Es uno de los laboratorios de la empresa", le digo.

"Guao. Creí que estaba otra vez en casa de mami y su novio", asegura.

"No, mi vida". Tomo asiento y cruzo mis piernas mientras la veo. "La verdad es que estabas durmiendo. Como necesitaba hacer algo aquí, te acomodé aquí. Te pido disculpas", le digo.

Entonces seca sus lágrimas. "No tienes que hacerlo. Es que sentí miedo al levantarme. No sabía dónde estabas", confiesa en voz baja. Parpadea una y otra vez y me doy cuenta de que aún quiere dormir.

"Te pido disculpas de nuevo, aunque creas que no hace falta", digo susurrante. Ojalá pudiera agregar algo más tranquilizador. "Ahora quiero que regresemos a casa. Así podrás pasar la noche en una cama más cómoda". Creo que soy una cagada como padre. Parece que debo modificar unas cuantas cosas para mejorar. Este remordimiento que siento es algo que no quiero experimentar otra vez.

"Genial", responde. El bostezo que sigue a sus palabras me hace sentir que estoy frente a una leona. Entonces bostezo también, lo que despierta su carcajada, y la mía.

Diana aclara su garganta y se acerca.

Antonella sube su cara y la ve.

"Buenas noches", dice Diana en voz baja.

Giro para ver a mi hija. Me doy cuenta de que la saluda con un gesto de su pequeña mano. "Buenas noches", responde suavemente Antonella. La presencia de Diana al parecer la ha dejado atónita. "No la conozco".

Diana luce más presentable que antes. Su tono me demuestra que tiene habilidad para manejar estas situaciones. "Me llamo Diana Terán. Soy empleada de tu papi", dice. Habla con dulzura y mucha calma.

La cara de Antonella refleja la inquietud que siente. Entiende unos segundos después que Diana está tratándola muy bien. "¿Eres una empleada de papi?", le pregunta, reiterando su frase.

"Exactamente", dice Diana.

"¿Trabajas como su zorrita?", le pregunta Antonella.

"Antonella, ¿qué palabras son esas?", le pregunto, con tono de advertencia. Diana y yo dejamos nuestras bocas abiertas, impresionados.

"Mami las dijo. 'Las empleadas de papi son zorritas. Sus zorritas'. Así me dijo", afirma. Veo la expresión de inocencia en el rostro de mi hija.

Giro para ver a Antonella. Ella está sonriendo ampliamente. "Tal vez mami se expresó de ese modo porque quería decir algún chiste. Debo aclararte que en mi empresa no... trabajan zorritas. Además, no quiero que digas esa palabra", le indico. Siento que mi corazón saldrá por mi boca por la ira que siento. Diana, al contrario, baja su cara para ocultar la carcajada que quiere soltar.

"¿No quieres que la diga nunca más?", me pregunta.

"No. Es una grosería".

"Bien", dice, y asiente. Entonces levanta su cara para ver a Diana otra vez. "¿Cuál es tu trabajo?", le pregunta.

"Hago cosas. Soy ingeniera", le cuenta. Avanza y sus piernas tocan el edredón. Pone sus dedos en sus rodillas. "Fíjate, ahora desarrollamos este aparatito...".

"El... dron", interrumpe mi hija, pronunciado con calma la palabra.

"Exacto", dice Diana, y sonríe. "Estoy aquí porque debo comprobar que vuele correctamente. Como tiene una gran cantidad de componentes y hay algunos muy pequeños, debo asegurarme de que todas hagan su trabajo, pues si solo una falla...".

"Boom", dice Antonella, girando sus dedos como si ocurriera un estallido.

"Quizás no ocurra algo tan grave", responde Diana. Luego ríe. "Aunque parece que captas la idea. Ya hemos avanzado mucho antes de que despertaras, por lo que estoy segura de que desde este momento tu papá y yo tendremos una presentación muy exitosa".

"¿Esa es una buena noticia, papi?", me pregunta. Veo la ilusión en su cara.

"Así es. Es una excelente noticia, de hecho", contesto, y asiento. Pero recuerdo que algo aún me inquieta. Es la fuga de información en mi empresa, algo de lo que Diana no está enterada. Esos datos cayeron en manos de Castillo y ahora los aprovechará para inventar nuevos productos y hacerlos pasar como suyos. No obstante, decido que no le contará nada, al menos por los momentos. Lo que me hace plantearle una sugerencia. "De todos modos, creo que debemos ser cautelosos con lo que acaba de pasar", indico en voz baja, con un tono relajado.

Diana luce algo molesta. Creo que no recuerda que mi hija está ahí. "No entiendo", dice.

Es casi seguro que habrá problemas menores con el prototipo, pero lo que realmente quiero evitar es que... Castillo no sepa lo que estamos haciendo. "Quiero que esto sea un secreto", le aclaro entonces. "Prefiero esperar a que hagamos otro vuelo de ensayo para comprobar que también es exitoso. Además, me gustaría que usemos las mismas baterías para asegurarnos de que podrán funcionar otra vez. Y algunas revisiones adicionales de la altitud. Hay riesgos que debemos tomar en cuenta", digo, aunque estoy mintiendo.

"De acuerdo. No le diré a nadie", dice, pero sigue extrañada. Me ve como si estuviera hablándole en otro idioma. Es probable que crea que mi verdadera intención es no darle el crédito que le corresponde.

"Tu nombre estará en los créditos, obviamente", le aclaro.

"No es lo que estoy pidiendo", responde. Frunce su ceño y sube su mano.

"De acuerdo. Lo dije para aclarar", le informo.

"No tienes que hacerlo. Al parecer, supones que solo quiero poner mi nombre en un aparato de esos", reclama.

"Eso no es cierto. Dije eso porque quería que dejaras de pensar en las cosas que te han preocupado. Está claro que quiero que todos sepan que has trabajado mucho en este dron. Valoro más que nadie la impresionante labor que acabas de hacer", le explico. Aunque separé mis labios para responderle con frases subidas de tono, decidí no hacerlo. Afortunadamente, mi hija está aquí. No debo expresarme de ese modo frente a ella. Siento que su presencia en una situación como esta es una bendición. Como puedo, contengo mi molestia y sonrío ampliamente, aunque no entiendo qué hizo que nuestra charla se tensara tan pronto.

Su cara vuelve a ruborizarse. Abre ampliamente sus ojos por unos segundos.

Cuando se trata de Diana, parece que no puedo decir ni una sola frase adecuada. Cielos. La última frase me pareció una cagada rápidamente. Seguramente creyó que hablaba de la "labor" que había hecho *conmigo* unos minutos antes. Es evidente que Antonella no debe escuchar nada al respecto. Por eso debí cerrar mi boca. Parece que estoy actuando de modo más absurdo por Diana. ¿Cómo puedo olvidar que dirijo a esta compañía? Cielos. Debo respetar y hacer que me respeten. Voy por buen camino en cada aspecto. De hecho, mi relación con Antonella también es mucho mejor.

Diana se levanta con rapidez. "Será mejor que me vaya", asegura.

"¿Te vas porque te molestaste? ¿Es por la palabra que dije?", le pregunta Antonella. Su inocencia le impide entender lo que sucede. Ojalá yo también fuese un niño.

"Claro que no, dulzura", responde Diana antes de sonreír. "Solo quiero ir a mi apartamento a descansar. Mira la hora que es".

"¿Te sientes lo suficientemente bien como para salir ahora? Puedo pedirte un taxi", digo, con educación.

Clava sus ojos en mi cara y creo que su respuesta es clara. "Te lo agradezco, pero no tienes que hacerlo. Suelo trabajar hasta la madrugada y luego voy a mi apartamento en mi auto", asegura. Después se fija en mi hija otra vez y sonrío una vez más. "Fue un placer conocerte, pequeña".

"También fue un placer, Diana. ¡Nos vemos más tarde!", dice Antonella.

Si hay algo que no quiero que ocurra es que sienta cariño por Diana. De hecho, fue terrible que la conociera. El tono ilusionado de su voz me hace sentir dolor.

Diana sale y me quedo a solas con Antonella. Ella vuelve a bostezar y estirar sus brazos mientras yo me recrimino mentalmente mi comportamiento. "Quiero ir a casa, papi".

Recuerdo que debo tomar lecciones de peinado de niñas. Tomo algunos de sus peluches y me detengo a pensar que nadie creería que encontraría artículos como ese en un laboratorio de ingenieros. "Seguro", le digo. Comienzo a moverme y con prisa tomo el edredón. Luego recojo su almohada. Se levanta y su cabello parece un árbol sin podar. Sus pies están descalzos y su cuerpo está cubierto con un pijama de princesas.

Entonces recuerdo que hay varias cámaras de seguridad sobre mi cabeza. Generalmente las

usamos para registrar las pruebas, pero esta vez no fue así. Me siento supremamente afortunado. Si alguien con malas intenciones entrara en nuestro sistema podría descubrir el avance de nuestro proyecto. La verdad es que nadie creería nada de lo que sucedió en poco tiempo en este laboratorio.

Antonella sube su cabeza y me ve cuando comienzo a caminar. "Acércate", le pido. Sube sus brazos y la pongo sobre mi pecho. Pone su cara en mi hombro mientras apago los focos. Sigo sintiendo que me pierdo una parte fundamental de mi vida, aunque no sé qué es. Entonces regreso al pasillo y cierro la puerta del laboratorio.

"Qué bueno que es fin de semana", dice suavemente.

"¿Por qué lo dices?".

"Porque podrás estar conmigo todo el tiempo".

CAPITULO 13: CARLOS

Con ayuda de mi hija, estoy a punto de pintar la pared que aún falta. Ya se ha recuperado totalmente de su varicela. La energía que tiene es impresionante. Siento que tiene unas baterías inagotables. Ha hablado sin parar desde el mismo momento en el que despertó.

Estamos a solas, y no puedo oír mi propia voz. Nunca hubiera creído que, tras años de soltería y tener un estilo de vida que me parecía muy cómodo, estaría tratando de soportar a una chica que parece un radio encendido. Un radio que está en mi casa. Por un fin de semana completo. Mientras no estoy pensando en algo que tenga que ver con trabajo.

Pasé miles de noches en hoteles para no estar en la casa en la que había vivido con mi hija y mi exesposa, aunque la fe me hacía pensar que recuperaría a Antonella. Creía que entonces podría volver y vivir de nuevo en este lugar tan grande. Ahora siento que Antonella refresca mi vida. La sensación de que mi casa era vacía y desolada ha desaparecido. Ahora el ambiente está lleno de alegría y felicidad verdadera. Y eso me hace pensar que debería sentir pena. Pena por no haber buscado alguna forma de darle alguna utilidad a una habitación que no ocupé tras mi separación de Maura.

Finalmente, Antonella ha regresado. Y su charla interminable no me perturba ni me frustra. Más bien me permite pensar en otra persona que no sea la chica que ha ocupado la mayor parte de mi mente durante las últimas horas. Una chica que trabaja para mí y cuyo nombre es Diana Terán. Aunque sé que no debo tenerla en mis pensamientos, parece que no puede salir de ahí ni un instante.

Siempre me sentí atraído por Maura, pero rápidamente quise alejarme de ella. Sus intentos ansiosos e inocentes de hacer que la relación avanzara me hicieron creer que era una persona agradable. Pero estaba equivocado. No había bondad, amor ni belleza en su alma. Las imaginé por mi deseo de sentirme bien con ella. Ahora está claro que no amo a Diana, aunque no dejo de pensar en su cuerpo y su sonrisa. Ojalá no tuviera esta fijación con su cara. Nunca una chica me había cautivado tanto, al punto de captar toda mi atención.

Estar con ella me permitió notar que no se parece en nada a Maura. Es todo lo contrario a mi exesposa. Va al grano. Es sincera. Es pura y genuina. Su calidez es verdadera. Lo comprobé cuando Antonella sonrió al hablar con ella. Ningún niño fingiría alegría delante de un adulto como ella.

No tiene interés en mi dinero. Lo sé porque tengo experiencia. Cuando fuimos a comer por primera vez durante nuestro noviazgo, Maura aseguró que quería que dividiéramos la cuenta. Me negué rápidamente. Sin embargo, su gesto me asombró. Qué tonto fui entonces. Era una farsa. Lo hacía solo para fingir que era una persona distinta, aunque en realidad era una mujer artificial y consentida. Diana, en cambio solo haría algo así porque realmente quiere aportar dinero para pagar su comida.

Además, cuando la vi ajustar las piezas del dron, sentí que estaba ante el capitán de un crucero. Aunque se me hace difícil aceptarlo, Diana es inteligente. Mucho. Siempre acierta con sus argumentos. El diseño tenía un problema, como ella dijo.

Y no solo eso. Es jodidamente sexy. Siento que es tan sensual que me encenderé en cualquier momento. Por eso le hice el amor de ese modo en el edificio. Con tanta brusquedad.

Su deseo era irrefrenable. Y me hizo recordar una convicción errónea que tengo hace años. Estaba seguro de que no podría sentir ningún placer, ninguna emoción, ninguna ilusión de conectarme con alguna chica. Con Diana pude darme cuenta de que no era así.

Me detengo a pensar y creo que tal vez me hace falta calmar ese fuego, dejar de creer que puedo llamarla en cualquier momento solo para preguntarle si tiene ropa o está desnuda... aunque me muero por saberlo. Por ver otra vez sus ricos senos. Esas tetas juguetonas. Rellenas. Poderosas. Ellas me hacen recordar el resto de su cuerpo, cuando estuvo bajo el mío, sin nada que lo cubriera, y luego pude saborear ese par de pechos seductores. Después fantaseo con la idea de pasar mi pene por el centro de esos senos llenos de aceite. Pero ella está en el otro lado de nuestra ciudad. Seguro está disfrutando y no tiene ni idea de lo mucho que me jodió. Además, despertó un tremendo deseo en mí. Ahora me aterra pensar que Antonella quiera saber por qué llevo un bate en mis vaqueros.

Diana se roba toda mi atención.

Recuerda que no debes iniciar una relación con nadie. Relájate. Tienes que buscar alguna manera de hacerlo.

Solo quiero dedicarle todo mi tiempo a mi hija. Que sienta que estamos recuperando los años en los que no estuvimos juntos. Saber todo lo que no sé de ella. Así que este es el peor momento para una relación. Mi hija debe ser mi prioridad. Al iniciar una relación, esa chica también estaría iniciando una relación con mi hija también. Eso solo originaría problemas y un profundo dolor en caso de que nuestro noviazgo no resulte bien.

"Papi, ¿me escuchaste?", me pregunta desde el piso.

"Vaya, no lo hice. Disculpa. ¿Me harías el favor de repetir tu pregunta?", le pido. Continúo pintando y giro para verla. Su cara está llena de varios tonos de pintura. Todo lo que hace me encanta.

"La pregunta es qué edad tiene Diana".

"No tengo idea. Tampoco tengo idea de por qué lo preguntas", digo. Entonces dejo de pintar.

"Curiosidad", asegura, y toma un rodillo para pintar la otra parte de la pared. "Es linda".

"¿De quién hablas?", le pregunto. Su aseveración me contenta, pero no se lo demuestro.

"De Diana".

"Bueno, creo que tienes razón".

"Papi, ¿eres el novio de alguna chica?", me pregunta.

Antonella está concentrada en la pintura. Veo su cara con cuidado. Ella, no obstante, no me ve.

"Soy soltero. ¿Cómo decorarás tu dormitorio cuando hayamos terminado de pintarlo?", le pregunto.

"Aún no lo sé", declara con sinceridad.

"¿Y el mueble que te regalé cuando cumpliste cuatro años?"

"No te preocupes, papi. Deja de pensar en eso. Ese mueble está muy lejos y no podrás traerlo", dice. Baja el rodillo y ve la pared.

"Puedo pedir que me lo traigan en unos días", dice. Veo su cara sin parpadear. Al menos conozco algunos de sus hábitos ya. Sé que si baja su cara quiero esconderme algo.

"Pero no tengo idea de dónde está", asegura. Luego de unos segundos sube su cara y toma aire.

"No entiendo. Es tuyo", digo. Frunzo mi ceño.

"Pero mamá se lo dio a otra persona", dice. Baja su cara otra vez.

"¿Cómo dices?", le pregunto. Inclino mi rostro para verla.

"Ella obsequia cada juguete que me regalas", dice. Sube su cara una vez más para verme.

"Tranquila, mi amor. Podremos ir a una juguetería a buscar otras cosas para ti, ¿de acuerdo?", le pregunto. Siento ira, pero la oculto. ¿Cómo Maura puede ser tan despreciable? Tal vez nadie podría explicarlo. Lo que sí puedo explicar sin ayuda es que siento que la detesto con todas mis fuerzas. Tal vez no habría forma de controlarme si estuviera frente a mí para no propinarle una bofetada en su mejilla rellena de silicona. Ahora, no obstante, sonrío para que mi hija se sienta tranquila.

"¿Crees que allí podremos encontrar la muñeca japonesa que me obsequiaste? No quiero que busques a la señorita Kashi. Solo quiero a la muñeca Huan. Me encantaba su traje azul con flores", dice, y asiente lentamente.

No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve tantos nudos en mi garganta. Incluso en el sepelio de mis padres no lloré. El shock que sentí por sus abruptas partidas no me permitió hacerlo. Todo fue tan repentino. No pude despedirme. El auto que papá manejaba se estrelló contra un camión. El chofer iba a toda prisa y había bebido mucho licor. El accidente fue tan horrendo que el funeral se hizo sin que ninguno de nosotros pudiera ver los rostros de mis padres por última vez.

Sin embargo, la pregunta inocente de Antonella agrieta mi garganta. Le he remitido decenas de obsequios, pero la zorra mezquina de mi ex los ha regalado sin pensar en mi hija ni en mí. No entiendo cómo puede actuar así. Simplemente no lo entiendo.

"Papi", dice, con genuina curiosidad.

"¿Qué?"

"Mañana irás a la oficina. No sé qué haré mientras trabajas".

"Vas a acompañarme. Como el martes es día feriado, no tendré que trabajar. Aprovecharemos para ir al parque de atracciones que está a unos kilómetros del edificio, a menos que no quieras ir. Sé que habrá un espectáculo de fuegos artificiales. ¿Te gustaría ir?"

Mueve su cabeza una y otra vez y sus rizos saltan a los lados. "¡Claro!", exclama con alegría. "¡Sé que voy a divertirme mucho!"

"Lo sé, pero quiero que antes de salir, hagamos algo importante. Cuando regresemos de la oficina mañana, vamos a hablar con algunas chicas que podrían convertirse en tus niñeras. Será algo breve. ¿Qué te parece?"

"Me parece bien, creo", dice. Asiente, pero no luce convencida.

"¿Bien?", le pregunto. Flexiono mis rodillas.

"Sí. Lo que pasa es que...", comienza a decir, y exhala. "He tenido tantas niñeras que ya me aburren".

"Vaya. No lo sabía. Disculpa", digo, y toco su hombro suavemente. "Pero el asunto es que algunas veces no podré llevarte a la oficina. Las chiquillas como tú no deben pasar tanto tiempo allí. De todos modos, esta niñera será distinta a las que tuviste cuando vivías con mami. Tienes mi palabra".

"¿Cómo sabes qué será distinta?", me pregunta. Tiene un argumento, como siempre.

"No lo sé, pero para descubrirlo, podrás contarme cómo eran tus niñeras y tu vida en ese lugar", digo, y sonrío abiertamente.

"Así es", dice, exhalando con fuerza, y siento que está muy estresada.

Quiero mostrarle que no voy a exigirle demasiado, que puedo retroceder un poco y dejar que se acerque a mí cuando se sienta más cómoda. Lo deseo porque ansío despejar su mente. No quiero que una niña como ella se sienta tan presionada. "Hagamos lo siguiente: me dirás cuando te sientas preparada y entonces contrataré a una niñera", le indico al notar su largo silencio. Quiero que se sienta cómoda. Que entienda que soy su padre y deseo que tenga una confianza total en mis palabras y acciones.

Se siente sola, pero está claro que no ha sufrido ningún tipo de abuso. Tengo claro que Maura es una zorra, pero no sería capaz de dejar a Antonella bajo el cuidado de una niñera incapaz o maltratadora. No hay señales de daño físico o psicológico en mi hija. Salvo las marcas de su varicela, luce como una chiquilla completamente feliz. Y mucho más madura que muchas.

"¿Y si te acompaño a trabajar y Diana me cuida mientras trabajas?", plantea.

"Eso no estaría bien, dulzura", le explico. Encojo mis hombros, tratando de parecer relajado, aunque el recuerdo de la chica me estremece.

"Claro que sí".

"No. Diana debe trabajar".

"Yo estuve en tu oficina mientras trabajabas", me recuerda.

"Así fue, pero tuve que instalarte en un espacio que no era apto para ti. Y no me agradó que tuvieras que pasar por eso", le digo con prisa. "Diana lamentablemente no podrá hacer lo mismo. No olvides que aún tiene que terminar el dron. Debe estar listo para el día de la presentación".

Asiente y me doy cuenta de que entiende. "Quiero volver a hablar con Diana".

"Parece que ya te simpatiza".

"Mucho. Es una chica agradable. Además, es linda".

"Lo sé", le digo, y asiento.

"¿Tiene talento?", me pregunta.

"Mucho talento, de hecho. Es muy hábil en lo que hace".

"¿Seré tan hábil como ella? ¿Podré ser una ingeniera en unos años?", me pregunta.

"Claro, mi niña. De todos modos, me sentiré feliz cuando te gradúes, aunque elijas una carrera diferente", le indico.

"¿Sabes si Diana come helados, papi?", me pregunta. Me muestra una gran sonrisa después de hacerlo.

Trato de frenar la agitación que siento. "¿Cómo?", le pregunto.

"Podríamos invitarla a comer un helado cuando termine el proyecto. ¿Estás de acuerdo?", me sugiere. La sonrisa que me mostró antes se amplía

Creo que mi hija también se cautivó con su presencia. Con Diana, Diana, Diana. Y aunque me esfuerzo una y otra vez, me siento cada vez más cerca de esa chica.

CAPITULO 14: CARLOS

Diana inició una erupción en mi cuerpo que no sé cómo parar. Abro los ojos y cada músculo me duele. No pude dormir en toda la noche. Giré una y otra vez en mi cama hasta que la ansiedad me hizo levantarme y decidí satisfacerme con mi mano, aunque el placer no fue tan intenso como cuando estuve con ella. Siento tanto deseo de estar con ella que con cada segundo me siento peor. El sabor de su boca está en mi memoria, y quiero complacerme con él una vez más.

Ahora quiero llegar a mi oficina, aunque no sé qué sucederá.

Mañana será feriado. Muchos de mis empleados tomaron este lunes para tener cuatro días libres. Supongo que no fue el caso de Diana. Antonella, en tanto, sabe lo que tiene que hacer. Va rápidamente a una esquina, toma su celular y algunos libros y se concentra en ellos rápidamente. Apenas vinieron algunas personas a trabajar.

Necesito buscar a Diana. Ahora. Tomar su cuerpo de nuevo y hacerle el amor con rudeza. Una y otra vez. Hasta el final de la noche. Quiero estar con ella lo más pronto posible. Me siento como un animal salvaje en busca de su hembra. Busco su olor o algún rastro de su anatomía. Los dolores de mis músculos son cada vez más poderosos.

"Papi", dice Antonella.

"Acá estoy, mi niña".

"¿Diana está en su oficina?".

Recuerdo que apenas sé algunas cosas de Diana. Pero soy el presidente de mi empresa. Eso significa que puedo entrar en la red del Departamento de Personal y obtener toda la información que necesito. "Puede ser", digo en voz baja, aunque no logro concentrarme en mis palabras.

Entro a los archivos. Aunque creo que lo que hago está mal, no me molesta. Y saberlo me asombra. Una imagen de su rostro se muestra ante mis ojos. Maximizo la fotografía. A pesar de que es una foto de una hoja de vida, tiene su cabellera recogida en un moño y apenas sonrío. Luego me fijo en sus datos personales. Me doy cuenta de que su apartamento está en una zona con mucha pobreza. ¿Por qué no compra una casa en un vecindario más agradable? Es ingeniera. Con su sueldo podría hacerlo. Tal vez no lo hace porque tiene problemas de apuestas, algún familiar enfermo o debe dinero a un banco... o a la universidad.

Es soltera. Como sospeché. Sin embargo, no hay más datos personales en su archivo. Nadie más de su familia o amigos aparece como referencia. Tengo claro que no hubiera permitido que la besara en caso de que estuviera con alguien... o eso creo. Diana no aparenta ser esa clase de mujer. De todos modos, las chicas nunca dejan de actuar de un modo que me confunde. Por eso debo ser más precavido. Debo ir más allá de las apariencias físicas para no volver a equivocarme.

Diana me pertenece. Debo hacer que me pertenezca nuevamente. Lo pienso porque sé que sí podría tener un novio. Alguien que esté con ella justo ahora. Quizás acaricia sus senos y besa su cuello mientras yo veo su archivo. Esa imagen acelera los latidos de mi corazón y enciende la ira en mi cuerpo. Las venas de mi cara se levantan. Hay un flujo sanguíneo tan grande en mi cuello

que me cuesta pensar.

"¿Crees que podrás divertirte sola por unos minutos?", le pregunto a Antonella, y cierro el archivo. Mi hija asiente.

"Puedes llamar a Lorena o marcar mi número en caso de que algo suceda, ¿de acuerdo?", le indico.

Antonella vuelve a asentir. "De acuerdo, papi", dice.

Debo decirle a Diana que me siento mal por la tensión que se generó después entre nosotros. Lo pienso cuando voy con prisa por el pasillo y llego al ascensor. Debo encontrar a Diana. Sentir su aliento cuando choca con el mío. Demostrarle que quiero que sepa, si aún no lo sabe, que nuestro encuentro sexual del viernes pasado fue especial.

Entro al laboratorio. Abro la puerta con cuidado para que no note mi presencia, pero noto que hay alguien más. "No entiendo. Explícame que es eso de que no has planificado nada", dice Daniel con tono irónico.

Me irrita muchísimo lo que veo. Parece que está tratando de conquistarla.

"Diana, una chica tan linda y atractiva como tú no debería estar sola un día feriado", dice después. Su frase me deja claro que quiere invitarla a salir... y conquistarla.

"Mi único plan es trabajar. No creo que esté mal", responde, y luego sonrío tibiamente. Entonces se da cuenta de mi presencia y de que estoy viendo las caras de ambos.

"Hola. Feliz lunes", digo, y su reacción, o, mejor dicho, su falta de ella, demuestran que aparentemente no ocurrió nada el viernes en este mismo laboratorio.

"Buenos días, presidente. Es un gusto verlo. ¿Cómo estuvo su fin de semana?", me pregunta Daniel, quien no tiene ni idea de lo que supuestamente ocurrió. Al parecer, el sexo que tuve con Diana fue solo una alucinación. O un sueño húmedo que tuve.

"Excelente", digo, y sigo viendo a Diana.

No hay nada. Su rostro no muestra absolutamente nada. Solo un semblante amable, ideal para el trabajo.

Por lo que veo, van a hacer los ajustes en el segundo aparato y luego lo pondrán a volar. Sé que frente a Daniel debo evitar decir algo sobre lo que sucedió. Y también sé que no puedo pedirle que se vaya. El dron que usamos en el vuelo de ensayo está junto al que vamos a usar en el evento de presentación del prototipo.

"¿Ocurrió algo?", me pregunta Daniel. Frunce su ceño y me ve.

"No pasa nada. Me voy. Así podrán continuar con el dron", le respondo, y pongo mis manos en mis bolsillos. Aunque es absurdo, su pregunta hace que me sienta como un visitante inesperado en el laboratorio de mi propia empresa. Eso me molesta. Decido que no permitiré que se salga con la suya.

Daniel sonrío ampliamente. "Puedes quedarte y escuchar la última idea que tuvo Diana", sugiere.

"Gracias, pero prefiero ver el dron cuando esté listo", le digo. Niego con mi cara y llego al pasillo con rapidez. No quiero que nadie note que estoy actuando como un novio molesto y lleno

de celos.

CAPITULO 15: DIANA

Observo el dron mientras mis pensamientos se aceleran. Cuando Carlos sale del laboratorio, mi alegría se apaga.

¿Daniel habrá notado algo? Son amigos hace mucho tiempo. Por eso, saben cuándo su comportamiento es diferente. Carlos lucía muy entusiasmado al llegar a la puerta. ¿Quería hablar conmigo sobre lo que sucedió?

Ahora solo pienso en su cuerpo, aunque no debería hacerlo. Por eso, quizás me equivoco en lo que creo. Quizás solo siente pena, pero creo que siento algo más intenso. Solo se acercó al laboratorio para pedirme que deje atrás ese momento de debilidad que tuvimos. Sí, debe haber sido eso. Quiere que trate de imaginar que eso no ocurrió. Pero no hace falta que lo haga. Mis pensamientos más racionales me indican que eso es lo más adecuado. Lo que hicimos estuvo muy mal. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Es la primera vez que la pasión toma el control de mi cuerpo.

"¿Pasó algo entre Carlos y tú?", me pregunta Daniel mientras pone su dedo índice en su mejilla. Recuerdo que su cara estuvo en mi mente durante todo el sábado. Y el domingo. ¿Sirvió de algo para sacarlo de mi mente? Absolutamente no.

"Pues...".

"¿Discutieron mientras yo no estaba en el edificio?".

"Claro que no", digo con firmeza. Es la primera vez que soy tan sincera con él. "Simplemente... hay tensión entre nosotros. Eso no ha cambiado. Y tal vez nunca cambie. Es obvio que le desagradó".

"Lo obvio es que estás equivocada", dice, con tono alegre, y guiña su ojo. "Diana, es muy terco. Además, puede ser un imbécil si se lo propone. Por eso te trata de ese modo. Además, no le gusta reconocer que a veces dice frases que no debería decir".

"Ser un imbécil". Esa aseveración hace que me pregunte algo: ¿Qué rayos me pasa? Me molesta que Daniel se refiera así a Carlos. Aunque yo usé esas palabras antes, creo que está mal permitirle hablar de ese modo sobre nuestro jefe. Sé que no es un imbécil, como él asegura. Además, si es un imbécil, pues es *mi* imbécil.

"Lo importante es que no debes permitir que su comportamiento te moleste. Concéntrate en el dron", dice, y se levanta. Deja su silla atrás y me ve. "Ahora volveré a la oficina. Tengo que revisar algunos obsequios que daré mañana. Compartiré con toda mi familia durante la cena".

Solo pienso en Carlos, pero tenerlo siempre en mi mente y no poder sacarlo de ahí hace que me decepcione y me desespere cada vez más. "Qué bueno. Espero que la pases muy bien", digo entonces con alegría, aunque mi alma está resquebrajada. Solo hay tristeza en ella. Y frustración. Y confusión.

No puedo permitir que el deseo obstaculice mi trabajo. Lo pienso cuando Daniel sale del laboratorio y tomo asiento. Veo el dron desarmado. No puedo hacer nada. No puedo concentrarme. ¿Qué me sucede? Yo no actúo de este modo. Mis proyectos siempre han sido mi prioridad. Además, este dron es prioritario no solo para mí sino para la empresa.

Pensé en su cuerpo durante cada segundo de mi fin de semana, torturándome. Desato mi cabellera y tomo el moño que la sostenía. Me arrepiento de haber hecho el amor con él. Pero pienso en el placer que sentiría si estuviéramos juntos una vez más. Sobre el piso, sobre la pared.

Solo quiero estar con Carlos otra vez. La emoción que sentí cuando solucionamos lo de las baterías aún toma el control de mi mente. Y me molesta.

¿Y si lo hacemos de nuevo? ¿El aire sobre nuestras cabezas se recargará aún más?

No lo sé, pero sí sé quiero ver su cuerpo desnudo una vez más, lejos del resto del mundo. Y también sé que todo esto que siento está terriblemente mal.

Debo enfocarme en el proyecto. Pero no puedo. Aparto el aparato de mi vista. Es inútil intentar trabajar. No debí haber venido a la empresa en un día como este. Seguramente lo hice porque quería acercarme a Carlos. O porque tenía ganas de estar otra vez en el laboratorio en el que me hizo suya.

No había sentido tanto placer en mi vida como el que él me dio. Lo recuerdo al ver ese espacio en el que me tomó. Está frente a mis ojos. Ese piso en el que me ubicó está a unos pasos. Aunque ahora que lo pienso, no fue algo como hacer el amor. Me cogió con rudeza, con excitación, con instinto animal. Y me encantó.

Pero es el fin, aunque mis hormonas quieren más. Pero no lo tendrán, porque no volveré a ser tan idiota. Creo que voy a perder la razón. Estaré en este lugar hasta que termine este proyecto. Y luego comenzaré otro... en este mismo laboratorio. Me pregunto qué me llevaría a estar aquí, más allá del trabajo. Cada centímetro de este espacio me recuerda a cada instante mi actitud ingenua. Sí, se sintió muy bien, pero ya terminó.

Debo aceptar que no puedo estar con Carlos, aunque lo desee con todo mi ser. Toda mi vida me he propuesto lograr algunas metas. Cualquiera persona lo hace. He hecho esfuerzos, y he logrado algunas. Este puesto, por ejemplo, es una de ellas. Sin embargo, algunas escaparon a mi alcance. Lo acepté, como sucede con mucha gente que conozco.

Me dejé llevar por la emoción. Quería sentirme relajada también. Compartir con él la alegría que sentía después de vencer un obstáculo tan grande. Pero lo que sucedió quedó atrás. Y no debe salir de ahí. Bajo ninguna circunstancia me permitiré a mí misma dejar que un hombre me cautive de ese modo.

Y ya.

Eso no es verdad, dice una voz en mis pensamientos. Bajo mis ojos al piso. En el fondo de mi alma, tengo muy claro que ese “ya” no representa el fin de esta historia. Un fin que está lejos de llegar. Estuvimos juntos porque siento algo por él... y tal vez él sienta algo por mí. Esa emoción se convirtió en una química que nos convenció de unirnos en un solo cuerpo. Y me encantó hacerlo. Tomó mi interior y me pareció que su cuerpo era mi refugio. Al principio su erección me hizo sentir mucho dolor y creí que no soportaría su tamaño. Sin embargo, una vez que alcanzó su orgasmo, quise que se quedara dentro de mí. Me pareció que se alejaba algo que ya se había convertido en una prolongación de mi cuerpo. Y clamé en silencio para que volviera.

Sé que tuve esa reacción por una razón. Soy consciente de que tener relaciones con tanto frenesí, con tanto salvajismo, y sentir un placer tan imponente, solo es posible cuando ambos sienten una

emoción más intensa bajo la piel.

Y sé qué nombre tiene esa emoción.

Recuerdo que mañana tendré el día libre y mis pensamientos me dejarán en paz por unas horas. Tomo mi bolso y me digo que me comporté correctamente cuando llegó al laboratorio y fui lo más educada e inexpresiva posible. Ya hablé con Daniel para mostrarle lo que haría. Eso completó mi labor del día. Como Carlos y yo logramos resolver el asunto del vuelo, puedo irme. Además, ya olvidé cuál es la razón de mi presencia en este lugar. No quiero pasar ni un segundo más azotándome mentalmente por lo que me ocurrió.

Eso es lo que tú crees, me dice la voz. Abro ampliamente mi boca. ¿Olvidas que pasaste todo el sábado y el domingo pensando en Carlos?

Suspiro y salgo del laboratorio. Cierro la llave y me cercioro de que está asegurada. Doy unos pasos y me doy cuenta de que no hay nadie. Nunca había sentido el deseo que siento ahora: no quiero trabajar tanto. Quiero hacer algo, cualquier cosa que me distraiga un poco, durante el feriado de mañana. Es lo que hace todo el mundo, sobre todo los jóvenes como yo. Divertirse un poco.

Pero nunca hago cosas así. Mis estudios o mi trabajo siempre han sido mi prioridad. ¿Y qué logré? Un buen empleo. Un empleo en el que puedo sentirme cómoda, útil y capaz. Pero ese empleo me lleva a un espacio que siento que ya no puedo ocupar, porque si lo hago, querré buscar rápidamente a mi jefe para que me tome.

Aunque eso implique que acabe con mis sentimientos.

CAPITULO 16: CARLOS

La energía que tiene Antonella me demuestra que el azúcar aceleró sus emociones. "¡Llévame a esa atracción! Oh, ¡mejor a La Avalancha! Papi, cómprame otro algodón de azúcar", me pide, entre sonrisas y saltos.

Traje a mi pequeña para que se divirtiera, pero ahora que lo pienso, no lo habría hecho de saber que su energía se recargaría tanto. Jamás creí que el parque de atracciones estaría tan lleno. Solo pudimos entrar después de horas. Además, todos los niños corren de un lado a otro. Las personas aseguran que todas las atracciones son espectaculares.

Sé que la habría traído de todos modos.

Seguramente sí. Su cara muestra lo feliz que se siente. Vale la pena.

Hay tanta comida que huele tan bien que me cuesta elegir un plato. El aroma es una mezcla de azúcar, sal y grasa. Sé que no podré captar ese olor en ningún otro lugar. Además, hay tanto calor y humedad que los rizos de Antonella se levantaron rápidamente. Sonríe y busca con sus ojos a los cuentacuentos, los payasos y los mimos. También hay guitarristas, pintores y bailarinas.

Cuando veo los peinados perfectos de las chiquillas que juegan con burbujas, me convengo de que debo encontrar a una chica que me ayude con los peinados de Antonella o me enseñe a hacerlos. Podría hablar con Sandra, la niñera que contraté, para que me instruya al respecto. Tengo claro que no puedo pedirle eso a ninguna otra mujer.

¿O sí?

No hay nadie más. Bueno, sí lo hay, pero debo sacarla de mi mente. Quiero compartir este día con mi hija sin pensar en Diana. Recuerdo la desafortunada reacción que tuve al verla hablar con Daniel. No son novios ni tienen una relación íntima, pero eso no evitó que sintiera ganas de golpear a Daniel varias veces. Incluso me dolió la cabeza. Nadie me había hecho experimentar tantos celos como ella. Sé que no debería sentir eso. Tampoco debería sentir lo que sentí al ver la cara de Diana en el laboratorio ayer. Creí que lo que pasó entre nosotros era solo una fantasía, a pesar de que lo disfrutamos. Pero ella se mostró como si nada hubiera pasado. Sus señales contradictorias no me gustan. Me desagradan las chicas que las muestran. Sé que solo generan problemas.

"Quiero otro algodón, papi", reitera Antonella. Hala mi brazo y bajo mi cara.

Cuando despertó el sábado, me convenció como pudo de permitirle desayunar chocolate. Y almorzar chocolate. Y cenar chocolate también. ¿Cómo lo logró? No lo sé, pero me hizo darme cuenta de que debo ser más precavido. E inteligente. No volverá a tener esa dieta basada en chocolate. Si vuelve a plantearme algo así, voy a negarme contundentemente y le propondré comer vegetales. "Lo compraré, pero debes comer algo más saludable antes", le respondo con tono firme. Ahora entiendo que debo lograr que respete mis decisiones.

"¿Hablas de comprarme un helado?", me pregunta suavemente. Es justo lo que creí que diría. La veo con expresión de molestia.

Salta y salta y su vestido floreado se levanta un poco. Fue un obsequio de Lorena. Ríe con fuerza y

la luz de su mirada se incrementa. No ha parado de brincar en ningún momento.

Abro mi boca para pedirle que camine con mucho cuidado, que vea el camino antes de correr, pero la cierro rápidamente. Solo he sujetado la palma de su mano con fuerza una vez que llegamos a la feria. Aunque espero que no caiga y sus piernas se lastimen, mi mayor deseo es que disfrute su niñez. Ahora entiendo que los padres siempre recorremos una línea muy delgada. "No hablo de helados, pero podría comprarte un perro caliente", le indico. Me parece que no habrá un plato más alimenticio que ese en este lugar.

"Papi, déjame comer más algodón. Te lo suplico. ¡Es feriado!", recuerda, con una expresión de dulzura.

"Papi, ¿sí?", pregunta a continuación.

Recuerdo que estuvo con mi ex por un par de años. A la mierda. Es cierto: es feriado. Debo relajarme. Al menos hoy. "De acuerdo", respondo con seriedad. "Pero luego no podrás comer más azúcar. Tendrás que esperar la cena. No cederé otra vez".

Es tan inteligente que se da cuenta de que me derrotó. Entonces asiente y rodea mi vientre en un intento por abrazarme. Después compramos un algodón circular que la supera en tamaño y avanzamos entre la gente.

Aunque prefiero platos menos grasosos, el aroma de la carne recién preparada penetra mi olfato y abre mi apetito. Llegamos a un pequeño puesto que ofrece perros calientes y hamburguesas grandes.

Siento que me rejuvenezco con la presencia de Antonella. Y que renueva mi ánimo. Nos sentamos en una pequeña grada para comer nuestras salchichas. Centenares de personas caminan frente a nosotros. Antonella no dejar de preguntarme miles de cosas. No logro evocar mi niñez. Solo recuerdo que cada cosa que veía me parecía maravillosa. Y que siempre encontraba un motivo para alegrarme. Ahora, sin embargo, la sonrisa y las inquietudes de mi hija me permiten recordar esos momentos.

Gira su cara para ver a un hombre anciano con su cara llena de molestia. Ve al piso y su espalda está un poco inclinada. Luce una ropa andrajosa. Sus mejillas están empapadas de sudor. Las gotas caen después en su camiseta. "Ese hombre se ve muy triste. ¿Por qué, papi?", me pregunta.

"Tal vez le afecta la soledad", le digo. "O se siente agotado. Abrumado por la tristeza. Le afecta su vejez. Seguramente no hay nadie que pueda acompañarlo en un día feriado como hoy. O le molesta ver tanta gente". En otro momento vería a otro lado o le diría algún comentario para pedirle que se fuera. Pero ahora estoy con Antonella. Y decido verlo. O, mejor dicho, observarlo detenidamente.

Muerde su perro caliente y un rastro de salsa de tomate queda en sus labios. "Pero esta ciudad es muy grande", dice luego.

"Así es. Ya debería haberse adaptado. Pero hay gente con un temperamento tan pesado que no pueden ver la alegría a su alrededor. Solo se enojan por todo lo que sucede. Nunca son felices".

Hace una pausa para pensar en lo que le digo. Luego muerde su comida otra vez. Entiendo que quiere darme otro argumento. "Qué triste. Ojalá pudiera ayudarlo a ser feliz".

"Entiendo, pero recuerda que es imposible que todos sean felices. No puedes proponerte eso.

Siempre habrá gente infeliz y no podrás ayudarla. No debes verlo como si dependiera de ti. Simplemente son como son", le explico. Mis labios alcanzan su mejilla.

"Podría regalarle mi comida, si me dejas".

"Explicame por qué lo harías", le pido. Veo su cara con curiosidad.

"Él tiene apetito y yo me siento satisfecha", me explica.

"De acuerdo", le digo. La bondad de Antonella me estremece. Luego la pena llena mi corazón. Es la primera vez que siento una vergüenza tan intensa. Decido tomar su mano y levantarme.

Llegamos cerca del anciano. "Buenos días".

"Te daré algo con lo que podrás comprar comida", le digo. En su cara solo hay temor y confusión. Seguramente solo ha visto personas que lo esquivan o quieren lastimarlo. Toma mi billetera y saco todo el dinero que tengo en ella. Lo dejo caer en sus manos.

"Pero es mucho dinero", asegura con temor. Está impresionado.

"Sí. Es mi hija quien está obsequiándotelo", le explico.

Baja su cara para ver a Antonella. Descubre su cara y comienza a llorar. "Hija, le pido a Dios que te llene de bendiciones", dice en voz baja. Levanta su mano para acariciar sus mejillas, aunque sus palmas están llenas de suciedad. Rápidamente siento ganas de proteger a mi hija y alejarlo de ella. Levanto a Antonella y ella rodea mi cuello con sus manos. "Espero que le vaya bien", respondo, y nos vamos. Cuando giro, me doy cuenta de que Antonella está subiendo su mano para despedirse de él

"Papi, hay una mujer que acaba de comprar dos helados", me indica al girar.

"Me alegra", respondo, y camino en medio de la gente.

"Quiero que me compres dos helados de esos", me cuenta.

"¿Olvidas que te dije que no comerías nada con azúcar hasta que cenaras?", le pregunto. La osadía de Antonella me impresiona de nuevo.

Sigue viendo a la señora con el par de conos. "No. Pero es que esos helados se veían tan...", dice y pasa su lengua por su boca.

Suspiro y sonrío ligeramente. Decido que retornaré a la zona donde estás los vendedores de helados. Voy a complacerla una vez más. Solo una vez. "¡Papi! Quiero bajar", exclama, y toma mi camisa.

"¿Por qué?", le pregunto y pongo sus pies sobre el piso. Pero no responde. Empieza a correr y voy tras ella, bordeando como serpiente el mar de personas frente a mí.

"¡Oye! ¡Espera! ¿Adónde vas con tanta prisa?", le pregunto, pero rápidamente me doy cuenta que no quiere ir a ningún lugar, sino hablar con una persona. Una chica. Una de baja estatura, muchas curvas, cabellos rubios, dulce sonrisa y una cara hermosa que rápidamente me descubre y se sonroja.

"Hola. ¿Qué haces en este lugar?", le pregunto cuando recupero el aliento. Mi cara está cerca de la suya.

Luce un vestido amarillo con tiras delgadas sobre sus hombros. Además, lleva un par de sandalias blancas y su cabello está recogido con un cordón detrás de su cuello. Luce muy atractiva y la feminidad que irradia se diferencia totalmente de la apariencia que muestra en el trabajo.

Me ve con cierto recelo. Ve alrededor y esquivo mi mirada. Parece que está planeando algún modo de huir. "Bueno, vivo en esta ciudad", me cuenta. "Como no planifiqué nada, decidí venir y...".

Espero que esté sola. De lo contrario, su novio podría recibir un golpe en su cara. "¿Con quién viniste?", le pregunto, sin poder evitarlo.

"Sola", responde rápidamente, mientras continúa viendo a los costados como quien quiere salir corriendo.

Antonella es muy persistente, y ya está tomando el brazo de Diana y presionándolo con la poca fuerza que tiene. Está claro que no quiere hablar conmigo. Su actitud lo demuestra. Pero también comprendo que escapar no le resultará tan sencillo.

"¿Qué tal, Diana?", le pregunta, y la sonrisa que le regala me hace pensar que está más alegre que nunca.

"Todo bien, cariño. Oye, tu ropa es muy linda. ¿Te gusta la feria?", le pregunta Diana. También le regala una sonrisa y siento que se calma momentáneamente.

"¡La amo! Me he divertido mucho. Papi también. ¡Hasta jugué con un payaso y escuché a un pianista! ¡Además, un hombre metió fuego en su boca! ¡Y era fuego real! ¿Pudiste verlo?", le pregunta.

Ríe y niega con su cara. "Aún no", le cuenta.

"Mi papi me dijo que ese fuego no lo lastimará".

¿Cómo es posible que haga tantas cosas tan lindas, al punto de que no puedo arrancarla de mi corazón? Me lo pregunto cuando ambas ríen con fuerza. Lamentablemente, otra vez me siento conmovido al ver a Diana. Parece que solo quiere que tengamos una relación meramente profesional. Se lo habría preguntado unos minutos antes, pero mi hija comenzó a hablar sin parar. Y para colmo de males, tiene una linda relación con ella.

"Vamos a comprar conos de helados. Además, no hemos ido a las atracciones del fondo", le cuento. "Puedes acompañarnos". Ella sonríe discretamente.

"Di que sí. ¡Te divertirás tanto como yo! ¡Es la primera vez que me divierto tanto!", dice Antonella. Salta tanto que creo que llegará al cielo. Está muy emocionada. Su mano sigue tocando el brazo de Diana.

Tal vez esté extrañada de que mi hija haya tenido una infancia tan monótona y fría como la que le hizo vivir mi ex. "¿La primera vez?", le pregunta. El enunciado llamó su atención y noto su curiosidad.

"¡Sí! Es que no había estado en un parque de atracciones como este. Es una de las actividades que elegí con papi para divertirme. Pregúntale".

Asiento y sonrío. "Así es. Enumeramos las actividades que a Antonella le gustaría hacer. Venir aquí era la primera", digo. Entonces me siento más animado que antes. "Y creo que contigo la

disfrutaríamos más".

Ahora solo espero su respuesta. Ella baja su cara lentamente. Es obvio que le molesta que utilice descaradamente a mi hija para convencerla de recorrer la feria con ella. Y conmigo. Pero encojo mis hombros y sonrío nuevamente.

"¿Nos acompañas, Diana?", pregunta mi hija a viva voz.

Exhala profundamente. Baja su cara para ver a Antonella y sonrío ampliamente. La tensión entre ella y yo es muy intensa. "De acuerdo, de acuerdo", responde. "Ahora vayamos por esos helados. ¿Qué sabor te gusta?"

"¡Chocolate!", grita Antonella, con su boca hecha agua. Con su mano libre toma la mía mientras mantiene la otra sobre Diana, ahora sobre su mano también. Sube su cara y mientras sonrío me ve fijamente. "¿Te das cuenta, papi? ¡Tenía razón! ¡Diana debía acompañarnos a comer helados!", declara, en voz baja.

CAPITULO 17: CARLOS

La mano de Diana hurgando cerca de mi pene me parecería excitante en otro momento, y seguramente sería el inicio de un encuentro sexual muy intenso, pero ahora tengo a Antonella en mi pecho. Está dormida y siento que pesa más. Es como si tuviera un camión de hielo sobre mí, aunque la presencia de esta chica me llena de calor. "Tengo las llaves. Búscalas en el bolsillo de mi pantalón, por favor", digo en voz baja cuando llegamos a mi apartamento.

Diana usa su otro brazo para sostener un unicornio de peluche que compré en la feria mientras abre la puerta. Entra en primer lugar y recorro su cara por unos segundos antes de pasar también.

Es temprano todavía, pero me queda claro que Antonella no va a despertar hasta mañana. Comienza a mover su carita, aunque no despierta. Llegamos a la sala de estar. Sé que está cansada tras el día que tuvimos.

"Puedo ayudarte", murmura Diana.

"Sí, por favor", le respondo. Vamos al baño y pongo a Antonella frente al espejo. Sube un poco su cara. No tengo que hablar, pues Diana aparentemente sabe cómo debe proceder. Toma una toalla pequeña, la humedece y limpia los rastros de azúcar y crema que aún quedan en las mejillas de mi pequeña. No supe cómo lo logró, pero antes de venir al apartamento, me dijo que le comprara otro algodón de azúcar y acepté. Es como si controlara mi mente. Cuando reaccioné, ya el vendedor estaba entregándome el cambio mientras ella comía un globo de algodón rosa.

¿Por qué Diana actúa con tanta naturalidad cuando se trata de niños? Me lo pregunto cuando comienza a trabajar en las sandalias de Antonella. Moja sus piernas para quitar la arena que se acumuló en ellos. ¿Cómo no se ocurrió hacerlo? Es algo necesario, pero en ningún momento pasó por mi mente. Soy un padre inexperto, y desconozco miles de cosas que ni siquiera imagino. No he podido aprender por la ausencia de mi hija.

Me encantaría que me acompañara todo el tiempo. Ambos protegeríamos y cuidaríamos a Antonella, juntos, como lo hicimos para resolver el problema del dron.

Voy al dormitorio de huéspedes con Antonella sobre mi pecho. Como no hemos terminado su habitación y aún se percibe el olor a pintura dentro, no puede dormir ahí. Me acerco a la cama, siento a mi hija y Diana comienza a quitarle su ropa. Luego la envuelve en un pijama. Hay un silencio profundo entre nosotros, pero los gestos que usamos bastan para expresar lo que queremos decir. De todos modos, podríamos hablar y no pasaría nada. Aunque entremos en un teatro en medio de una función de ópera, Antonella seguiría durmiendo.

Sonrío, demostrándole a Diana que desearía que Antonella fuese su hija en lugar de ser hija de Maura. Ese modo en el que nos movemos sincronizadamente me parece mágico. Me acerca a ella. Siento que nos entendemos perfectamente y sabemos exactamente lo que quiere el otro. Es como si hubiéramos estado casados por mucho tiempo y ya hubiera una estupenda sintonía entre ambos al momento de acostar a nuestra hija, quien tuvo un día extenuante y divertido. Sé que Diana está cansada también. Igual que yo. Tuvimos que correr en todas las direcciones por Antonella. Sonreímos y luego cubro su cuerpo con una sábana. Después beso su mejilla y veo su carita. Giro y veo que Diana está sonriendo otra vez, y entiendo que quiere que Antonella se sienta feliz, como

yo.

Diana quiere ser atenta con mi hija. Lo sé porque estuvo pendiente de ella mientras iba a todas las atracciones y no se quejó en ningún instante.

Bajamos al comedor. "Te agradezco que hayas tratado tan bien a Antonella en la feria", le digo en voz baja.

Encoge sus hombros y pone sus codos sobre el mostrador. "No tienes que hacerlo. Tienes una hija muy linda", dice.

Sé que la pasé muy bien con ella durante el paseo. En ningún momento hablamos sobre el dron, lo que pasó en el laboratorio ni planteamos algún tema que acabara con nuestra alegría temporal. "¿Quieres tomar algo?", le pregunto mientras me acerco al refrigerador. No me importa si me pide algo. Solo quiero que se quede conmigo otros minutos. U horas.

"Sí. Me encantaría un vaso de agua. Me sentí sofocada por la humedad en la feria".

Toco levemente algunos de sus dedos con los míos y baja su rostro. El rubor que aparece en su cara es intenso. Entonces me doy cuenta: debo hacer algo, cualquier cosa, para que no se vaya. "Apenas lo noté. Te comportaste a la altura", asevero, y le cedo un vaso con agua mientras sonrío.

"Lo mismo digo de ti", asegura.

"La verdad es que se sentía feliz... por ti", susurro. No quiero cortejarla por ahora. Solo decirle la verdad. "Y te lo agradezco con toda mi alma. Que mi hija sea feliz es muy importante".

"¿Hace cuánto tu esposa y tú se separaron?", me pregunta.

"Nos divorciamos hace un par de años, aunque siempre siento que el tiempo sin Antonella ha sido una eternidad. Ahora creo que ella está sabiendo más de mí, así como yo de ella. En otro momento me costaría mucho, pero de verdad quiero que se sienta cómoda. Por eso me esfuerzo más", digo. La verdad es que Solo con escuchar "separaron" siento molestia. Y dolor.

Asiente con seriedad. "Entiendo, aunque no puedo ponerme en tu lugar. Hasta ahora parece que has sabido controlar la situación. Aunque aún tiene poco tiempo aquí, creo que está contenta de haber llegado a nuestra ciudad y pasar su tiempo contigo".

Sonrío ligeramente. "A todas las chicas les encanta pasar su tiempo conmigo", declaro en voz baja.

"A decir verdad, no creo eso. Tal vez algunas chicas sí tengan gusto", dice, riendo.

"¿Dices que mi hija tiene mal gusto?", le pregunto, con una mezcla de seriedad y burla.

Evita reír, aunque le resulta difícil. "Para nada. Es solo que ella no puede elegir. Eres su padre, y no podrá cambiar eso", dice.

Disfrutamos bastante en la feria. Nuestras horas allí fueron estupendas. Emocionantes. Fue una de esas experiencias que generan satisfacción. De esas que hacen sentir que vale la pena vivir. Tal vez se debe a que compartimos esa tarde allí o a otra cosa, pero lo cierto es que el aire que nos rodea se siente más liviano. Ya no me siento tan irritado como antes, y sé que ella tampoco lo está.

"Agradezco que me lo recuerdes", responde.

"Oye, la verdad es que está contenta porque está contigo", dice, y ve mis ojos por unos segundos. Su sinceridad y su firmeza aparecen de nuevo. "Toda niña necesita un padre". Hace silencio y la expresión de reflexión que me muestra me hace saber que no sabe si continuar. Pero luego lo hace. "Estoy segura de que nunca ha sido una pequeña muy feliz hasta ahora".

"¿Qué te hace pensar eso?", le pregunto. Sus palabras hacen que sienta curiosidad.

"Simplemente lo sé. Tal vez tengo experiencia en ese asunto", dice, y me detengo para verla. Encoge sus hombros y todo me queda claro. Además, aleja su mirada y se fija en la pared.

Reconoce su tristeza porque ella también la ha vivido. Siente mucho dolor. Tal vez una persona importante en su vida nunca la prestó atención. Se siente identificada con mi hija por esa razón.

"Por eso noto el esfuerzo que hacer para alegrar sus días", dice, y despierta una sonrisa en mis labios. Quiero que se relaje más. "Y creo que estás lográndolo, porque luce muy contenta siempre".

"¿Lo dices en serio?", le pregunto.

"Totalmente. Estoy convencida de que es una chica afortunada. Puede contar con un buen padre, que le tiene paciencia y le presta atención", dice, y vuelvo a sonreír.

"Puedes usar otros calificativos si quieres", le digo.

Abre sus ojos ampliamente y luego hace lo mismo con su boca. "De acuerdo. También tiene un padre rudo, prepotente, dominador, vanidoso, patán...".

Subo mi brazo para pararla. "Creí que dirías adjetivos como atractivo, delicado, sincero, educado, gentil, amigable. Que asegurarías que no has conocido a un hombre como yo".

Siento que mi pene comienza a levantarse. Mis pupilas se dilatan y mis latidos se aceleran. Humedece su boca y tengo que tragar grueso. Mierda. Es increíble lo sexy que es.

"Esas palabras están demás. No tengo que decirlas", dice, con un susurro que me invita a acercarme.

Me aproximo y mis manos presionan sus caderas. Siento que no voy a soportarlo más. Debo saborear otra vez su excitante lengua.

"Carlos, por favor", exclama nerviosa. Me transmite la calidez que emana de su pecho y me embriaga con su aroma. Sus senos se levantan.

Estoy tan caliente que mi pene está a punto de romper mi pantalón. Me acerco a sus labios y noto que comienza a temblar. Cuando comienzo a besarla, sucumbe ante el roce de mis labios. Siento que ha ansiado ese beso. Que lo esperaba hace tiempo. Gime mientras hunde su lengua en mi boca, y mi pecho se calienta rápidamente. Nunca me había sentido tan caliente.

Y eso no es todo.

Paso mis dedos por cada una de sus curvas, tan impresionantes, tan provocativas. Mi lengua llega a su boca y juego con su lengua también. Ambas se unen, chocan y se halan, como si fuesen un único órgano. Quiero lamerla, succionarla y dejarla fuera de su boca. Diana se estremece mientras la beso. Es la misma reacción que tuvo cuando lo hicimos en el laboratorio. Me deja claro que me esperaba, que se preparó para esto, que me desea. Y yo quiero dejarle claro que estoy listo para

complacerla, darle placer y darme placer con su cuerpo también. Con sus acciones despierta la fiera en mi interior, ese animal salvaje y descontrolado que busca a una chica para adueñarse de ella, poseer su cuerpo y lograr que enloquezca con el sexo. Giro su cuerpo y toco la tela de su suave vestido.

Me siento cada vez más satisfecho. Reclina su cara mientras exhala. Está invitándome a lamer su cuello. Las venas vibrantes de sus brazos me indican lo caliente que está. Yo también me siento así. O más caliente aún. Es imposible que me sienta de otro modo. Diana es muy sexy. Vuelve a gemir y el eco de ese sonido tan delicioso llega a mis oídos.

Voy a poseerla otra vez.

Comienza a jadear mientras toco sus nalgas erguidas con mis dedos. Las palpo antes de ubicarlas encima del mostrador. Sube sus pies para sujetar mis muslos con sus caderas. Puedo sentir la humedad de su vagina. Su aliento punzante cae sobre mi pecho, haciéndolo vibrar una y otra vez. Usa sus dedos para mover mi cabellera. Hunde sus gemidos en mi garganta mientras tomo sus pezones, el centro de ese par de tetas firmes que me encantan. Los presiono e inicio mi camino al fondo de su cuerpo. Tomo sus tetas una vez más y luego decido penetrarla.

Levanta su pecho y se afina en el mostrador con ambas manos. "Oh, por Dios", murmura.

"Tengo que tenerte", exclamo entre jadeos mientras me acerco más a su cara y su calor se convierte en mi calor. No hay una imagen más excitante que la de una chica sensual que abre su boca para gemir y cierra sus ojos mientras sucumbe ante el placer que siente. Mi erección es potente. Si no saco mi pene, va a rasgar la tela de mi pantalón en cuestión de segundos.

Me habla en la oreja, en voz baja, alentándome a tomarla, a que la haga mía cuanto antes. Sus manos toman mi sien mientras se queja. Empiezo a quitarme los pantalones, al tiempo que ella hace lo mismo con su ropa interior. Lo empapada que está me parece increíble. Noto su excitación y lo mucho que me desea.

Entonces introduzco todo su pene en su cavidad, con poder y firmeza, y escucho cómo grita entre temblores y jadeos.

Mis músculos se entumescen mientras ella se queda sin aliento. "Así, Diana. Así", le digo cerca de su cuello mientras la penetro, una y otra vez, y mi pecho se funde con el suyo. Sus tetas chocan velozmente con mi cuerpo. Apoya sus dedos nuevamente en la mesa y sus ojos continúan cerrados. Mis penetraciones se acompañan con el ritmo de sus caderas. Paso mis ojos por su precioso rostro. Compruebo su éxtasis, su necesidad y el fuego que arde en su ser, y me hundo con potencia mientras sujeta mis muslos. Unos segundos después su vagina se comprime sobre mi órgano y sus uñas marcan mis antebrazos.

Caigo sobre su pecho. Busco un aire que me resulta esquivo. Retiro mis dedos de sus labios. Suspira mientras lleva su cara a mi cuello, tratando de ahogar el alarido que se desprende de sus pulmones. Está recuperando el aire también. Mi cara está llena de sudor, como la suya. Hay una mezcla de aroma a fluidos corporales llegando a mi nariz. Y siento que quiero continuar. Tomarla para ducharme con ella mientras le hago el amor una vez más y el agua limpia nuestros cuerpos...

"Por todos los cielos", dice en voz baja. Pone sus manos en mi pecho para alejarme. Está decidida a sacarme de su cuerpo. "Disculpa, Carlos. No entiendo qué me llevó a hacer esto. Solo sé que no debí hacerlo. No te imaginas cuánto lo lamento", dice, y se pone de pie. Se niega a ver mi cara y

busca su bolso. Está en la mesa. Lo puso allí después de ayudarme a acostar a Antonella.

"Pero no necesitas...".

Va de prisa a la entrada. "¿Puedes decirle a tu hija que me encantó estar en la feria con ella? La verdad es que disfruté bastante su compañía. Sus ocurrencias me hicieron reír mucho", me cuenta en voz baja.

Lo que quiero es tomar la cintura de Diana otra vez y pedirle que se quede, pero me controlo. Es lo más difícil que he hecho en mucho tiempo. "Lo haré", respondo, casi en silencio, porque no quiero despertar a mi hija.

Abre la puerta cuidadosamente y luego la cierra con mucha calma. "Nos vemos en la oficina. Feliz noche", dice antes de hacerlo.

¿Cómo es posible que la realidad sea tan clara y yo no la haya comprendido antes? Me lo pregunto mientras su partida me deja en silencio. El aire está lleno de paz. Y me permite darme cuenta de lo que sucede.

Diana está en mis pensamientos, mi corazón y mi cuerpo. Y no será fácil sacarla de allí. Tal vez nunca lo haga. Lo que creí que era una atracción es en realidad un potente hechizo.

CAPITULO 18: DIANA

Debo concentrarme en hacer más vuelos de prueba con el nuevo diseño. Es lo único en lo que debo pensar. Por eso repaso los apuntes una y otra vez. Mi ceño está fruncido. Debo recordar cómo solucionamos el problema y comprobar que el método también servirá en otro dron. Espero que no haya sido un golpe de suerte. Solo con una solución real podremos producir en serie un prototipo realmente funcional.

Carlos es como un emperador de mis emociones. Solo pienso en él, en lugar de enfocarme en su diseño, en el aparato que ideó. Además, estoy en su empresa, en el edificio en el que funciona, justo en el laboratorio. A unos metros del espacio en el que me tomó cuando fui suya la primera vez. Además, me hizo suya de nuevo, hace solo unas horas. No puedo sacar de mi mente la imagen de su cuerpo cerca de mí. Tenía sus brazos sobre la mesa de su comedor. Había subido sus mangas sobre sus antebrazos y me observaba con una expresión de total seguridad y determinación. Esa mirada, esa figura potente, esa anatomía tan varonil, me sedujeron. Hasta la atmósfera de su cocina se llenó con su presencia imponente. Es un sujeto dominante. Tanto, que sus actos atrevidos, sus pasos seguros y la forma en la que me poseyó, ahora dominan mis pensamientos.

No sé qué carajos sucede conmigo.

Detesto pensar que eventualmente me convertiré en una chica llena de niños, sin trabajo ni estabilidad, mientras un hombre me da todo y me mantiene. Aunque no me gusta controlar a nadie del sexo masculino, tampoco me gusta que un hombre me imponga su poderío, aunque sea muy atractivo.

Creo que llegará en cualquier momento y me pedirá que le explique el motivo de mi abrupta salida de su casa. Entiendo. Pero hay un problema: no sé por qué lo hice. Entonces tomo aire con fuerza y cubro mis ojos con mis manos. Quiero retomar la concentración, pero no puedo. Es lo mismo que me ha pasado desde que llegué al edificio. Escucho a alguien afuera, o creo escucharlo, y pienso que se trata de Carlos.

Y aún No entiendo qué me hizo salir de allí.

¿Habrá sido temor? ¿El temor por lo bien que me sentí con su hija y él? La verdad es que la pasamos muy bien, especialmente yo. Incluso siento que podría ir a esas ferias con ellos una vez más. Y otra. Y otra. Así podría sentir que pertenezco a un lugar. Que son mi familia. Sé que muchos nos vieron con nuestras manos entrelazadas en el parque de atracciones y creyeron que ella era mi hija y yo era la esposa de Carlos.

Y esa es una de las cosas que más me gustaría. Eso me inquieta mucho: si esas personas creyeron eso, me parece perfecto. Me encantaría ser parte de esa familia. Cielos.

Además, ese encuentro sexual. Esa dosis tan increíble de placer. Por primera vez disfruté tanto con un sexo rudo, veloz, extenso. Y también por primera vez, dejé que alguien más controlara todo lo que sucedía. Siento temor al saber que no puedo manejar lo que ocurre conmigo. Es mi costumbre poner límites, exigir que me respeten, negarme a hacer algo que no me gusta. Sin embargo, con él solo me limito a esperar que me dé órdenes y quitarme las bragas cuando me ve.

Creía que podía comportarme mejor. Ya veo que no. Tal vez ahora sí se convenció de que me convertí en una puta. A fin de cuentas, se trata de mi jefe. Ahora soy una chica que tiene sexo con su jefe.

Si papá se entera, ¿qué dirá? ¡Por Jesucristo!

Seco el sudor de mis manos con la tela de mi falda. "Basta", me pido.

Exhalo mientras cuento hasta diez y ordeno las piezas para hacer el trabajo. Tomo el dron con decisión para armarlo de acuerdo al diseño y las reparaciones que hicimos. Debo completar el trabajo que me ha mantenido ocupado este mes. Mi corazón está acelerado.

Luego de casi una hora, termino de ensamblar el prototipo. Respeté el diseño e hice las correcciones pertinentes. Una vez más emprende el vuelo mientras reviso los índices en el monitor del control remoto. Como sucedió la noche del viernes, el calor en el interior es aceptable. Aceptable y permanente. Ya no hay dudas: el diseño funciona. El aparato funciona. Todos los que se produzcan con el diseño nuevo funcionarán perfectamente.

Comienzo a saltar y gritar, si bien nadie puede oírme. Ya me habitué a esa soledad. La acepto como parte de mi trabajo. A pesar de eso, me gustaría que Carlos me acompañara y compartiera conmigo este momento glorioso.

Apunto las notas definitivas. Me siento más satisfecha y calmada que nunca. Aunque no quisiera acercarme a Carlos ni mostrarle una vez lo débil que me hace sentir, debo informarle cuanto antes lo que sucede. Tomo mis hojas y voy con prisa al pasillo para llegar a su oficina.

Lo que siento está bien, me digo en voz baja. Me alegra este triunfo profesional. Además, me gustaría relajar nuestra relación de algún modo. O al menos eso me digo. La verdad es que quiero encontrar un motivo para encontrarme con él. Me planteé olvidarlo temporalmente cuando empecé a trabajar en el prototipo, aunque me costó. Una vez que terminé, volvió a dominar mis pensamientos.

Creo que Carlos merece obtener un triunfo como este también. Además, la expresión de incertidumbre que me mostró cuando salí a toda prisa de su apartamento me indica que debo decirle que no estoy molesta ni guardo rencor por nada.

Veo a Lorena y asiento mientras sonrío. Los latidos de mi corazón se aceleran. Voy a toda velocidad por el pasillo. Los diseños y los apuntes están bajo mi brazo.

"Estupendo. Diseños de nuevos drones. Estoy segura de que estará feliz por eso", indica, y marca un número en el teléfono del escritorio. "Acaba de llegar la ingeniera Castillo", dice. Cuelga, levanta su mano para que pase a la oficina y sonrío.

Me detengo para tomar aire. Luego continúo mis pasos y entro. Después de hacerlo, cierro la puerta.

La boca se me hace agua al mirarlo. Me imagino bajando mi cuerpo para saborear su pene. Lamer todo su tronco y luego llevarlo al fondo de mi garganta. Apoya su espalda y siento que estoy ante un ser divino. Recuerdo que ayer lucía una camiseta deportiva que lo hacía ver atractivo. En cabio ahora lleva un traje y una corbata de color azul oscuro.

Parece que quiere actuar como mi jefe hoy. "¿Cómo puedo ayudarte hoy?", me pregunta, y toca su

mentón con un dedo.

"Felicitándome", le digo.

"¿Felicitándote?", dice, y el tono de su voz me revela que su deseo ha despertado. Pasa sus ojos a lo largo de mi figura y noto la confusión en su cara.

"Sí", contesto. "Lo merezco porque pude usar el diseño nuevo en el segundo dron". Mi piel se eriza. Trato de pensar en otra cosa mientras mi corazón se acelera. Me siento sumamente nerviosa. A pesar de que también lo deseo, debo decirle lo que sucedió, que sepa que soy una profesional y estoy obteniendo resultados que me hacen acreedora de su respeto. Ese es el inconveniente de acostarme con él: no podré lograr que me valore como ingeniera... aunque quiero que siga tomando mi cuerpo cuando le plazca.

Carajo, Diana. Debes mantener la calma, recuérdalo, dice esa voz en mi mente. Pero el comienzo a sonreír y pierdo la concentración.

Aclaro mi garganta y me enfoco en lo que quiero decir. "Hice todo lentamente, como si fuese mi primera vez, y el aparato voló exitosamente, como sucedió con el primero", dije, y aguardo por sus palabras de alegría.

Aguardo por su felicitación y su apretón de manos.

Pero en vez de hacerlo, me toma por la cintura y me hace girar en el aire sobre su pecho como si se tratara de un abanico. Creo que todo es un sueño, aunque el deseo de seguir sobre su pecho es muy real. La siento mientras trato de orientarme.

Creo que su pecho caliente y la fuerza de sus músculos están llevándome al cielo. Me siento muy cómoda cerca de su cuerpo. Me siento protegida y deseada mientras sus manos potentes me suben.

Me muestra una gran sonrisa. "¡Eres la mejor ingeniera de todas, señorita Castillo!", afirma.

Siento que apenas están su cuerpo y el mío en este mundo y una inmensa felicidad nos abruma. Bajo mi cara para verlo mientras él comienza a reír. Mis pulmones sueltan una carcajada también. Me siento tan plena al saber que queremos lo mismo. Que comprende mi alegría. Que conoce todo el proceso por el que pasé. Ya no hay nadie más en el planeta. Lo percibo mientras me sostiene.

"Ojalá tuviera champán. Destaparía esa botella en este preciso momento. Me parece justo una celebración", dice. Después de unos segundos lleva mis pies sobre el piso, pero sus manos siguen tomando mi vientre nervioso.

Creo que su emoción duplica a la que estoy experimentando. Aunque me siento contenta, me parece que su felicidad es mucho mayor que la mía. "A mí también", le digo, y le muestro una sonrisa. Me cuesta estar de pie por la alegría que siento. ¿O es porque Carlos se mantiene a centímetros de mí y está tan eufórico como yo?

Mis pensamientos son confusos y debo hacer un esfuerzo para respirar. Se detiene a ver mis ojos, y dejo mi mirada sobre la suya. Mis sentidos empiezan a llenarse de energía. Doy un paso para aproximarme a su cara. Él también lo hace. No puedo controlarlo. Él tampoco puede hacerlo. Es como si su pecho me llamara. Repentinamente, nuestras pieles se mezclan.

Una vez más mis emociones toman el control. No hay forma de que me aleje de su cuerpo, aunque eso me traiga miles de problemas. Mierda. Allí está mi confusión de nuevo.

Su respiración se cruza con mi pecho. "¿Dónde estuviste toda mi vida?", pregunta suavemente.

Soy presa de sus deseos. Y lo peor es que me agrada que lo haga. De hecho, me encanta. Apenas tengo aliento en mi cuerpo. No logro entender lo que sucede. Carlos me cautiva una vez más.

Ahora me acerco para besar sus labios. Toma mis mejillas y siento el calor de sus dedos. Su boca intrépida se adueña de la mía y su lengua llena el interior. Mis pies amenazan con ceder. Debo buscar el modo de soportar el placer, pues de lo contrario caeré. Pero su lengua se desliza sobre la mía. Sus dientes atrapan mis labios lentamente y luego los succionan intensamente.

Deja que sus labios sigan tomando mi boca, cada vez con más frenesí, mientras avanzamos un poco más. Gimo con fuerza y me doy cuenta de que lo que hace me excita, pero también me causa dolor. Ese dolor, no obstante, es corto. El éxtasis, en cambio, es más extenso y poderoso. El calor en mi cuerpo es inmenso. Mi vagina está terriblemente empapada, al punto de que mi ropa interior está muy mojada. Comenzamos a caminar y tropezamos con una silla.

Baja por mi pecho y respira justo sobre el lugar en el que se sienten los latidos veloces de mi corazón. "Así lates por mí, Diana", dice. Luego vuelve a llevar su lengua a mi sien, donde deja un volcán de placer.

Trato de asentir, pero apenas puedo gemir suavemente ante la impotencia que tengo.

Sube su cara y ve sostenidamente mis ojos. Chupa la parte más alta de mi seno y comienzo a temblar y sudar, "Mierda. Estás demostrando lo caliente que te pongo", cuenta en voz baja.

Recuerdo que la puerta no está asegurada. Capto su aroma penetrante mientras sus dedos y el recuerdo de sus frases me dejan atónita. Cuando reacciono y vuelvo a encontrarme con su mirada, su expresión delata la necesidad que siente de tomarme. Estamos repitiendo la acción que tuvimos en su apartamento, pero ahora es peor. A solo unos metros está el personal.

"Anoche te fuiste repentinamente. ¿Qué sucedió?", dice, y lame mi boca.

"Nada".

Impulsa mi pecho hacia atrás y mis nalgas arriban a su mesa. Vuelvo a ver sus ojos. "Puedes decir la verdad", dice con autoridad.

"Tengo tantas ganas de que me tomes que me da miedo", confieso en voz baja. Su semblante es de puro peligro. Luce amenazante mientras respira intermitentemente y mantiene su mirada sobre la mía.

"¿Oh, sí? Demuéstramelo".

"Tu asistente podría descubrirnos", digo. Trago grueso y los temblores vuelven.

"En caso de que llegue a la oficina, ella se dará cuenta de lo que sucede y volverá a su lugar".

Subo mi cuerpo para que me quite la ropa interior, que cae también cerca de mis sandalias. Su declaración bastó para convencerme. Decido tomar la iniciativa. Me muevo rápidamente con salvajismo para tomar su cinturón. Se lo quito rápidamente y sus vaqueros caen sobre sus zapatos.

Pienso que se levantará y me penetrará. Es lo que ha hecho antes. Pero no lo hace. Baja un poco más su cuerpo y gruñe sobre mis muslos. Su boca cava en medio de mis piernas. Exhalo frenéticamente y aprieto mis puños. Luego cierro mis ojos y reclino mi cabeza. Después la inclino

nuevamente mientras Carlos pasea sus labios mis labios vaginales empapados de placer.

Mi cuerpo está lleno de espasmos y mi garganta se sofoca con gritos ahogados. "Mierda, Diana. Tienes el sabor de un coctel de frutas", suelta con rudeza. Después alcanza mi clítoris. Ya está inflamado. Lo golpea ligeramente varias veces y siento que quiere torturarme. El dolor que sentí antes regresa. Atrapo su cara con mis piernas y caigo en el abismo del clímax un rato después.

Toma un preservativo de algún lugar que no alcanzo a ver. Cuando giro un poco mi cara para ver lo que hace, me doy cuenta de que está cubriendo su tronco con el condón. El orgasmo aún me atraviesa, y aunque creo que me permitirá descansar por un momento, no lo hace: su gran pene se sumerge en mis profundidades.

Intensifica sus bombeos mientras mi vientre se llena de lujuria. "A la mierda", suelto. El placer regresa en grandes cantidades. Mi vagina presiona su tronco, y sus penetraciones se aceleran, estremeciéndome más y más.

Con unos vaivenes más alcanza su orgasmo, y yo lo experimento un segundo después. Trato de sofocar mis gritos, y noto que Carlos también lo hace. Respiro con dificultad y escucho sus jadeos. Acerca su rostro y apoya sus dedos en la mesa. El roce de su cuerpo me lleva a la cima del placer otra vez. Luego se aleja, y aterrizo en la realidad.

Sé que el hecho de que hayamos solucionado el problema de ingeniería indica que trabajamos estupendamente. Por eso, no entiendo qué me hace negar lo que siento. Todo lo que vivimos me gusta, me parece tan agradable. Nuestros cuerpos se unen y sacian su sed. Disfruto su compañía, así como él disfruta la mía. Nos entendemos perfectamente.

Parece que es el hombre que el destino había planificado para mí.

Creo que debería reconocer que hay algo creciendo en mi corazón y también en el suyo. Así que ahora me pregunto: ¿qué me lleva a pelear una y otra vez con mi mente después de hacer el amor con Carlos?

Toma mi sien con sus labios y después planta un beso en mi mejilla. Después inclina un poco su cara y sube sus pantalones.

"¿Lorena me habrá oído? Me esforcé para hacer silencio", afirmo. Me pongo de pie, si bien no tengo la estabilidad suficiente. Cubro mis partes íntimas con mi ropa interior.

"Todas las oficinas están insonorizadas. No creo que te haya escuchado".

Sería absurdo que del otro lado pudieran escuchar sus charlas. Me había dicho que todo el edificio estaba insonorizado, pero lo había olvidado. Es lógico que lo haya hecho. Además, su oficina está al lado del salón de reuniones.

Aún luce un poco cansado. "Tenemos que celebrar", dice en voz alta. Toma el condón y lo echa a la basura. Luego arregla su camisa.

"Creo que acabamos de celebrarlo", le recuerdo en voz baja.

Ríe con fuerza. "Hablo de una verdadera celebración. Podríamos comer. Sería en un buen restaurante. ¿Aceptas?", me pregunta.

Me agradaría pasar otro rato con él y ser testigo de su felicidad. Me quedo inmóvil. Siento que no entiendo lo que sucede. Pienso aceptar. Es lo que me gustaría hacer. Tengo una respuesta

afirmativa en mi laringe. Sería una manera de extender la felicidad que siento cuando estamos juntos. Además, es justo comer con él, pues arreglamos el diseño después de muchos esfuerzos.

Sin embargo...

"Te pido disculpas, pero ya planifiqué algo para el mediodía", respondo. "Sí, me gustaría, pero no puedo", digo, y mi corazón se hunde en la tristeza.

Parece que lo que acaba de ocurrir fue una invención de mi mente. Lo siento porque el aire se espesa. Su cara se nubla instantáneamente. Frunce su ceño y siento que el hechizo se rompe.

"Entiendo", dice con voz seria.

Lo que más deseo en este instante es borrar todo lo que acaba de pasar en los últimos treinta segundos. "Disculpa", reitero entre suspiros. Creo que ya no puedo controlar el momento. Estaba cerca de aceptar. Tan cerca que me duele. Y sé que a él también. Hace unos días no habría pensado que sentiría lo que siento ahora mi jefe. De haber escuchado que eso podría pasar, habría reído a carcajadas. Pero mi vida cambió por completo.

"No pasa nada", asegura. Me ve con indiferencia y ajusta su cinturón.

Me siento cada vez más inferior, más delgada, más impotente. "Te acompañaría, pero ya acepté una invitación", digo.

Sus movimientos son más rápidos, y aunque deseo contarle lo que realmente sucede para que no tenga una idea equivocada sobre lo que sucede, que realmente me gustaría acompañarlo, no puedo. Hace silencio mientras arregla su camisa y su corbata.

El drama que viví en casa de papá el viernes pasado está fresco en mi mente. Le aseguré que no regresaría bajo ninguna circunstancia a su palacio. Creí que había aceptado mi decisión. De hecho, lucía muy convencido de que era lo mejor. Quizás excesivamente convencido. Creí que discutiría conmigo, que trataría de hacer algo para insinuar que me amaba. Supuse, ingenuamente, que lo haría. Pero no fue así. Voy a almorzar con él. No puedo rechazarlo. Jamás creí que me llamaría. O que me contactaría de algún modo.

Sin embargo, decidió llamarme.

Y a pesar de todo, es mi padre. De todos modos, mi dolor no se irá rápidamente. No hay un camino alternativo para sacarlo de mí, aun cuando quiero sentirme mejor. Soy consciente de que no suele hacer algo para enmendar sus errores. Además, nunca admite que se equivoca. Por eso quise saber lo que quería y acepté su invitación. Intenté negarme, así como él se negó en miles de ocasiones a darme su afecto o tratarme amorosamente, pero me resultó imposible.

Carlos enciende su ordenador y hunde sus ojos en el monitor. "Como te dije, no pasa nada. Era una simple invitación", asegura.

Parece que también me resultará imposible dejar atrás el dolor que siento cuando algo me distancia de Carlos.

CAPITULO 19: CARLOS

Me toma unos segundos recuperar el aliento. Es muy difícil bajar el ritmo del enfado que siento. Y no es la peor emoción que estoy experimentando. Me siento celoso. Muy celoso. La sensación es muy fuerte.

Solo quiero que se vaya y me deje solo para trabajar. No sé qué me ocurre. Estoy perdiendo los estribos como nunca. Me molesta pasar por momentos como este. Parece que mi cuello se llenó de rocas y miles de caballos salvajes galopan por mis venas. Oigo sus palabras, pero no me importan.

Lo tengo claro: está con alguien. El remordimiento que se asomó en su mirada me lo demostró. Además, la única forma de que abandone mi oficina unos minutos después de hacer el amor conmigo es que vaya a verse con alguien. No pierde tiempo. "¿Algo más?", le pregunto cuando reacciona. Sigo viendo el monitor mientras intento sofocar mi ira. Soy consciente de que no puedo verla. Al hacerlo, mi mente la recreará de inmediato con algún sujeto. No puedo permitírmelo, pues hace solo segundos fue mía. El sabor de su piel continúa en mi lengua.

Y me doy cuenta de que caí de nuevo en la trampa de ver virtudes ficticias en una chica, cuyo único talento es saber mentir. Creo que Diana solo me mostró una cara falsa para engañarme.

Veo su cara. Es obvio que quiere aclarar el asunto. O empeorarlo. "Oye, no tienes que...", dice. Sujeta el pomo de la puerta.

"Vas a demorar tu cita si sigues aquí", insinúa, y detengo su explicación. En realidad, pienso en pedirle directamente que se retire rápidamente y me deje en paz. Ahora odio ser la persona que soy gracias a ella. No quiero seguir actuando del modo en el que lo hago, aun cuando nuestras relaciones sexuales me hagan sentir ese placer que era desconocido para mí.

"Una cita no es lo que voy a...".

"Cielos, Diana. Sí, lo hicimos, pero terminamos. Ahora debo trabajar", le explico. "Parece que no has entendido mis insinuaciones", declaro, y decido mirar su cara. Los celos y la molestia que siento se convierten en satisfacción. Su semblante es de profunda incertidumbre. No comprende nada.

Agradezco que trate de ser educada a pesar de las circunstancias. Siento esa gratitud cuando una mueca de dolor pasa por su cara, pero rápidamente su expresión cambia. Sube su mandíbula rápidamente. "Entiendo. Bueno, espero que la pases bien con tus labores", dice. Sale y cierra con cuidado mi puerta. Mantiene su tono profesional.

A mí me ocurre todo lo contrario. Comienzo a caminar en círculos mientras mi mente se llena de preguntas y mi pecho se inquieta.

¿Perdí la razón sin darme cuenta? ¿Qué mierda sucede conmigo?

¿Qué esconde? ¿Cómo es que no soy tan prioritario como para que cancele su almuerzo y celebre nuestra victoria? Esas dudas hacen que actúe como un soberano pendejo. Creo, sin embargo, que está justificado. Ella hace el amor conmigo, en mi oficina, y luego me cuenta que se encontrará con alguien para comer.

Otras preguntas iluminan mi incertidumbre. ¿Me ve del mismo modo en el que su mirada se sostiene sobre la mía? ¿Le hace creer que es muy especial? ¿Él cree que está en la cima del mundo cuando la penetro? Estoy convencido de que hay alguien más en su vida.

Soy adicto a su cuerpo, y ahora no puedo rechazarla cada vez que lo tengo frente a mí. "Qué mierda", grito cuando lo entiendo. Luego me calmo y tomo asiento una vez más. Suspiro, pero el dolor es insoportable. Vuelvo a levantarme, cierro mis ojos y toco mi frente. Sé que será inútil tratar de hacer algo con la computadora. ¿Por qué no evité que todo esto sucediera? ¿Por qué no la felicité por el impresionante esfuerzo que hice y finalicé nuestro encuentro en ese momento? Tal parece que nunca puedo negarme a estar con ella.

Saboreo mi boca, tomando el rastro de su paso de mis labios por su piel.

Es probable que ninguna otra mujer en el mundo sea capaz de llevarme a ese punto. Qué horror. Debo sacarla de mi mente, pero no sé cómo rayos hacerlo. La verdad es que quiero mantenerla ahí. No tengo el más mínimo deseo de estar sin ella el resto de mi vida. Quiero que avive el fuego que enciende en mis entrañas cada vez que estamos juntos. Produce un efecto mágico en mí que jamás imaginé que una chica podría causar.

La imagen de su cuerpo y el aroma de su pecho, la unión de sus manos y las mías, alteran mis nervios. Cielos. Debo ir a otro lugar. El recuerdo de lo que acabamos de hacer aquí me sofoca. Además, no puedo olvidar que se verá con otro hombre.

Haré algo para olvidarla por unas horas. Iré a dar una vuelta por las calles cercanas.

Recorro con prisa el pasillo para llegar al ascensor. No quiero que nadie interrumpa mis pasos para preguntarme alguna estupidez. Suelo despachar a todo aquel que me plantea cuestiones obvias, pero me siento tan molesto que podría hacer que el edificio explotara por la tensión que siento si cualquier persona me pregunta algo.

Atravieso la recepción al descender del ascensor. Lo que aparece frente a mí no me gusta en absoluto. Diana sale por la entrada principal y llega rápidamente a la calle. Sé que no levantarías sospechas de lo que ocurrió en mi escritorio hace solo unos instantes. Luce muy profesional y su cara está ligeramente maquillada. Además, su cabellera está perfectamente peinada.

Detesto lo que estoy a punto de hacer, pero la curiosidad que siento es mayúscula. Voy detrás de sus pasos. Quiero saber con quién almorzará. Seguramente es un hombre. Debo ver su rostro. Conocerlo y saber de quién se trata, si representa un riesgo, si es un pendejo, si pagará la cuenta. Todo. En caso de que no se trate de un hombre, sino que sea una prima, su mamá o algún otro familiar, sé que habré actuado como un gran pendejo, aunque no dejaré de sentirme muy contento.

Ve a los costados y se detiene al llegar a un semáforo.

Me mantengo a unos centímetros de Diana, como si fuese un acosador en serie, ocultándome para que no me descubra. Al parecer, está demorada. Quizás quiere dejarlo plantado. Quizás siente el dolor agudo que sentí al escuchar su rechazo. Santo cielo. Sé que, si nota mi presencia, sentiría una profunda lástima por mí. O alguna reverberación de odio. La verdad es que es la primera vez que espío a una chica. No suelo moverme como si me gustara acosar a alguien.

Una limusina llega a su lugar y se detiene. Alguien abre una puerta. Veo que desciende un sujeto.

Frunzo mi ceño mientras siento una profunda repulsión. Aún no he visto su cara. Pero pronto

puedo hacerlo. La ira que sentía se convierte en un iceberg.

Qué hijo de perra. Es Augusto Castillo.

Es tan descarado que está bajando justo frente a la sede de mi empresa.

Diana entra al auto con su ayuda y Augusto recorre los alrededores con su mirada. Después entra al auto y cierra su puerta. El conductor sale a toda prisa al punto en el que supongo van a comer.

Trato de mantener la calma.

¿De verdad Diana lo hará? ¿Va a comer con el presidente de Castillo y Compañía? Es absurdo. No entiendo por qué almorzarían juntos. Ella ya hizo los últimos ajustes del dron, y eso es...

¡Por todos los cielos! Ahora entiendo todo. La cruda realidad.

Diana hizo los ajustes definitivos que permiten que el aparato sea funcional y esté listo para el evento y la posterior venta. Ya hizo esos arreglos en el dron, y eso es una señal de que estamos llegando al final del proyecto.

Es imposible.

No me di cuenta, aunque todo pasó frente a mis ojos.

Dejé que se encargara de un diseño que tracé con el afecto que le daría a alguien de mi familia. Es un diseño que podría representar el éxito definitivo de mi empresa. O el cierre. Es un aparato que marca el principio de una etapa de éxitos... o el final de todo. Al parecer, dejarla entrar en mi empresa fue una terrible equivocación. La peor de toda mi vida. Creí en su palabra y le abrí las puertas de mi oficina.

Pero Diana está ahora con mi principal competidor. Mi único enemigo real.

Aunque tengo la esperanza de que esté equivocado, la evidencia deja clara su participación en esto. Regreso al edificio y tomo un ascensor. Mi corazón se abate. ¿En cuál piso se encuentra mi oficina? No lo recuerdo. Parece que la noticia me arrojó a otro planeta. Es ella. Es "el topo". La persona que filtró la información.

Aparto mi deseo por un momento y me concentro en los hechos. Cuando llego al piso diez, recuerdo todo lo que ha sucedido. Quiero ser racional.

Poco tiempo después de que llegara a la empresa cuando Daniel la contrató, posiblemente tres semanas, supimos que alguien había entregado nuestro diseño a Castillo y Compañía. Deberé entrar en su archivo. Castillo hizo una gran presentación del aparato que yo había diseñado. Eso me permite darme cuenta del tiempo con el que contaron para desarrollar el dron. Los archivos estaban encriptados, y los planos estaban escritos en otro idioma. Además, cada parte del diseño tenía un expediente separado: las baterías, el motor, el control remoto, la autonomía de vuelo. Quien quisiera fabricar el dron tenía que disponer de todos los expedientes y dibujos.

Daniel, Jorge, Miguel y Mario pueden entrar en mi ordenador. Nadie más puede acceder. Diana, sin embargo, pudo acercarse a esos expedientes en algún descuido de Daniel. O quizás los vio de reojo cuando él estaba revisándolos. A fin de cuentas, ella es su empleada de confianza. Pudo haber visto los planos una o varias veces. A pesar de las trabas, es obvio que lograron lo que se propusieron.

Pero debo dejar de pensar en esa probabilidad. Primero debo conversar con Diana. Luego hablaré con él. Solo espero que no le informe sobre nuestro progreso con el segundo aparato...

Fui un ingenuo y cedí a mis deseos rápidamente. Suspiro, salgo del ascensor y los espasmos de mi cuerpo ya no están. Ahora solo siento ira. Una ira punzante. Qué bastarda es Diana. Supuso que me jodería la vida mediante el sexo, pero se equivocó. Solo logró que no pensara que ella fuese la soplona. Siento pena de mí mismo por la forma en la que me mintió.

Siento ácido en mi garganta mientras niego una y otra con mi cara. ¿Cómo pudo pasar sin que me diera cuenta? Es una ficha de mi rival. Repetí la experiencia que había tenido con mi exesposa: me dejé llevar por mis ideas e ilusiones. Quería acostarse conmigo solo para joder a mi empresa. Me sentiría contento con el desarrollo de la historia, si no fuese porque soy el más perjudicado. Qué horrible. ¿Estará teniendo sexo con Castillo? La imagen de su asquerosa boca sobre los labios suaves de Diana me produce ganas de vomitar.

¿Sabes qué, Diana Terán? Puedes irte a la mierda.

Me acerco a la oficina de Lorena y golpeo una de las paredes exteriores. Cada uno de mis nudillos empieza a doler.

Con prisa, Lorena llega a mi lado y me ve con sorpresa. "¿Qué ocurre, jefe?", me pregunta con nerviosismo.

Camino hacia mi oficina. "Nada. Estoy bien", exclamo, sin verla.

Ahora voy a hacerle saber que ganó un enemigo muy poderoso. Y Castillo también lo sabrá. Sí, ella me hechizo desde que la conocí. Pero eso quedó en el olvido.

CAPITULO 20: DIANA

Hay algo que me hace sentir mejor, a pesar de que estoy al lado de papá. Estamos a solas. No tengo que soportar a las imbéciles de Karina o Rocío. Sus presencias en este momento solo me harían sentir mucho peor.

Además, parece que ahora sí va a escucharme. Por primera vez en su vida. Estoy segura de que lo hará, pues fue él quien pidió que nos viéramos.

El problema es que cada cinco segundos mi mente se va a otro lugar. Ahora quien no puede concentrarse ni prestar atención es otra persona. Yo. Carlos sigue en mis pensamientos, y apenas puedo entender lo que me dice papá.

La cara de papá me indica su indiferencia. De todos modos, no ha creído jamás en mis talentos. Eso me hace recordar la duda que me ha acompañado desde que me invitó a almorzar: ¿qué es lo que quiere?

"Estoy seguro de que hay mucha tensión en tu trabajo. La feria de innovaciones está cada vez más cerca", dice. Luego suelta una carcajada. Al parecer la situación le causa mucha gracia.

"¿Ahora te interesa la tensión de mi trabajo?", le pregunto. Luego cruzo mis brazos.

"Qué grosera eres. Se nota que no tienes tacto. Además, estás mintiendo. Siempre me ha interesado tu trabajo, hija", dice. Su alegría rápidamente se convierte en frustración. Su sonrisa se apaga y me ve fijamente.

"Tal vez 'siempre' quiere decir desde el sábado, porque el viernes dijiste otra cosa", respondo. Apoyo mis brazos en la mesa y continúo hablando en voz baja. "Incluso dijiste claramente que jamás lograré desarrollar un proyecto exitoso".

"Diana, maltrataste a tu hermana menor. Me molesté. Dije eso por la molestia que sentía. Diana, ponte en mi lugar. ¿Has pensado en mi situación? Debo estar en medio de mi nueva esposa y tú. Intento que se acerquen y confíen mutuamente, que se sientan como parte de una sola familia, porque sé que pasamos muy poco tiempo juntos. Me enfadé mucho, y tú fuiste la responsable".

"Ella no es mi hermana", le recuerdo.

"Pero lo será cuando lo aceptes", dice, y abre ampliamente sus ojos. "Debes aceptar la realidad, Diana".

"¿Ese es el motivo de tu maltrato? ¿Te hice pasar un mal rato y por eso dijiste lo que dijiste?", le pregunto.

"Así es. No te habría hablado de ese modo en otras circunstancias".

Trato de aminorar la incomodidad del almuerzo, aunque entiendo que es imposible. Por él. Tengo claro que lo que dice es tan absurdo que tengo ganas de reír. Quizás piensa que voy actuar como una chica inocente que creerá todas sus mentiras. Sé muy bien que lo que dice es falso. Se ha negado a alentarme desde que tengo memoria. "Agradezco tu sinceridad y gentileza", le digo. Nuestro camarero se acerca con nuestras comidas, y cierro mi boca. No quiero que escuche alguna de las palabras que pienso decirle a papá. Y tampoco quiero escucharlo, al menos por los

momentos.

"Recapitulando, hija", dice. Nuestro camarero va hacia la cocina. "Tengo la certeza de que ha habido mucha tensión en esa empresa por estos días. Esa tensión no es mala, a pesar de todo. Es como una energía que te impulsa a avanzar, ¿cierto?".

¿Por qué insiste? ¿Qué lo hace preguntarme de nuevo por la oficina?, me pregunto una y otra vez. "Así es. Hemos tenido mucho trabajo, pero me gusta. Me anima y me convence de que concluiremos exitosamente el proyecto". Subo una de mis cejas. Me doy cuenta de que es el instante perfecto para decirle lo que sé. Quiero sorprenderlo. "Me refiero al proyecto que estamos desarrollando después de que Castillo y Compañía se adueñó del diseño del dron de Carlos".

"Qué acusación tan temeraria. Es insólito que digas que me atreví a hacer eso", suelta. Mi imaginación no es tan fecunda como para haber podido recrear la expresión que ahora aparece en su cara. Sus mejillas se llenan de un intenso tono rojo mientras su boca se abre de modo gigantesco. Creo que explotará en cualquier momento. Es como una chimenea a punto de expulsar aire.

"Bueno, no estoy mintiendo, ¿o sí? Es la información que llegó a mis oídos justo después de la cena que compartimos el viernes pasado", le digo con firmeza.

"¿Les dijiste que soy tu padre?", me pregunta. Sus labios tiemblan por la ira que siente.

"Tu secreto está a salvo. Si se enteraran que soy tu hija, ni siquiera me hubieran permitido entrar".

"Claro. Estás usando el apellido de tu madre. Lo haces desde que cumpliste quince años", asevera. Se relaja visiblemente e incluso se las arregla para forzar una sonrisa.

Tiene razón. No quiero que la gente me vea como "la hija de" Augusto Castillo. Quiero ser una mujer normal, aun cuando el hecho de usar el apellido de papá tenga algunas ventajas, que no quiero aprovechar. Prefiero que sean sus esposas y sus hijastras quienes las utilicen para sus propios beneficios, que, a fin de cuentas, no son muchos. "Así es", digo, mientras recuerdo que esa fue de las mejores decisiones que pude haber tomado.

"¿Entiendes que me ofendes cuando dices que robé un diseño?", pregunta. Su rostro recupera el color habitual.

La verdad es que solo leí algo en el diario sobre el evento de la empresa de papá, como hizo cada empleado de Innovaciones Martínez. "Pero eso es lo que hiciste. Robaste tecnología de otra empresa", afirmo, pero no tenía la certeza de que lo hubiera hecho. Solo lo sospechaba, aunque nadie en la oficina me lo había contado.

"Es posible que sea el hombre para el cual trabajas quien haya robado mi diseño", plantea. "Tal vez no sucedió como crees. Mis ingenieros tienen mucho tiempo desarrollando un prototipo similar. De hecho, comenzaron a hacerlo antes que esa empresa de porquería", asegura, y corta un trozo de carne.

Quiero comer para que no note el tono de molestia con el que hablo. Sé que lo que expone no es posible, aunque evito contarle que ya conozco a Carlos. Respeta los códigos, tiene unas convicciones firmes y es fiel a sus ideas. Un hombre como él no toma cosas que no le pertenecen para ganar dinero. Al contrario, busca hacer algo por su cuenta, aunque le tome más tiempo. Tiene el temperamento más testarudo que pueda tener un empresario. Conociéndome del modo en el que

me conozco, eso representa un halago. "Sí, es posible", digo, y asiento. Apoyo mi espalda en mi silla mientras pruebo mi ensalada.

"Espero que pronto podamos resolver nuestra situación", dice, y baja su cara.

“¿‘Nuestra situación?’”.

"Sí. Ese clima enrarecido entre nosotros. Sé que también lo sientes. Es como si en cualquier momento, todo amenazara con arder", dice, y vuelve a negar con su cara.

¿Existe la posibilidad de que su equipo de desarrollo haya creado un diseño igual al que Carlos creó en su oficina? Me lo pregunto nuevo, y sé que todo lo que dice o hace papá me avergüenza profundamente. Es simplemente un delincuente. Asegura que antes de que Carlos lo hiciera, ya estaba desarrollando tecnología para que los drones viajaran por más tiempo y con una mayor velocidad, pero dudo que haya avanzado en un diseño con las mismas características del prototipo de Carlos. Estaría realizando un dispositivo con las mismas piezas y con una aerodinámica semejante.

Pero es imposible. Sencillamente imposible.

Encojo mis hombros, buscando otra respuesta evasiva. "Entiendo", digo en voz baja. Sé que papá quiere saber más. Es su costumbre. Y lo sé porque no cree en mí. Nunca lo ha hecho. Trato de no mostrarle nada con mi cara y finjo que analizo lo que acaba de decir.

"En cuanto al diseño, puedo asegurarte que el que desarrolle un proyecto funcional obtendrá el dinero y la confianza que necesita en el evento", dice, y siento que está haciendo una declaración obvia solo para distraerme. ¿Por qué no comenzó a trabajar en un plan como ese antes? Habría sido más exitoso de ese modo, pero prefirió hurtar diseños de otros.

Carlos, Daniel y yo somos los únicos que sabíamos los problemas que se presentaban. Es casi imposible que Carlos revelara a su competencia más recalcitrante el diseño que quería desarrollar. Entonces una sola persona queda como posible espía.

¿Daniel lo hizo? El pensamiento me perturba.

Suele mostrar que estima genuinamente a Carlos. Aparentemente, es un gran amigo de Carlos. Además, siempre se muestra como un sujeto amistoso constantemente. No puede ser solo apariencia. Incluso se ha ganado mi admiración y mi respeto una vez que comencé a trabajar con él. Estamos sincronizados en cuanto al trabajo y ha surgido una linda amistad entre nosotros. ¿Se atrevió a filtrar los datos? Me cuesta creerlo.

¿De verdad su amistad es genuina? De ser así, no se habría atrevido a actuar de un modo tan desleal. Pero es obvio que así fue. Es el agente de mi padre. Nadie más tenía la posibilidad de hacer lo que él hizo. Es posible que se haya frustrado por estar siempre a la sombra de Carlos. O desea tomar otra porción del pastel. Pienso preguntarle a papá cómo lo convenció, pero decido no hacerlo, aunque me resulta difícil.

De algún modo, Daniel supo que Augusto Castillo es mi papá. Esa debe haber sido la fuente de su convicción para contratarme. Así, podría utilizarme y aprovechar mis lazos sanguíneos con papá para avanzar en el proyecto. Me estremezco ante lo que mi mente revela. Daniel quiso contratarme porque conoce a mi padre.

Armó todo y Carlos lo creyó. Se ganó su confianza y le hizo creer que era su amigo. Cuando lo entiendo, bajo mis manos y las anudo sobre mi pierna. Me duelen los nudillos por lo mucho que los presiono. No quiero que papá descubra la ira que siento. Araño mis palmas y creo que en cualquier momento sangrarán. Ese imbécil. Ese falso. Dijo que quería que trabajara para él y me protegería, pero solo quería usarme.

Todo lo que pensé sobre Daniel era mentira.

Papá me ve cuidadosamente. "¿Qué tienes?", me pregunta.

Pienso en Carlos y me entristezco. Todo me entristece, salvo el comportamiento de mi padre y Daniel. Apenas lo reconozco como mi papá. Se ha convertido en un monstruo. Eso me hace sentir débil. "Nada. Te pido disculpas. Estoy pensando en varios asuntos ahora", digo, y tomo algo más de ensalada. Siento que ya no tengo apetito. Los vegetales me resultan insípidos. Aún me cuesta creer que puedo meter comida en mi vientre. La sensación que tengo es una mezcla de dolor y molestia. Un mareo me aturde.

Lleva su tenedor a su boca. Un gran trozo de filete entra en ella. La grasa se acumula en su mejilla. "Asuntos de la oficina, supongo", dice después, y luego me muestra una sonrisa.

Su cara me produce asco. Usa una servilleta inmaculada para asearse.

Sonrío, aunque me resulta difícil, y encojo mis hombros. "Supones bien. Soy tu hija. No puedo dejar de pensar en trabajo ni siquiera cuando estoy comiendo contigo", digo, e inclino mi cara mientras sonrío nuevamente. Empieza a hablar sobre otro proyecto que adelanta y simulo que estoy muy interesada en la historia.

Ahora comprendo que solo busca obtener la información que tengo. Veo su cara mientras asiento cada vez que dice algo de interés. Entiendo por qué me invitó a comer. Usó la invitación como carnada.

Carlos llega a mi mente. Sería su fin si papá roba su diseño. Debo ayudarlo de algún modo para que eso no ocurra.

CAPITULO 21: DIANA

Ahora solo pienso en cómo ayudar a Carlos. Pero siento que me sofoco cada vez más. Mi vientre está inundado de dolor. A pesar de lo complicado que fue, pude soportar el almuerzo sin cruzar la línea que yo misma tracé.

Mi padre y Daniel son unos bastardos, y ya he tenido suficiente con sus acciones. Camino en círculos una y otra vez y siento que en cualquier momento abriré un hoyo con mis pasos. Debo hacer algo. Volverán a robar información si no los detengo. Tengo que evitarlo.

Puedo adelantarme. Entiendo lo que sucede. Pueden acabar con Carlos si se lo proponen. Han robado sus diseños ya. Saben cómo hacerlo. Ahora, sin embargo, ya sé lo que planean.

Debo encontrar alguna evidencia. Puedo entrar en la oficina de Carlos para decirle que Daniel está traicionándolo. Sin embargo, una acusación de ese calibre es muy seria. Estaría diciendo que su mejor amigo entrega información confidencial a la competencia. Debo asegurarme de que tengo razón antes de hablar con él. ¿Y si no es así? ¿Si solo despierto la sospecha en la mente de Carlos? Sé que jamás podrán perdonarme. También tendría que renunciar después de mentir de ese modo.

Sé que mi futuro en esta empresa depende de esto. Y hay otro problema: podrían saber quién es mi padre. Estoy quedándome sin alternativas. Debo moverme con cautela. Y determinación.

Comienzo a idear un plan. Apenas es un inicio, pero podría funcionar. Podría unir todos mis archivos en una sola carpeta. Siguen sueltos. No están en los expedientes de la red que todos usamos. "Todos" incluye a Daniel, Carlos y el jefe del Departamento de Seguridad. Pero él desconoce los problemas del primer dron. Daniel me contó al respecto.

Creo que debo asumir el riesgo. No tengo más opciones. Finalmente dejo de caminar. Debo dejar de creer en él. Todo lo que me ha dicho podría ser mentira. Vuelvo a caminar otra vez.

Daniel podría obtener los datos del segundo dron, pero le daría los cálculos equivocados. De ese modo, los datos que llegarían a manos de papá serían incorrectos. Llevé los índices correctos a la oficina de Carlos, así como los planos corregidos. Podría llegar allí, modificar los números o decir que hubo una suma incorrecta...

Daniel no debe saber nada de lo que he descubierto. Simularé que todo se mantiene igual, que continúo admirando su destreza y su capacidad para resolver problemas, tal como ocurría horas antes. Días antes. Semanas antes. Fingiré que quiero seguir siendo su amiga, que deseo trabajar a su lado y completar el proyecto que Carlos imaginó. Exacto. Es lo que debo hacer. ¿Pero podré? Tengo que recuperar mi calma. Si no lo hago, notará lo que sucede. Si estropeo el plan, decepcionaré terriblemente a Carlos. Eso no puede ocurrir.

Decido encender mi computadora. Altero ligeramente el cálculo final. Lo hago en un par de ocasiones. Hay uno que es evidente. El otro no lo es tanto. Registro los cambios y guardo mis archivos en una memoria que después guardo en un bolsillo de mi blusa. Me perco de que es absurdo que piense en Carlos. No sé cómo reaccionará cuando se entere. De inmediato, la duda sale de mi mente. Me detengo nuevamente, exhalo profundamente y me siento a pensar en cómo

debo proceder. *Debo actuar como papá*. Él siempre muestra una expresión de inocencia, como si nunca hubiera traicionado a nadie. Tengo que copiar su actitud. Fingir todo.

"Aquí voy", me digo en voz baja al tocar la puerta de Daniel. Está abierta. Seguramente está almorzando. El olor a mostaza llega a mi nariz, aunque estoy a unos metros de él. El aroma me irrita un poco. Toco el exterior de mis fosas nasales y frunzo mi ceño.

"Lo sé", dice después de reír. Luego me ve con indiferencia. "Pero me encanta la mostaza".

"El aroma es terrible", digo. "Afortunadamente trabajas solo aquí", continuó diciendo, y señalo su oficina mientras sonrío.

Sonríe también. "Me sentiría más afortunado si alguien trabajara conmigo", dice con seguridad.

Qué lindo... lástima que solo quieres hacerlo para robar los secretos de Carlos para ganar algo más de dinero. Asiento y lo veo fijamente.

"¿Cómo puedo ayudarte?", pregunto.

Su frase me deja frente al filo de la realidad. Debo hacerlo ahora o me arrepentiré el resto de mi vida, "Vine para que hagamos una última revisión de los apuntes de la prueba que hice temprano", le cuento. "Pero no quiero molestarte. Dejaré que sigas almorzando".

"Para nada. De todos modos, no hace falta. Tengo los expedientes. Carlos los envió hace unas horas".

"¿Te los envió?", le pregunto. Me inquieta su afirmación.

"Así es. ¿Sucedió algo?".

"Bueno, hubo un pequeño error en mi informe", confieso, haciendo una mueca. "Pero ya lo arreglé".

"¿Te equivocaste escribiendo? Debes tener más cuidado", dice con algo de seriedad. Luego sonrío.

Doy un paso hacia él. Después su sonrisa se agranda. Ahí está de nuevo esa expresión de alegría fingida.

"Sí, no lo he olvidado. Es que sentía tanta emoción".

Aleja su empujador bañado en mostaza y me invita a dar otros pasos con su mano. "Te entiendo. Lo que sucede nos emociona a todos, Diana. ¿Qué ocurrió exactamente?", me pregunta.

Siempre me mintió. Quería aprovecharse de mí. Seguro pensará de mí lo mismo que papá. Tal vez incluso tomaron una cerveza mientras reían por lo simple que resultó engañarme. Lo simple que fue aprovecharse de Carlos. Me queda claro que le gusta la mostaza, pero lo que más desea es que le diga todo lo que sé. Qué bastardo.

Busco mi memoria y se la doy.

El aroma a cebolla endulzada, la mostaza y picante impregna el ambiente, pero me fuerzo a contener el aliento para no percibirlo por más tiempo... ¿o es el aroma de Daniel el que me molesta?

Inserta la memoria en la computadora y busca los archivos más recientes que modifiqué.

"Ahí. Apunté seis-dos-tres donde debí escribir ocho-dos-cuatro en la casilla del tamaño del ventilador que cambié. Si lo dejamos de ese modo, todo se iría al infierno. Por un par de números erróneos, el dron no podría volar. Me arrepentiría por el resto de mi vida si no hago ese cambio".

"No pasa nada. Lo descubriste oportunamente. Te felicito. Carlos sabrá lo que pasó. Puedes estar tranquila. Sé que no te reclamaré por nada", dice. Encoge sus hombros.

Sí, pendejo. Es justo el efecto que no quiero causar. Podría molestarse si sabe que realmente hubo un error de escritura. Pero de acuerdo a los cálculos que hice, en el diseño más reciente son correctos, el ventilador funcionará óptimamente porque tiene una longitud ideal. El dron no se incendiará. En cambio, el dron de Castillo y Compañía no podrá estar en el aire por más de siete minutos. Quedarán en ridículo y perderán dinero. Es lo que más deseo.

De hecho, solo tengo ese deseo. No quiero que ocurra nada más.

"Una vez más, te lo agradezco. No quiero tener más peso sobre mis hombros. Con el que tengo es suficiente. Que nuestro jefe se moleste sería lo peor. Ya me desagrada bastante como para que me reclame otra vez", le digo. Sonríe con gratitud, o al menos eso espero que crea. Es la misma expresión que le habría mostrado de no haberme enterado de lo que realmente sucedía.

Exhala mientras cruza sus brazos sobre su pecho. "Como te mencioné antes, no me gustaría estar en medio de ambos. No me gusta estar en ese lugar. Además, recuerda que creo en ti".

Otros se han vendido por mucho dinero. ¿Cuál es el precio de Daniel?, me pregunto, y un pensamiento llega a mi mente: *oh, por supuesto que crees en mí.* Crees que seguiré siendo una idiota y te permitiré aprovecharte de mí y obtengas lo que sea que papá te haya ofrecido. No me importa lo que es, pero me gustaría preguntárselo. ¿Qué puede ser más importante que su amistad con Carlos? ¿Qué cosa podría recibir a cambio de actuar deslealmente con alguien que ha cultivado una profunda amistad por años?

"Sí, lo sé. Lo sé", respondo en voz baja. "Bueno, eres su amigo. Seguro han pasado por muchas cosas buenas y malas a lo largo de este tiempo. Yo tampoco podría ponerme en medio de ambos".

Su cara muestra seriedad. "No existe nada que se interponga entre nosotros, Diana", asegura.

"Entiendo. Bueno, nos vemos más tarde", respondo mientras salgo. Giro al llegar a la salida. Su sonrisa de satisfacción sigue allí.

¿Cómo es capaz de moverse sin ningún escrúpulo? ¿Su conciencia no le pesará en las noches? Sus mentiras son cada vez peores.

Creo que también le daré los datos erróneos a papá. Analizo esa posibilidad y vuelvo a mi oficina. Cuando entro, aseguro la puerta con llave y noto que mi cuerpo no para de temblar. Pongo mi espalda sobre la puerta y llevo mis manos a mi cabeza. La verdad es que yo también miento. Lo hice hace unos segundos.

Daniel ha sido su amigo por mucho tiempo, como me aseguró hace unos minutos. Ese recuerdo llega a mi mente, al igual que la fecha. Resta una semana para la feria de innovaciones. Dentro de siete días el dron de la compañía de papá se incendiará ante los ojos de millones de personas. Sé que debo esperar que pasen esos días para presenciar ese bochorno, pero ¿cómo lo lograré? Aunque no tengo idea, estoy segura de que será un momento estupendo. Será tan estupendo como cuando encuentre una evidencia incontestable que pueda entregarle a Carlos. Al no contar con

ella, solo serán mis argumentos contra los de Daniel. Sé que perdería.

Levanto mi cara y sonríó ligeramente al darme cuenta de que hay algo en lo que se diferencian: Daniel es un mentiroso, pero Carlos es hombre de principios.

CAPITULO 22: CARLOS

Me siento obligado. Hay un profundo dolor en mi pecho, pero estoy seguro de que no tengo alternativa que hacer lo que decidí.

Le demostraré a Diana Castillo que sigo su rastro, que no voy a dejar que siga engañándome. Cuando lo haga, estaría reconociendo que se burló de mí, pero también estaría demostrándole que no permitiré que continúe haciéndolo. Trato de mantenerlo en mente. Quizás esto me permitirá volver a sentir respeto por mí mismo.

Quisiera analizar lo que me sucede, pero ahora voy rumbo al laboratorio. *Ya te jodió, pedazo de tonto. Solo obsérvate. Diana entró en tu empresa y tu vida con suma facilidad. Incluso llegó a tu cuerpo. Incluso es posible que ahora sea... la dueña de tus sentimientos.* La última aseveración de esa voz en mi mente me genera muchas dudas. Me estremezco. ¿De verdad es la propietaria de mis emociones? ¿Está ya en mi corazón? No tengo idea.

Un par de agentes de seguridad van detrás de mí. Irán con la señorita Castillo al estacionamiento.

Diana clavó sus dedos en lo más profundo de mi piel. Y detesto con toda mi alma que lo haya hecho. Me resultó muy sencillo sacar a Maura de mi vida. Con ella, en cambio, la historia es muy diferente.

Debo hacer lo que me propuse, de todos modos. Ser líder implica decidir y ejecutar acciones complicadas. Afortunadamente para ella, soy un hombre que valora el principio de la discreción. Si no fuese así, le habría pedido ir a mi oficina y luego la habría sacado entre gritos, de manera que todos mis empleados comenzaran a decir cosas sobre nosotros.

Con mi llave maestra, paso decididamente a su espacio de trabajo. Al abrir la puerta del laboratorio, me obligo a tomar aire. Tengo claro que ella ya llegó. Su firma reciente está en el registro de entrada. Además, nadie ha abierto la puerta una vez que ella llegó.

Y recuerdo su engaño.

Cuando observo su rostro detenidamente, siento ganas de vomitar. Ella creyó que podría sostener esa farsa por mucho tiempo, pero la verdad es que no lo logrará. Me di cuenta de todo, y ahora no podrá burlarse más de mí. Descubro su presencia, y mis hombros se comprimen. Su expresión me indica que estaba analizando algo antes de que yo llegara.

"¿Qué ocurre?", me pregunta, murmurando. Me ve fijamente y luego levanta su cara para descubrir quién me acompaña. Frunce su ceño y su mirada se nubla.

Me parece que no sabe nada, pero es mentira. Subió al auto de mi único enemigo. Yo fui testigo de ello. "Sabes perfectamente lo que ocurre", digo. Como los agentes me acompañan, ella y yo deberemos hablar de modo estrictamente profesional. Eso me hace sentir afortunado. Cuando me detengo unos segundos en sus ojos, siento muchas dudas.

Se pone de pie. "La verdad es que no", dice.

"Claro que sí. Ahora debes irte. No quiero que pases ni un minuto más aquí. A partir de este momento no trabajarás más en Innovaciones Martínez", le digo. Recuerdo que hace solo unas

horas le hice el amor. La sensación fue espectacular. Sé que ella también disfrutó todo...

Su expresión es una montaña rusa de sensaciones. Sonríe, está aturdida. No sabe qué decir. "¿Cómo... dijiste? ¿Estás echándome? ¿Por qué?", me pregunta, y siento que quiere plantear otra interrogante, pero no lo hace. ¿Cree que la despido porque no quiso almorzar conmigo? ¿De verdad me considera un ser extremadamente egoísta?

Muevo mi cara para no ver su rostro. "Será mejor que salgas. Ahora", le digo, y me siento cada vez más ansioso. Hago un esfuerzo por controlarme. ¡Solo entró a mi empresa para utilizarme! ¡Estuvo engañándome todo este tiempo! ¡Lo hizo varias veces, sin piedad! Todo lo que dijo fue parte de su actuación. Fue tan descarada que se valió del cariño de Antonella para ganarse mi confianza. Esa osadía es imperdonable.

"Te pido una vez más que te vayas", le suelto.

Introducirla en mi empresa fue una jugada astuta de Castillo, pero pagará el precio por haberlo hecho. Ahora. Toma sus cosas con sus manos temblorosas. Sin duda, mi decisión está aturdiéndola. Imagino que no se lo esperaba, pero me pregunto si realmente creyó que no me daría cuenta de sus mentiras. Ahora puede darse cuenta de que descubrí todo.

Comienza a caminar y siento que está rogándome por una explicación. Pero no la pide con su voz, sino con su mirada. ¿En serio cree que se la daré? ¿De verdad considera que merece que le diga algo más? "Carlos, solo dime qué ocurre", me pide luego con su voz quebrada.

Su reacción me causa mucha gracia.

Pero a pesar de todo, no quiero lastimar más sus sentimientos. "Solo diré que debes irte, como ya te lo ordené", respondo. Les hago un gesto a los agentes. Esperan que salga y se ubican detrás de ella. Todos abandonamos el laboratorio para llegar al pasillo. No hay nadie. Los empleados están en sus oficinas o terminando sus almuerzos. Eso me parece estupendo. Lo que menos deseo es que el drama aumente.

"Me gustaría tener...".

Creo que no te das cuenta de las consecuencias de tus actos", le digo. "Lo que te gustaría tener ya no importa. Perdiste tus derechos. Ya no puedes elegir".

"¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no me has dicho? Te lo ruego, dímelo", responde. "¿Cuáles son esas consecuencias? ¿De cuáles actos?", pregunta, y gira para ver mi rostro. Sus ojos se mueven sobre mi cara. Quieren descubrir lo que siento.

Vuelco mis ojos finalmente hacia ella y descubro la angustia de su cara y la tristeza que brota en forma de llanto por sus mejillas. Su interpretación es excelente. Merece un premio. Pareciera que de verdad todo lo que está pasando le afecta.

Lo más seguro es que sea la novia de Castillo. Por eso tomó su mano para ayudarla a abordar la limusina en la calle. Definitivamente, la chica sabe fingir. Es tan buena que me mintió desde que llegó a mi empresa.

Mi pecho se comprime de dolor.

"Déjenme a solas con ella", les ordeno a los agentes.

Se ven con confusión, pero luego dejan de caminar. Entramos al ascensor Solo ella y yo.

Cuando pulso el botón y la puerta cierra, gira para enfrentarme. "Me despides por algo que crees que sucedió, pero cometes un grave error. ¡Castillo obtuvo tu diseño por otra persona, no por mí!".

Solo veo frente a mí. Decidí que no volvería a verla. "¿Entonces ya te diste cuenta de que te despidió por la filtración de datos?", le pregunto con molestia.

"No filtré el diseño, Carlos. Daniel lo hizo. ¡Te lo juro! Fue él. Lo supe hace una hora. Te suplico que me oigas. Te lo ruego. ¡Debes creerme o todo podría salir mal!".

"¿Hablas del momento en que estabas comiendo con Castillo?", le pregunto.

"¿Cómo sabes que comí con él?", pregunta. Luego contiene el aliento.

"Solo diré que saberlo me permitió descubrir quién eras".

"Carlos, creo que te equivocas. No está pasando nada de lo que crees. En realidad, él es...".

"No tienes que darme esa asquerosa información", le digo, impidiendo que siga hablando. "¿Crees que me interesa saber qué relación tienen? ¿Qué me importa? Me da igual. Lo importante aquí es que llegaste a mi empresa con el objetivo de tomar los planos y entregárselos a ese bastardo. ¿Ahora crees que puedes volver a engañarme, acusando a una persona en la que confío plenamente? ¡Cielos, se trata de mi mejor amigo! ¿Por qué lo haces? Oh, supongo que Castillo te dijo que pronto podría descubrir todo. Que en unos días te verías obligada a responsabilizar a otra persona que no tiene nada que ver".

"Solo quiero que me oigas. Nada de lo que estás diciendo es cierto".

"Siento vergüenza por ti. Parece que nada te detendrá para que logres lo que deseas. O, mejor dicho, lo que desea Castillo. Supongo que te pidió que me mintieras una vez más si yo descubriría todo", digo. "¿Para qué quieres que te oiga? ¿Para qué vuelvas a mentirme y mentirme?", le grito. El tono me parece muy alto. Al menos me sirve para expresar mi frustración y execrar mi ira. Y que así, Diana sienta también una punzada de dolor.

Su triste cara me produce dolor. Mucho dolor. La mueve de lado, y siento que no puede soportar las acusaciones. "Estás acusándome con puras mentiras. Me asombra que actúes de ese modo", dice, y exhala.

"¿De ese modo? ¿Cómo esperas que trate a una zorra de tu calibre? Eres asquerosa. Deberías darme las gracias por no llamar a la Policía", digo, pero esa tristeza en su rostro causa profundas dudas en mi mente. Muevo mi rostro a los lados para recordarme lo que sucedió, y río con fuerza. Es tan fingida que parece el eco de un animal.

Baja su cara y algunas lágrimas caen al suelo.

Ahora siento un impetuoso deseo de abrazarla. Mis ganas de tenerla cerca de mí me causan una profunda pena. Pero decido abrir mi boca otra vez. "Supongo que te acostaste con Castillo. Tal vez así pudiste obtener experiencia. Ahora entiendo por qué eres tan buena en la cama".

Ahora ya no sé ni quién soy. Me excedí. Sabía que no debía decirlo, pero lo hice. Ahora siento mucha vergüenza. Sube su cara y me muestra sus ojos inundados de dolor y lágrimas. Una espada se clava en mi pecho. Creí que podía tratar mejor a las personas, especialmente a Diana, pero me equivoqué.

Entiendo que le molestó lo que dije. Ella seca sus lágrimas y sube su cara con seguridad. "Tal vez

soy una zorra, pero al menos tengo mi conciencia tranquila. Tú, en cambio, eres tan terco que no ves la realidad, aunque la tienes frente a ti", dice, con su voz quebrada. Dos lágrimas escapan de sus ojos, pero las deja sobre sus párpados.

No sé por qué siento tristeza por lastimar su corazón. ¡Es una traidora! ¡No se merece que la trate bien! Solo lo merecería que lo hiciera si no me hubiera engañado. Pero esa frase debió quedarse en mi garganta. Quisiera borrarla de nuestra conversación, y ya no puedo hacerlo. Me siento molesto repentinamente.

Y sin embargo... en el fondo siento tristeza.

Quiero tocar su hombro, pedirle perdón por mi insensata forma de actuar y mi soberbia. Llegamos al primer piso y entiendo lo que ocurrirá ahora. No volveremos a vernos. Tampoco podré pedir disculpas por mis recientes palabras soeces. Mis manos se mueven sin que yo les ordene que lo hagan.

Gira para ver mi mano y comienza a sonreír. La aleja con su brazo, sale de prisa del ascensor y llega al estacionamiento.

No puedo pedir a otros agentes que la detengan, así que no hay más remedio que ver cómo se retira de mi vida para siempre. Quiero ordenarles que lo hagan, pero me abstengo de hacerlo. Sé que se irá y dejará mi corazón roto, y, aun así, no puedo hacer nada.

El ascensor se cierra y suspiro. Solo quedo yo.

CAPITULO 23: CARLOS

"¿Papá?", pregunta Antonella.

"Te oigo, princesa", le digo. Decido cerrar mis ojos por unos segundos. Me siento cada vez más alterado. Me cuesta controlar mi ansiedad. Con cada interrupción mis nervios se agitan, aunque entiendo que Antonella no tiene la culpa. Debo soportar la situación sin contarle nada de lo que sucedió. Entonces tomo aire.

"¿Por qué no pude pasar esta noche con Mirtha?", me pregunta.

"Bueno, ya ella había planificado algo", respondo. Repaso cada uno de los apuntes que tengo frente a mí. El intento de encontrar algo es infructuoso, como todos los que he hecho. Sé que debe haber algún detalle, pero no logro encontrarlo. "No olvides que me había informado sobre ese asunto cuando aceptó cuidarte. Dijo que debía ir a una cena hoy y por eso no podría estar contigo, pero que podrá hacerlo una vez que se desocupe".

"¿Mañana estará disponible?", me pregunta.

"Así es".

"¿Y mañana vas a mostrar tu aparato?"

El recuerdo de ese evento hace que mi corazón se adormezca. Antonella podría quedar huérfana de padre si no controlo la tensión en mi cuerpo. Por esta razón, trato de mantener mi calma. Sufiré un colapso nervioso si la situación me supera. ¿Qué pasaría con ella en ese caso? "Exactamente", digo cuando reacciono.

Mueve sus pies hacia arriba y hacia abajo. El movimiento es constante. Ve la ciudad a través de una ventana. Se siente tranquila mientras lo hace.

Mi cara de desdén no se compara con su expresión de satisfacción. Su calma contrasta con la ansiedad que sentía yo en momentos como este. Cuando tenía cinco años, lo que menos hacía era sentarme y ver por la ventana. "Es una lástima que tengas que acompañarme de nuevo mientras trabajo", le aseguro.

Veó cómo surge su sonrisa. "Todo está bien, papi", dice.

"Serán solo unas horas. Ya el día de mañana Mirtha te acompañará. Y después...", después no tengo idea de lo que ocurrirá. En caso de que deba declarar a mi empresa en bancarrota, podré cuidarla por mi cuenta. Estaré disponible mucho tiempo. Sé que será una buena noticia, al menos para Antonella. Lo disfrutará bastante. Lo que pase más adelante es una gran incógnita. "Podremos compartir tú y yo".

"Y luego regresaré a la escuela, aprenderé más cosas y tendré más amigos", me cuenta con entusiasmo.

Sigo teniendo en un rincón de mis pensamientos más profundos la idea de que no pude saber realmente quién era Diana. Esa certeza me causa mucho temor. Mis opiniones sobre ella están contaminadas. Ella podría haber estropeado a propósito el prototipo. Sé que cualquier persona en su situación lo habría hecho para joderme. "Exacto, mi amor", le digo, y dejo de pensar. Bajo mi

cara y me concentro de nuevo en los apuntes de Diana. Hay mucho en juego. Lo sé. Mi empresa depende de esos apuntes. Yo también. Antonella.

"¿Diana está en el laboratorio?", me pregunta.

"Lamentablemente no, mi amor", le digo. La desolación y el vacío congelan mi pecho. Tomo aire. Obviamente Antonella no comprende el dolor que me causa con sus tiernas y puras palabras curiosas.

"¿Por qué estás tan seguro?"

"Simplemente lo estoy".

"¿Qué te parece si vamos a buscarla?", pregunta con insistencia.

"Antonella, ¿podrías callarte?", le pregunto. Levanto mi cara y la veo con firmeza.

Su mirada se nubla con una mezcla de miedo y asombro. Su reacción acaba con la molestia que siento. "Disculpa, cariño. No quiero ser grosero. Es solo que tengo muchas cosas pendientes. Te digo la verdad. Diana no está en el laboratorio", y no lo estará más. Y aunque no lo esté, sigue en mis pensamientos. Y en los latidos de mi corazón. Y en los deseos de mi alma. No se ha ido de allí, porque sigue siendo la dueña de mi presente.

"Discúlpame a mí, papí. Me hubiera gustado bajar para saludar a Diana", dice. Lleva su mano a su pecho.

Recuerdo que ella solo compartió momentos con Antonella para obtener mi confianza, para robar mi diseño. Esa certeza incrementa mi ira otra vez "Sé que ella quisiera verte también", contesto, con seguridad, aunque por dentro me siento muy molesto. No debí presentarle a Diana. Solo debí hacerlo una vez que supiera que valía o no la pena.

Pero sé que disfrutaban al estar juntas. Parecía que ninguna de las dos fingía. Que estaban felices por lo que ocurría. Que Diana no quería aprovecharse de mí en ese momento. Las imágenes de su posterior trato, tan amable, con Antonella, llegan a mi mente. Aseó a mi hija después de que estuvimos en el parque de atracciones. También la tomó de la mano a lo largo del recorrido. Ambas subieron a algunas atracciones y fotografiaron a algunos músicos.

Eso me hace entender que... al menos, evitó aprovecharse de Antonella para ganarse mi confianza. Y me indica solo una cosa. Es amigable con los niños. Nada más. Mi hija es un ser humano inocente y risueño. Es puro. Todos los que tengan corazón en su pecho se sentirían cautivados por mi princesa. Lo sé. Es mi pequeña.

Pero esos recuerdos no son suficientes para que olvide la fechoría de Diana. Por su acción perdimos años de esfuerzo y toneladas de dinero. Filtró el diseño que ideé para entregarlo a Castillo. Además, es una chica supremamente desleal. Aseguró que no tenía la culpa. Que el responsable era Daniel. Sé que es incapaz de traicionarme de ese modo. Tal vez ella solo dijo eso para crear discordia y dejarlo mal parado ante mí. Todo seguramente fue idea de Castillo. Creyó que así me convencería.

Le conté a Daniel lo que había sucedido y estalló de inmediato. Golpeó con tanta fuerza su escritorio que creí que lo destruiría. "¡Qué hija de puta!", soltó con fuerza. Las venas de su cuerpo estaban tensas. "Pero ¿quién se ha creído? ¿Cómo pudo decir todo eso? Y Castillo... Lo mataría si

tuviera una pistola en mi mano ahora".

Recuerdo que generalmente me pide calmarme, que desde que llegó a la empresa me ha ayudado a moderarme, y que incluso en ocasiones me ha dicho que actuó estúpidamente cuando realmente lo hago. Su reacción me hizo olvidar por unos momentos mi propio malestar. Daniel dijo un millón de cosas desagradables a continuación. Todas tenían que ver con Diana. No paró por casi una hora. Incluso aseguró que no era tan hábil como él había creído inicialmente. Sus palabras no me gustaron cuando las dijo, y aún no me gustan. Sin embargo, guardé silencio. Sé que en ocasiones la ira me desborda, que mi boca suele soltar palabras que no debería decir. No obstante, lo que dijo Daniel... Suele lucir sumamente calmado. Un impacto de este nivel podría causarle un infarto.

Ahora siento que Diana no recibió una oportunidad que merecía. No entiendo qué sucede conmigo. Parece que estoy arrepentido.

Entiendo que quien está verdaderamente jodido soy yo. Seguramente está airado ya que era su jefe, creyó haber visto talento en ella, insistió en su contratación y me pidió una y otra vez que la mantuviera en la compañía aun cuando no aportaba resultados exitosos. Siempre se ha referido a ella de modo elogioso. No entiendo cómo cambió tan repentinamente de parecer sobre Diana. Seguramente es por todo lo que le dije.

Pero...

Peino mi cabello con mis manos mientras mi mente se sacude por la confusión. Luego niego con mi cara.

Daniel y yo somos amigos hace años. ¿Y si ella dijo la verdad? Pero no es posible.

¿Por qué querría que tuviéramos un descalabro? Se ha esforzado tanto como yo para que todo funcione. E mi amigo desde la secundaria. Sé que no filtraría información de la empresa. ¿Qué lo llevaría a actuar así? Realmente no hay motivos. Hemos tenido una excelente amistad desde que comenzamos a estudiar. Y no ha habido rencillas no discusiones jamás. Sé que no quiere tomar mi puesto tampoco. Además, lo considero un socio más, y le pago muy bien. En los inicios de la empresa, cuando nuestras cuentas estaban al límite, decidí bajar mi sueldo para que él recibiera el mismo salario. Tiene un porcentaje decente, de doce por ciento, del capital accionario en la empresa. Eso equivale a millones de pesos si el dron se comercializa exitosamente.

Sin embargo...

Diana es una chica talentosa, al contrario de lo que él dice. Sin embargo, con prisa él la catalogó muy mal. Por eso, una pregunta atenaza mi mente. Pudo haber apoyado a Diana, pero no lo hizo. ¿Por qué? Ni siquiera dijo una frase en su defensa. Es extraño, pues no tengo evidencia de que haya trabajado sola en la filtración. En lugar de hacer lo que usualmente hace, no lo hizo: no dijo que le diera una segunda oportunidad o que pensara las cosas durante unos días. Todo lo contrario. Renegó de su labor en la compañía. Incluso evitó hablar del avance de Diana en el proyecto del dron. Un avance que realizó ella sola. Lo sé por sus apuntes. Realmente es inteligente.

No entiendo la razón de la actitud de Daniel.

¿Es justo que dude de Daniel? ¿Está bien que dude de su fidelidad y sus años de amistad? Cierro mis ojos y suspiro. Qué mierda. Es la madre de las mierdas. Las palabras de Diana siguen confundiéndome.

"Papi".

"Dime", digo. Subo mi cara para ver a mi hija.

Está ansiosa. "Quiero saber si te sientes bien", me dice.

"Estoy muy bien, hija, aunque me siento agotado. Muy agotado", le digo.

"Quiero que me lleves a casa. Yo también estoy cansada".

Ya entiende que está bien sentirse cansado y querer ir a la cama, y que no voy a molestarme por eso. Me alegra que tenga la confianza que necesita para reconocer que se siente agotada. De esa forma no irá a la esquina a tratar de dormir sin decirme nada.

"De acuerdo, pequeña. En un momento saldremos de aquí. Solo revisaré la bandeja de mi correo y luego podremos ir a casa", le digo. Abro mis manos y mi espalda comienza a pesarme.

Me fijo otra vez en la pantalla de mi ordenador. Antonella asiente y luego bosteza.

Hay un correo que me llama la atención. Me impresiono al ver quién lo envió. Aprieto mis puños mientras bajo el volumen de mi asombro. Sí, es muy atrevida. Debo reconocerlo. Es extraño que me escriba justo hoy, pocas horas después de lo que sucedió, aunque eso no basta para calmar el deseo que tengo de leer lo que quiere contarme. Voy al correo que me envió Diana y lo abro.

Hola. Entiendo que seguramente no deseas hablar conmigo, especialmente en una noche como esta. Supongo que ultimas los detalles de la presentación de mañana. Creí, de hecho, que lo haríamos juntos. Participé en el desarrollo de esta criatura también, y lo sabes.

Me he concedido unas horas para reflexionar sobre todo esto. Y ahora sé que no pasa nada malo. Comprendo lo que hiciste y por qué.

No debí ocultarte que soy hija de Augusto Castillo. Admito que no fui sincera contigo nunca.

Subo mis manos repentinamente. "¿Cómo?", me pregunto, repasando la última frase.

"¿Qué dijiste?", me pregunta Antonella.

"No dije nada, bebé".

Sé que comprendes los motivos de lo que hice. De hecho, sé que lo comprendes mejor que nadie. No he tenido una relación estrecha con papá en ningún momento de mi vida. Eso implica que jamás ha prestado atención a mi carrera. Creí que eso no era importante para mí, por lo que no dije nada sobre él ni el resto de mi familia. De todos modos, estoy segura de que no me habrías permitido ni siquiera entrar a tu empresa de haber sabido que era mi padre. Es lo más probable. Por esa razón, decidí usar el apellido que mi madre usaba antes de casarse con papá. Lo hago desde los quince, con el fin de progresar en mi vida sin tener a cuestas la sombra y el apellido de mi padre. También lo hice porque no quiero tener privilegios por ello.

Ahora lo entiendo. Para Diana debe haber sido horrible, pues tuvo y tiene un padre que nunca ha actuado como tal, a pesar del paso de los años. Puede ser que su historia sea cierta. Por ello se habría sentido identificada con la niñez solitaria que vivió Antonella en casa de Maura.

Papá me invitó a comer, e inmediatamente creí que tenía algo en mente. Nunca salimos a almorzar o a compartir como una familia amorosa. Empezó hacer preguntas respecto al dron, los avances, lo que faltaba para terminar el dispositivo y presentarlo en el evento. Entendí lo

que sucedía. Había escuchado en los pasillos que aparentemente había recibido los diseños del dron anterior porque un "topo" se los había entregado. Decidí archivar los nuevos hasta ese almuerzo. Le pregunté lo que había sucedido, y su respuesta fue que habías sido tú quien había robado su diseño.

"Qué hijo de...", digo en voz baja, y giro para ver a Antonella.

"No debes decir esas palabras, papi", dice. Sube su índice mientras niega con su cara.

"Así es. Disculpa", digo en voz baja y retomo la lectura.

Esquivó mis preguntas y continuó preguntando si yo había podido resolver ese asunto. Supe que me mentía. No hay forma de que las dos empresas hayan pasado por idénticos inconvenientes en cuanto a las baterías. Había tantas coincidencias que era imposible. De haber tenido un equipo de ingenieros abocados a un proyecto como ese, hubieran podido solucionar ese problema mucho antes. Me di cuenta de que no había nadie en su compañía desarrollando un dron como es.

Me percaté de que un par de personas eran las únicas que realmente podían haber entregado los diseños a papá. Te descarté de inmediato. Entendí que estarías acabando con tu propia empresa. Supe que lo había hecho Daniel. Solo él conoce el aparato a fondo como yo. Además, puede entrar en cada uno de mis archivos en la computadora.

Daniel lastimó duramente mi autoestima, aunque el dolor que siento en mi alma es más fuerte, pero voy a estar bien. ¿No crees lo que te digo? De acuerdo. Comprendo perfectamente. También tuve dudas cuando lo supe. Si lo analizamos bien, ha sido mi jefe desde que entré en la empresa. Hizo lo posible para convencerte de contratarme. Entiendo cuál era su intención.

Pero hice algo con lo que me darás la razón. Además, significará el final de este infierno que estamos viviendo. Ojalá dé los resultados que espero, por mi propio bien.

Daniel recibió cálculos erróneos de los ajustes que realizamos en el dron. Se los di. Se trata de una modificación en la ventilación. Como es el espía, ya le entregó esos datos a papá. Eso significa que el dron que harán no volará más de siete minutos.

Solo quiere que el diseño de papá vuele correctamente y el de Innovaciones Martínez caiga rápidamente al piso. Puedo garantizarte que los números correctos siguen en mis apuntes originales, al igual que los diseños. Daniel no va a alterar los números que le di, pues si lo hace estaría modificando todo.

Daniel tendrá los cálculos incorrectos y quiere que mi proyecto fracase. Debo analizar lo que me dice. Tal vez planee otra cosa, pero sé que el planteamiento de Diana podría ser correcto.

Tenía a un farsante a mi lado, y no me di cuenta. Peor aún podremos hundir a Castillo y Compañía. Y que Diana nunca me engañó. Mi cuerpo se llena de energía. Deseo que haya dicho la verdad. Lo quiero como mi propia vida, aunque eso implica que Daniel me traicionó.

Espero que mañana todo salga bien. Lamento el fin de esta historia, Carlos.

Diana.

Ahora requiero una evidencia. Así que la buscaré. Decido hacerlo cuando llego al final de su correo. Toco mi cara mientras reclino mi cuerpo. Hay un pequeño trazo de esperanza en mi mente.

Puede que haya dicho la verdad. Por eso me escribió. Eso significa que podríamos tener éxito. Y para ello, este momento tiene una importancia vital.

Veo a Antonella y suspiro. "Hija, deberás disculparme. Parece que tendré que trabajar por unas horas más, ¿pero sabes qué? Vamos a buscar tu tienda de campaña y la instalaremos aquí. Cuando termine de trabajar, me acostaré a tu lado y leeré la historia para que duermas".

"¿Mi tienda de campaña de las princesas?", me pregunta.

"Exacto", digo, y sonrío ampliamente.

"¡Estupendo, papi!", grita.

CAPITULO 24: CARLOS

En cualquier momento llegará la niñera de Antonella y podré regresar a mi escritorio. La adrenalina en mi cuerpo y los innumerables vasos de café me mantienen despierto. De no haber consumido cafeína, ya estaría dormido hace horas. Son las siete y treinta y mi hija está acostada.

Entiendo que pasar una noche sin dormir antes del evento es la peor decisión que pude tomar, pero si logro lo que me propuse, podré prepararme rápidamente y sabré la verdad.

Debo solucionarlo.

No hay otra opción. Todo debe salir bien

Pero mi vientre sigue lleno de sogas. Miles de ellas.

Es muy emocionante ser testigo del lanzamiento de un producto innovador. Veo la alegría en las personas que llegan a la sala. Hay periodistas, inversionistas, aficionados a la industria tecnológica, gerentes de empresas de ingeniería de diversas partes del mundo. Muchos viajan exclusivamente para presenciar este evento.

Oigo más voces mientras el tiempo pasa. El escenario gira mientras las butacas alrededor comienzan a llenarse.

Las entradas a los archivos y los videos de acceso y salida de las salas fueron alteradas limpiamente. Sé que Jorge no se habría percatado. Incluso yo tampoco podría haberme percatado, pero es mi empresa. Conozco cada detalle. Por eso sé que algunas luces se encienden y se apagan a una hora exacta, cosa que no sucedía en los archivos que vi. ¿Entonces Diana me contó la verdad? Aún no lo sé. Solo podré tener esa certeza cuando los ingenieros de Castillo caigan al foso. Mantengo esa ilusión en mi mente, sobre todo tras esos hallazgos que hice anoche.

Esos registros fueron alterados antes de que Diana llegara a la empresa.

Pienso que Daniel estuvo en la junta que hicimos con urgencia al descubrir el robo de nuestro diseño por parte de Castillo. Tenía la misma expresión de molestia y asombro que mostró el resto de los jefes. Y una duda en mi mente sigue sin respuesta. ¿Qué motivos tendría? Es la incertidumbre que sigue generando esas sogas en mi vientre. La sensación en mi estómago se mantiene mientras veo desde el fondo del escenario a las filas de personas que comienzan a sentarse para ver el evento. ¿Qué lo convencería de traicionarme así? ¿Lo maltraté y no lo recuerdo?

Quiso perjudicar a la empresa. Afectarme a mí.

Insistió en que contratara a Diana. Quería exponerla como culpable. Era la coartada ideal. Ella sería señalada del robo. ¿Pero por qué lo hizo? Era mi amigo. El mejor de todos. Y, sin embargo, debe ser él. Era el único con acceso a información completa del dron. Y podía entregarles esos datos a otras personas.

Y eso me hace recordar algo.

Desplazo ligeramente el telón para ver si hay rastro de Castillo. Sé que en cualquier momento llegará. Quiere ver la presentación del aparato de su empresa. Desea ver en directo cómo su

compañía vence a la mía. Y cómo caigo al infierno ante los ojos del mundo.

Tal vez eso no ocurra. Y sé que estará muy sorprendido.

Noto que Daniel llega a mi lado y sonríe felizmente.

No está feliz por mí o por la empresa. Su amistad es falsa. Todo en él lo es. Veo sus ojos y no digo nada. ¿Cómo es posible que haya creído en él? Luce aparentemente feliz y satisfecho. *Casi* creo que de verdad es leal a mi empresa. Que realmente es mi amigo. Esa expresión de felicidad ha aparecido en muchas ocasiones. Antes de un evento, una celebración, el bautizo de mi hija, de quien es padrino. Ahora que Diana me contó todo, pude descubrir quién es realmente Daniel.

"¿Estás listo?", me pregunta, con un tono fingidamente emocionado.

Giro para no verlo. Su cara me produce asco. Sé que quizás le emociona pensar que mi empresa se derrumbará sin que yo pueda hacer nada. Es lo más probable. Me pregunto cuál es el origen del odio que siente por mí. Tal vez no se trata de algo personal. Quizás es el dinero de Castillo el que lo impulsa a actuar en mi contra. Seguro recibe grandes cantidades. O tal vez le prometió que le daría más acciones en la empresa, o que podría quedarse con la mía cuando ya solo quedé una parte de ella. No lo sé. Solo sé que quiero que me cuente de los videos de seguridad. Que me diga por qué se vendió al mejor postor en lugar de ser leal a mí. Sin embargo, decido responder su pregunta.

"Más listo que en toda mi vida", respondo en voz baja.

"¿Te sientes nervioso?", me pregunta.

Espero que crea que estoy ansioso por el evento y me deje en paz. "Un poco", le digo entonces, pero sigo viendo al público. Si me ve, seguramente descubrirá lo que sucede.

Toca mi hombro. "Cálmate. El dron que diseñaste va a arruinarlo", asegura.

Quiero voltear finalmente y darle un puñetazo en la nariz. Sin embargo, me controlo. En unos minutos se irá a la basura con Castillo. Ahora solo me importa la empresa que presido. Noto que alguien se mueve al fondo.

Ya llegó. Ese bastardo avanza y ocupa su espacio cerca del escenario. Estupendo, Augusto. Estupendo. Mientras más cerca estés, será más sencillo ver tu caída.

Qué lástima que Diana no está. Rayos. No sé por qué la culpé con tanta prisa. Me dejé llevar por las ideas en mi mente y mi enfado. Aun cuando le dije que era una zorra, unas palabras que siento como una losa que aún pesa sobre mis hombros y por las que no me perdono, decidió escribirme y decirme lo que había hecho Daniel. No era su obligación. Pudo haberse guardado todo y esperar mi caída. Pudo haberse deleitado con mi fracaso.

Daniel está a unos centímetros de mi hombro. "Nuestro dron se presentará primero y luego vendrá Castillo", me cuenta.

Eso me hace darme cuenta de que Castillo quedará como lo que es: un vulgar ladrón de tecnología. Sonríe y quiero irme, pero me mantengo donde estoy. Volteo y lo veo. Le sonrío, pero solo por lo que sé. Lo que sucederá lo dejará en shock. "Esa es una buena noticia. Voy a dirigir nuestra presentación y no quiero estar aquí cuando empiecen la exhibición de su producto", digo. Además, que empecemos nos da una ventaja.

Está muy confundido. "Un momento. ¿Puedes repetir lo que dijiste?", me pregunta con genuina curiosidad. Luce impresionado.

"Ya lo oíste. Voy a dirigir la exhibición, Daniel".

"Pensé que yo lo haría. Me preparé para ello por meses", me recuerda. Su cara se llena de molestia.

Espero que muestre su desacuerdo de forma más clara. Sé que será temprano para noquearlo, pero está irritándome. "Entiendo, pero conozco mi diseño como nadie. Recuerda que lo considero mi criatura. Es una idea que generó mi cerebro. Voy a dirigir nuestra demostración", digo, y lo veo de reojo.

"De acuerdo. Hazlo. Espero que todo salga bien", dice. Sé que se da cuenta de lo que ocurre. Ha sido mi "amigo" y conoce mi temperamento. Se limita a asentir cuando entiende que no debe discutir conmigo.

Siento un terrible dolor al recordar que una persona en la que confiabas ciegamente desde el principio siempre ha sido un bastardo. Un traidor que te vendió a tu enemigo. Es una lástima que no quiera discutir, aunque me gustaría que lo hiciera.

Una corazonada me hace pensar que un aparato en especial va a sorprender bastante a la audiencia. El presentador principal llega al escenario. Los invitados comienzan a aplaudir. Quieren ver adelantos, productos como el nuestro, que los impresione.

"La primera empresa que se presentará hoy es Innovaciones Suárez. Vienen a mostrar su diseño más reciente para un dron con autonomía para vuelos largos", cuenta, y los presentes vuelven a aplaudir.

Siento que alguien tensó las sogas en mi vientre. Las tensó bastante...

Es el evento final. El evento para el que me he preparado. La culminación de nuestros sueños. El momento en el que se inicia el futuro de la empresa que creé y el de todos mis empleados. Sonríe y tomo el dron para llegar al centro del escenario. Soy el único que lo ha manipulado desde anoche. No quiero tomar riesgos en este punto.

Nada como esos recuerdos para sentir más tensión en mis hombros.

Dejo el aparato sobre una mesa y recuerdo a Diana. No está en la sala, aunque debería acompañarme en la presentación. En caso de que tengamos éxito, será por el esfuerzo que hizo. Fue ella quien lo logró. Es la verdadera mente detrás de este logro. Estaré en deuda con ella por el resto de mi vida.

Paso con mis ojos por la sala. Veo las caras. Hay mucha expectativa e impaciencia en los asistentes. Uno en especial está más ansioso que el resto, aunque no se trata de Castillo.

Se trata de su hija.

Veo su cara, y su expresión de desafío regresa a su semblante. Como si quisiera retarme para que le diga que siempre tuvo razón, o que me ayudó en el desarrollo del dron. La veo en la parte superior. Está levantada y apoya su hombro en una pared. Está al otro extremo de la sala. Tiene sus brazos sobre su pecho y su mirada está llena de dolor.

Siento un gran deseo de decirle que dijo la verdad, pero quiero ver primero la presentación de

Castillo y Compañía. Sin embargo, ya me convencí de algo: no estaba tratando de lastimarme. Tampoco estaba trabajando en mi empresa para aprovecharse de mí.

Ahora debo esperar para saber si el resto de su versión es cierta. Levanto un poco mis manos y sonrió ampliamente. "Es un gusto verlos. Espero que estén bien" digo.

CAPITULO 25: CARLOS

"En resumen, el Águila ZTY2 puede volar mientras tiene un paquete de seis kilos sobre él, y ninguna pieza del equipo resulta afectada", digo. "Además, este nuevo y seguro diseño le permitirá recorrer distancias quince veces más lejanas. Ningún dron actual, ni siquiera el más costoso, puede hacer eso", les informo. Luego subo el dispositivo con el mando a distancia.

Veo los asistentes de la primera fila. Me concentro en Augusto y luego fijo mi atención en la mujer a su izquierda. "¿Podría ayudarme con mi presentación?"

Ella me muestra una gran sonrisa y asiente. Se levanta y alisa su larga falda. La ayudo a subir con mi mano. En la otra aún tengo el mando del aparato. Le indico el paquete que está en la mesa. El aparato no ha parado de volar por durante once minutos. El límite para todas las presentaciones es de quince minutos. Aparentemente, nuestro prototipo lo logró. Gracias a Diana. Aunque no tengo el coraje de subir mi mirada para verla, deseo que su pecho se llene de la misma satisfacción que estoy experimentando.

Muestro mi semblante más feliz. "¿Le indicas a la audiencia que hay algo en este paquete?", le pido.

Baja su cara, sube el parque y lo muestra a los presentes mientras sonrío. "Así es. Hay ocho libros aquí", dice, y luego ríe con fuerza. Las personas empiezan a aplaudir.

"Me gustaría que ahora lo subieras al dron", le pido. Comienza a hacerlo y veo a los asistentes. Cada libro pesa cuatrocientos gramos. Eso nos da un total de cuatro kilos y ochocientos gramos. No llega al límite de peso, pero nos permite demostrar nuestro punto".

El público ríe.

Pero yo no lo hago. Sé que se acerca una prueba de fuego. Le doy gracias a mi ayudante y subo el dron con mi control. Ahora lo pongo a volar sobre las cabezas de los asistentes.

Algunos cubren sus cráneos para evitar que un libro caiga sobre ellos si hay algún problema. Otros reaccionan aplaudiendo, gritando y riendo.

Nada malo sucede.

Abro mi boca para dar la información final. "Nuestro dispositivo cambiará por completo los modos en que las tiendas pequeñas llevan sus productos a sus clientes en cualquier parte del mundo. Y también permitirá aumentar sus lealtades. Los paquetes podrán llegar en pocas horas, algo que ahora es un sueño para la mayoría. Incluso las tiendas más pequeñas podrán utilizar esta tecnología. Ahora les agradezco que hayan venido a nuestra exhibición. Innovaciones Martínez siempre busca cómo crear productos novedosos que solucionen problemas cotidianos. Podré responder sus preguntas cuando el resto de exhibiciones termine", digo. La exhibición está a punto de concluir. Siento una mezcla de felicidad y satisfacción al ver el reloj.

Los asistentes se levantan para aplaudir y puedo oír la sonora alegría aun cuando entro en los bastidores con el dron. Finalmente me siento ligeramente aliviado, aunque mis pies abruptamente comienzan a temblar. Siento que estuve corriendo varios kilómetros. De hecho, es lo que siento que hice. Lo que sucedió desde el principio del proyecto me ha cansado tanto como una carrera de

esa longitud.

No puedo ver a Daniel. Al subir mi cara y mirar el fondo, puedo ver su silueta finalmente. Su rostro luce como si hubiera visto un cadáver. Me pregunto qué creía que iba a suceder. Era obvio que el dron de Diana volaría perfectamente. Ese aparato no había sido modificado.

“Carlos, lo lograste”, dice. Sonríe repentinamente para sofocar el shock. "De verdad lo lograste", afirma con alegría, y aprieta mi hombro.

"La verdad es que lo *logramos*", digo para corregirlo. Y ese plural no lo incluye. Estoy hablando de Diana y de mí. De no ser por sus incontables noches de insomnio, nuestro aparato habría caído en llamas al piso. "Y esto no ha terminado. Quiero ver lo que sucederá con Castillo y Compañía".

"Pero mostramos nuestro dron antes que ellos", dice.

Así es. Pase lo que pase con la empresa de Castillo, ya hicimos una exhibición exitosa. Por primera vez dice la verdad. Mostramos nuestro dron antes que ellos.

Ahora viene su turno.

Un ingeniero de la empresa de Castillo inicia su presentación. Seguramente Daniel quiere observar las cosas más de cerca, obtener un perfil que yo no puedo tener. Quizás no quiere presenciar conmigo lo que sucederá. Hay mucho en riesgo. Lo lamento, pues quisiera mirar su cara cuando el aparato caiga, si es que lo hace. Pero desapareció poco después sin que me diera cuenta.

Veó a los asistentes. Todos fruncen su ceño. Seguramente creen que están observando una repetición de algo reciente. Aunque Castillo es tan astuto como para usar otras palabras en lugar de las nuestras, está claro que el diseño y los dispositivos son prácticamente iguales. "Exacto", digo en voz baja mientras sonrío. "Es una repetición. Nos robaron. Y nos robaron descaradamente".

Veó el reloj ubicado en la pared y me doy cuenta de que han pasado poco más de ocho minutos. El dron aún está en el aire. Siento una mezcla de confusión y miedo. ¿Podrá mantenerse volando a pesar de lo que ocurrió? ¿Daniel notó que Diana le había entregado unos datos falsos? ¿Todo fue mentira o solo quería distraerme? ¿Creí que mi amigo me había traicionado, aunque no lo había hecho? Ya van nueve, diez, doce, quince minutos. Maldición. Todo lo que aseguró Diana era mentira.

Ahora parece que solo se burló de mí una vez más. Cuando finalmente me atrevo a subir mi cara, noto que Diana se fue. Vuelvo a ver el dron y siento que un ancla cae sobre mi cabeza. Por momentos le creí.

La voz de una chica apaga el silencio en el salón. Es la voz que quiero escuchar hace miles de horas. Vólteo y la veo.

Toma un micrófono y se acerca al primer escalón del escenario. "Es un aparato estupendo", declara. "Pero me gustaría verlo volar. No hablo de sobrevuelos cerca del piso. Hablo de vuelos reales".

Los ingenieros de Castillo intercambian miradas de confusión.

Oigo los murmullos de los asistentes.

"Como dije, espero que tu dron vuele de verdad en lugar de sobrevolar solo distancias cortas".

Un asistente se levanta. "Tiene razón. Deberías mostrarnos si puede hacerlo", grita". El ingeniero que presenta el dron se da cuenta de que debe aceptar. Sube el aparato con el control remoto y lo lleva a una altura superior.

No hay risas, como sí las hubo cuando algunos pudieron ver los libros sobre ellos. Tras ocho minutos, oigo un ruido. Otras personas cerca del escenario también lo oyen. Veo el miedo en sus rostros. El aparato está a unos metros del suelo, pero hay una pequeña llama en uno de sus ventiladores. Unos periodistas se protegen poniendo sus manos sobre sus cabezas.

Hay gritos de pánico y las puertas de emergencia se abren cuando la pequeña llama se incrementa. Pronto hay un intenso fuego en el dron. Algunos de los invitados se levantan con premura y se desata una ola de temor. Algunos saltan sobre los asientos y el aparato se desploma entre chispas y una densa neblina gris.

"¿Qué carajo ocurre?", grita Castillo. Su cara tiembla por la ira que siente. Ya sé lo que ocurrió. Que te fuiste al carajo.

CAPITULO 26: CARLOS

Sé que Diana querría estar allí para presenciar la dantesca caída de la empresa de su padre, pero perdí su rastro. No sé qué rayos se hizo. No creo que se haya ido cuando estalló el dron y se inició una estampida de todos los asistentes. Sé que no lo haría, pues en el laboratorio cayeron muchos drones y no les teme a esos episodios.

Uno de los encargados de la protección de los asistentes tomó el extintor del dron para apagar las llamas, pero solo se trataba de una lámina plástica que el fuego ya había consumido. Giro para ver a los pocos presentes que se quedaron. Muchos no comprenden lo que sucedió.

Ni siquiera en mis fantasías más optimistas, el dron se habría incendiado y caído de una forma tan maravillosa. El plan resultó perfecto.

Fue un momento espectacular.

"¿Y el dron que presentaron? ¿Puede volar a esas alturas?", pregunta con fuerza Castillo.

Por supuesto que mi dron tiene esa autonomía de vuelo. Sonríe y sigo observando los alrededores para ver si encuentro a Diana. Le debo una disculpa por actuar como el mayor pendejo de la historia. Sé que, aunque diga lo que diga, de todos modos, no lograré que me perdone.

Pero en lugar de ver a Diana, es otra la persona que aparece ante mis ojos. Se trata de Daniel. Detrás de él está Castillo.

Llegan a una puerta con un cartel que indica que únicamente pueden entrar empleados, y creen que nadie puede oírlos ni verlos.

Apoyo mi cabeza en la puerta y puedo verlos entre dos consolas de enfriamiento. Puedo escucharlos. Camino entre las personas y con prisa llego a un pasillo. Solo caminan unos metros más. Están cerca del área de los aires acondicionados centrales.

"¿Te das cuenta de lo que ocurrió? ¡Me hiciste quedar como un idiota frente a todos! Eres el responsable. Me entregaste el diseño y aseguraste que todo saldría perfectamente bien. Ahora parece que solo querías burlarte de mí", le grita. "Mierda. ¿Qué rayos te pasó por el cerebro, idiota?", grita Castillo. Sube su mano y creo que va a darle un puñetazo a Daniel.

"¡Carajo, Augusto! No sé por qué no pudo volar. Antes del feriado todo estaba bien con el diseño. Incluso hicimos una prueba en el laboratorio. ¡Allí voló perfectamente! ¡A él le salió perfecto!", le dice. No quería burlarme de ti. Te pido disculpas. ¡Estoy tan consternado como tú!", asegura. Y es cierto. Es la primera vez que lo veo tan consternado, a pesar de los años que llevo conociéndolo o creyendo que lo conocía. "recibí la información de manos de Diana. Me entregó los cálculos para instalar las piezas nuevas en el exterior del dron", explica.

Está hablando de mí.

Tenías que haber hecho las cosas por tu cuenta. Era mi plan inicial, pero no quisiste ejecutarlo", dice. "Veo que es obvio que le creíste su mentira", exclama Castillo. "Es posible que sea más brillante de lo que eres, y alteró algún dato a propósito. Como te mencioné antes, ya sabía que no daría resultado".

Parece que Diana tenía razón: soy tan testarudo que no veo la realidad, aunque está frente a mis ojos. Las palabras que oigo me indican que Daniel no es solo un espía. Es algo más. Es el socio de Augusto. Qué horror. Aún albergaba la esperanza de que no estuviera actuando de ese modo, que no se hubiera atrevido a engañarme. Pensé que lo había manipulado, que lo chantajeó, que había algo más que lo obligaba a hacer lo que hacía.

"Fracasaste. No has dejado de ser un idiota", asevera Castillo. "¡Tantos millones! ¡Tanto esfuerzo! Y ahora perdí todo, especialmente el prestigio que me costó tanto ganar. ¡Ya nadie querrá asignarnos un contrato por esta mierda! Son miles de millones de pesos en pérdidas. Ningún banco ni inversionista querrá poner dinero en nuestra empresa por ese incendio que acabamos de ver. Ahora me resultas inútil".

No tengo que oír el resto de sus vomitivas oraciones. Doy la vuelta y la declaración de Casillo se queda en mis pensamientos. Me basta con lo que ya admitió. Ahora quiero salir de aquí.

"¡Señor Martínez! ¡Por favor, señor Martínez!".

Pronto entro al escenario y las preguntas emocionadas de los periodistas alcanzan mis oídos. Solo tengo unos segundos para tomar aire.

Diana, sin embargo, no está ahí. Su voz es la única que quiero escuchar.

CAPITULO 27: DIANA

“Innovaciones Martínez demandará a Castillo y compañía por violar su patente”.

Papá tendrá que darle a Carlos todo su dinero, que ya no es mucho después de su rotunda caída en la feria de innovaciones. Me siento contenta al ver el encabezado del diario. La información aparece en todos los medios de comunicación. Carlos está procediendo como creí que lo haría. Como deseé que lo hiciera. Va a llevar a mi padre a la corte por sus fechorías.

Sé que, pase lo que pase, cada oración hiriente que salga de los labios de papá va a dejarme una profunda herida emocional, aunque trate de no sentirme triste. Pero igualmente, un día después del evento, fui a su empresa para enfrentarlo. Cada palabra que dijo fue un cuchillo que se clavó en mi corazón. A pesar de todo, aún me lastima su forma de hablarme, pero la verdad es que lo crea de mí ya no me interesa en absoluto.

Sentía vergüenza de mí y sus manos temblaban cuando las levantó. "Eres...", dijo, como si quisiera maldecirme. Me vio con asco al entrar en su oficina.

"¿Qué soy?", le pregunté, con indiferencia.

"Despreciable", gruñó. Es increíble que una basura de tu calaña me haya traicionado así. Soy tu padre, pero preferiste ser leal a ese pendejo en vez de trabajar para mi beneficio".

¿Por qué me detestaba de ese modo? ¿Por qué no le importaba nada de lo que yo hacía, decía o sentía? Tragué grueso para ahogar la ira que sentía. No entendía aún qué lo llevaba a expresarse así conmigo.

"¿Qué hice para merecer tu odio? ¿Por qué me hablas así?", le pregunté.

"Te lo diré. La verdad es que me recuerdas a tu madre. Por eso te odio", aseguró.

"¿Por qué?", le pregunto. Su frase me deja perpleja. Es la primera vez que menciona a mamá en años.

"Esa tonta no quiso jugar a mi favor. Haces lo mismo que ella hizo", dijo. "Me abandonó", dice con rudeza y frialdad.

"Quizás el verdadero tonto eres tú. Solo aproveché mi ventaja cuando me di cuenta de lo que sucedería", dije. "Dices que soy una tonta, pero nunca creeré que eso sea cierto", dije en voz baja, aunque ansiaba hablar con firmeza, pero no podía.

"Diana, tenemos la misma sangre en las venas. Somos la misma carne. Pero arruinaste mi empresa, solo porque viste una ventaja y la aprovechaste. Lo hiciste porque querías demostrarme algo. Que podías destruirme. Eso era lo que querías".

“Papá, solo hice todo lo que hice para evitar que un ladrón como tú obtuviera algún tipo de provecho de una tecnología que solo robó”, le dije. Negué con mi cara con toda la calma posible, aun cuando el dolor me aturdí. Mi padre no entendía nada. No lo haría jamás. Su ego se lo impedía. "¿Por qué crees que tenía la intención de hacer algo así? ¿Por qué crees que hago lo que hago solo para lastimarte? Todo lo que hice fue por mis principios. Quería que se hiciera justicia. Lo correcto era que Carlos ganara. Desarrolló el diseño del dron. Se esforzó por hacerlo durante

meses”.

"Guao. Mi hija es una heroína", aseguró. Hizo una larga pausa mientras veía mi cara. Luego unió sus manos para aplaudir. Con lentitud. Con ironía.

"Una que pudo mentirte sin que te dieras cuenta", le aseguré. "Además, solo quiero que se haga justicia".

"Espero que recuerdes eso al leer mi testamento".

Haz lo que quieras con tu dinero. No sabes nada de mí. Ni siquiera trataste de hacerlo. Si lo hubieras intentado, sabrías que no quiero que me des nada. Regálasele a quien desees", le respondí. Luego reí a carcajadas. "¿Tu testamento? Por favor", le dije.

"De acuerdo", respondió con ironía.

"Papá, recibo tantas ofertas de empleo que no podré responder a todas. Lo que te dije del dinero es cierto. No necesito nada. Todos ya vieron lo que puede hacer el Águila ZTY2 y saben que aporté mucho durante el desarrollo. Carlos fue tan bondadoso que añadió mi nombre a los créditos del aparato, aunque supongo que ya lo había añadido antes de que se pusiera en venta".

"De todos modos, espero que te vaya muy mal", aseguró, y giró para no verme más.

Cuando lo hizo, entendí que difícilmente volveríamos a vernos. Supe que era el fin de nuestra relación, si es que en algún momento la tuvimos. Era claro que no podríamos acercarnos de alguna manera. Entre él y yo solo hay frío y distancia. "Creo que me irá mejor que a ti", dije, y sonreí, aunque solo podía ver sus hombros. Evité despedirme y giré.

Aunque no he hablado con Carlos y tal vez no lo hagamos nunca tras el suplicio que vivimos, me siento agradecida de que haya informado al mundo que colaboré estrechamente con él para que el dron pudiera tener éxito. Era innecesario que lo hiciera, pero igualmente lo hizo. Es una muestra más de que tiene principios, a diferencia de papá, alguien que seguramente habría asegurado que había trabajado solo sin detenerse en pensar en mí o alguien más. Veo una vez el encabezado y comienzo a leer el resto de la nota informativa mientras tomo café. Ojalá Carlos destruya la compañía de mi padre. Que no quede nada de ella.

La nota de prensa indica que seguramente papá querrá un acuerdo extrajudicial. Me parece una lástima, pues me encantaría ver a mi papá subir a un estrado, temblar de miedo, y que fuese juzgado por sus delitos. Está claro que papá hará lo posible para evitar pisar el juzgado.

Siento dolor por Carlos. Fue amigo cercano de Daniel por muchos años, a diferencia de mí, que apenas lo conocí. Él sí deberá encarar la justicia. Fue un espía empresarial y deberá pagar por ello. ¿Cómo es posible que alguna vez haya admirado su trabajo?

Lo más triste de todo es... que aún siento dolor por Carlos.

CAPITULO 28: DIANA

Ya no tengo motivos para negarme a limpiar el apartamento cuando se ensucie. Quemo tantas calorías mientras aseo el lugar como si estuviese en el gimnasio. Pero hace mucho calor. Se acerca la hora del almuerzo y creo que si salgo arderé. "Menos mal tengo aire acondicionado", me digo en voz baja. Bajo la temperatura mientras me preparo para limpiar mi apartamento. Como comencé a trabajar por mi cuenta, ahora tengo tiempo suficiente para mantener mi espacio en orden.

Escucho el timbre de la puerta. Justo cuando estoy limpiando los azulejos de mi cocina, alguien me interrumpe. Me pregunto de quién rayos se trata. Dejo el cepillo y la mezcla de agua con jabón a un lado para limpiar mi cara. Uso mi antebrazo para secar mi sudor y suspiro. La verdad es que no sé quién podría venir a visitarme.

Y cuando veo sus caras, me doy cuenta de que son las personas que menos esperaba que me visitaran. Por el resto de mi vida.

Seguramente las gotas de sudor están cayendo al piso mientras los veo. "¿Qué hacen en mi apartamento?", les pregunto. Recuerdo que estoy empapada de sudor y mi ropa huele a jabón. Tengo mis cabellos dispersos por toda mi cara y mis manos tienen guantes.

"¡Queríamos visitarte!", dice Antonella. Ríe alegremente mientras mantiene su mano sobre la de su papá.

Carlos cree que la presencia de Antonella enternecerá mi corazón. Es obvio que no me conoce. "Me doy cuenta", respondo. Le sonrío y luego veo a Carlos. Mi sonrisa se vuelve difusa. ¿Por qué no llamó? Hubiera sabido que vendría. Además, debió haberla dejado en su casa.

"¿Nos invitas a pasar?", me pregunta con curiosidad.

Me hago a un lado y los invito a pasar. "Creo que no puedo decir que no", respondo en voz baja.

Antonella levanta sus manos con emoción. "¡Cielos, Diana! ¡Qué hermoso apartamento!", grita.

"Tiene el tamaño de tu tienda de campaña", le digo. Afortunadamente estaba terminando de limpiar. Ya no debo levantar alfombras ni retirar telarañas de la sala de estar. "Pero parece que te gusta", digo, y llevo mi mano a mi cintura mientras sonrío.

"¿Cómo?", pregunta con seriedad. "Es mentira. La carpa de princesas es muy, muy pequeña".

"Puedes tomar asiento", le indico, y subo mi mirada para ver a Carlos. ¿Qué cree que va a lograr? No lo sé, pero la presencia de Antonella en mi apartamento emociona mis sentidos. Es adorable. Cautiva rápidamente mi corazón.

Es obvio que siento algo. Algo intenso. Debo ser honesta conmigo misma.

"Tal vez no sea necesario", responde, y sonrío.

"¿Y por qué no lo sería?".

"Porque debo irme. Tengo muchas cosas que hacer", dice Antonella. Mi timbre suena otra vez. Eso me causa más sorpresa.

Río con su declaración y voy a la entrada. Una señora de aspecto amigable y algunos años más que yo me saluda. "Vine a buscar a Antonella", me dice.

Carlos agita los cabellos de su hija. Ella sale con prisa y abraza a la señora. "Te presento a Mirtha. Cuida a Antonella mientras trabajo", me cuenta.

Me irrita que Carlos crea que puede venir como si no hubiese ocurrido nada y retomemos fácilmente lo que sucedió entre nosotros. "Entiendo", digo. Ahora me doy cuenta de que solo traje a Antonella para poder pasar a mi apartamento. Como Mirtha vino a recogerla, puede quedarse conmigo. Siento una leve emoción, aunque la jugada de su padre me produce algo de molestia.

"Diana, espero que vengas a nuestra casa esta semana. ¿Me lo prometes?", me pide Antonella.

"Déjame ver qué puedo hacer", le contesto. Toco su mejilla y se va con Mirtha. Me quedo sola con Carlos.

"¿Por qué sigues tratando de manipularme?", le grito cuando ambas salen y la puerta se cierra. Giro para enfrentarlo. "¿Qué mierda haces en mi casa?", le pregunto, Mi cuerpo tiembla por la ansiedad que siento.

"¿Cómo dijiste? No estoy manipulándote".

"Viniste con Antonella", le recuerdo. Exhalo mientras subo mis manos. Mis cejas suben rápidamente porque no creo nada de lo que dice. Es obvio que quería manipularme.

"No olvides que soy el más afectado por todo esto", me responde con algo de tristeza. "Además, la traje porque quería verte. No ha parado de hablar de ti desde la semana pasada. Me preguntó mil veces cuándo podría venir a saludarte. Decidí traerla, aunque solo fuese por unos segundos, no hubiera podido conversar contigo".

"Parece que perdiste la razón", le digo. ¿Afectado? Eso me causa tanta gracia que no puedo parar de reír.

"Así es. Perdí la razón. Por lo que siento por ti".

"¿Qué te parece si te exijo que te vayas? Es mi apartamento y decido quién entra. Además, no deberías estar aquí después de lo que hiciste. Además, que te sientas afectado no significa que puedas venir a verme y yo tenga que tolerar tus comentarios. Supongo que eres consciente de ello.", le digo. Evito mostrar alguna reacción ante su revelación, si bien mi corazón está a punto de explotar de emoción.

"Solo me gustaría pedirte disculpas. Saldré cuando me oigas. Diana, te lo suplico".

Es inconcebible que trate de superar la tensión que siento cuando estoy cerca de él. "¿Por qué no me llamaste para hacerlo?", le pregunto, sin embargo, con firmeza, aunque me siento más débil que antes. Su mirada hace que me derrita una y otra vez. ¿Por qué me hace esto? Carlos es tan sensual, tan atractivo, tan caliente, tan... todo.

"Pensé en hacerlo, pero me pareció mejor venir a tu apartamento. Es mejor hablar personalmente, ¿no crees?".

Mantengo mis brazos sobre mi pecho, para mostrar que no quiero que se acerque. Para enseñarle que me siento muy lastimada todavía. Que no me convencerá tan fácilmente. Pero la verdad es que luchar contra él, contra mis sentimientos, me causa un profundo cansancio. Creo que debo ceder,

aunque sea un poco. "De acuerdo. Estás en mi apartamento, como querías. Solo di lo que viniste a decir", digo.

"Me cuesta... comenzar", dice. Aunque me parece insólito, le cuesta hablar.

"¿Por qué no comienzas disculpándote por decirme lo que me dijiste? Es la mejor forma de iniciar tu discurso".

"Oí a tu papá luego de la presentación. Discutió con Daniel. Todo ocurrió tal como aseguraste que ocurriría", me cuenta. Su rostro se llena de un intenso tono rojo. "Ahora sé que es verdad. Te pido una sincera disculpa. Fue un error de mi parte calificarte de ese modo. Ahora comprendo que será difícil que me perdones. Y también entiendo que siempre dijiste la verdad".

"¿Y?".

"¿Qué quieres decir?".

Recordar lo que hicimos unos momentos antes de esa horrible charla hace que mi corazón lata con fuerza. Pero encojo mis hombros. "¿Y qué quieres que haga? Obviamente, cometiste un error. Siempre supe que estabas equivocado, e igualmente me trataste mal. Nada podrá cambiar eso. ¿Olvidaste cómo me trataste, cómo dijiste todas esas cosas para hacerme sentir inferior?", le pregunto.

"No lo he olvidado", susurra, y mueve su cara a los lados. "Sé que fue una estupidez de mi parte. Y mis palabras no son suficientes para expresar mi arrepentimiento o la culpa que siento por mi actitud. Creí que habías entregado a mi enemigo, y me sentí horriblemente mal. Asumí que eras una persona distinta a quien decías ser. Además, el futuro de mi empresa estaba en juego. Intenta ponerte en mis zapatos y dime cómo habrías reaccionado".

"Hubiera preguntado qué hacías con Augusto. Y también habría preguntado si eras el espía de Castillo y Compañía".

"¿Qué te haría ser tan honesta conmigo? ¿Me habrías dicho la verdad si fueses el agente de Castillo en mi empresa?".

"Sí. Hubiera sido sincera porque sabía que tú lo habrías sido conmigo. La verdad es que, si hubieras tenido evidencia y actuado honestamente como lo hice con Daniel, me habrías mostrado esa información, o al menos eso creo que habrías hecho. Así podrías haberte dado cuenta de lo que realmente sucedía. Pero no me permitiste explicarte. Solo me quedó la opción de escribirte un correo electrónico y pedirle a Dios que no lo borraras antes de leerlo".

"Lo leí. Y aún no lo he borrado", dice, con aparente honestidad. Admito que se oye muy sincero. "Y ahora quiero hacer lo que sea para enmendar mi error. ¿Comprendes?", pregunta, y se acerca un poco. Luego se acerca más. "Estoy diciendo la verdad. Haré lo que sea".

Apenas tenemos un tiempo conociéndonos, pero no hay forma de negar los sentimientos que nacieron dentro de mí. ¿Huyo de él? Decido no hacerlo. Su cuerpo está a solo unos centímetros, lo que me causa una emoción inmanejable. Tengo mucho tiempo rechazando lo que ya sé que me ocurre. Han pasado días sin su presencia y me he sentido en el infierno.

En el infierno del deseo.

"La verdad es que logré lo que logré porque tú trabajaste conmigo".

Siento sus caricias suaves y me quedo en silencio. Toma mi mano y le permito que deje la suya sobre ella.

"Quiero compartir mi alegría contigo. Por ti nuestro dron voló perfectamente en la exhibición. Eres la verdadera responsable de nuestro éxito. Llegamos a la cima por tu trabajo".

"No entiendo nada", digo en voz baja, con gran impaciencia.

Su mirada se sostiene sobre la mía. "Primero que nada, quiero que regreses a la empresa. Tienes que volver al laboratorio. Eres la mejor ingeniera que he conocido", dice, y masajea mis nudillos.

"Creo que... rechazaré tu oferta", le digo, pero los zumbidos que produce la emoción que siento no me permiten oírme apropiadamente. Tal vez Carlos no se da cuenta del efecto que me produce. Es lo más seguro. Parpadeo y luego de unos segundos cierro mis ojos para simular que estoy reflexionando sobre su oferta. Me parece bien que sufra por unos momentos luego de su maltrato.

Se aleja unos centímetros y descubro su mirada, una mezcla de confusión y profundo pesar. "¿Cómo?", pregunta. Su ceño está fruncido.

"Lo que intento decir es que me gustaría volver a tu empresa, pero no para que seas mi jefe. Ya trabajo para algunos clientes propios", le digo. Si creyó que aceptaría rápidamente, obviamente se equivocó.

"¿De verdad?", me pregunta con desconsuelo, aunque su cara se alegra al comprobar que le dije la verdad. "¡No sabes cuánto me alegra escucharlo!".

"Te entiendo. La verdad es que el hecho de que incluyeras mi nombre en los créditos finales del proyecto fue de mucha ayuda. Estoy muy agradecida", digo, y veo a los costados mientras suspiro. Luego continúo. "Siempre he deseado trabajar de forma independiente y que la gente valore mi trabajo sin fijarse en el apellido de mi padre. He deseado estar lo más lejos posible de él en todos los aspectos. Después de que se enteró de mis acciones, no volvió a hablar conmigo. Eso significa...".

Comienza a sonreír y sus ojos se llenan de luz. "No tienes que decir nada más. Es muy triste que no puedas trabajar conmigo todo el tiempo, pero me alegra mucho ver todo lo que has logrado", revela en voz baja.

"Una cosa más", digo, y me acerco a él. Me doy cuenta de que es la primera vez que alguien me dice sinceramente que le alegran mis logros. Es una sensación estupenda. Me gustaría experimentarla con más frecuencia.

Me ve con lujuria mientras sonrío. "¿De qué se trata?", me pregunta.

"Estaría mal que salga con el presidente de la empresa".

"¿Estás hablando en serio?", me pregunta. Amplía enormemente su sonrisa. Nunca se había mostrado tan feliz como ahora.

"Así es".

"Entonces debo informarle, señorita Castillo, que ya no tendrá que laborar para Innovaciones Martínez", dice. Sus dedos llegan a mi rostro y sujetan con delicadeza mis mejillas.

"Oh. Es triste escuchar eso. Le agradezco igualmente la gentileza que tuvo para informarme, señor

Martínez".

"Como ya no formará parte de mi personal, señorita Castillo, ahora también tengo la gentileza de informarle que tengo que besar su rica vagina".

Río a carcajadas y se acerca poco a poco. "La verdad es que huelo horrible".

Sus manos llegan a mi cintura. "Puedo arreglar eso. Lameré tu vagina hasta limpiarla completamente o esperaré que tomes una ducha", susurra.

"No creo que quieras que tu boca se llene de sudor y jabón".

"Nena, llenaría mi boca de ti en cualquier momento. No me importa que estés arreglada o desarreglada, limpia o sucia, llena de sudor y jabón. Te amo y te amaré siempre. Quiero que tengas un orgasmo, aunque no te hayas duchado".

"¿Qué dijiste? ¿Me amas?", le pregunto. Sus palabras me dejan en shock.

"Así es. Mi amor por ti es real", asevera, y sonrío. Me quedo sin aliento mientras afirma con su cara y me muestra una suave y jodidamente atractiva sonrisa. Es la más sensual que he visto.

"¿Y desde cuándo lo sabes?", le pregunto.

"Desde que aseaste a Antonella en mi casa. Cuando las vi estar tan cerca esa emoción se ancló en mi pecho. Además, una certeza se adueñó de mi mente: que nadie se atreva a lastimar a una de las chicas que están frente a mí o lo asesinaré con mis propias manos. Quise protegerlas. Sentí que me pertenecían. Pero como ocurrieron tantas cosas entre nosotros después, evité confesarlo. Supuse que tal vez era una reacción, algo momentáneo".

"Pasaron muchas cosas porque me sentí muy atemorizada. Creí que...".

"Dejaría de respetarte, pero eso no iba a suceder", dice, y completa mi frase.

"Oye, precisamente por este tipo de cosas ocurrieron todas esas cosas", le digo, y golpeo suavemente su hombro.

"Te puedo asegurar que mi amor es sincero. Puedo aceptar que no me ames, aún, pero me encantaría saber que el sentimiento es mutuo", dice, con tono de broma, aunque hay algo de seriedad en su semblante.

Aunque supuse que ya era el momento de olvidarlo, volvió para demostrar cuánto me ama. Creo que empezaré a saltar sin poder evitarlo. Lo que esperaba que ocurriera está pasando. El hombre por el que siento tantas cosas está frente a mí, y sus brazos me rodean con fuerza.

Mientras sus labios alcanzan los míos mis mejillas se anegan de llanto. "También te amo, Carlos", digo con calma.

CAPITULO 29: CARLOS

Un mes después

Quiere que vuelva a tener toda su piel bajo la mía. "Acércate", le exijo cuando cierra mi puerta. Luce un vestido que la hace ver impresionantemente atractiva. Sin titubeo avanza hacia mí y su pecho choca con mi abdomen.

Mi boca toca su sien y la acerco más. La sensación es extremadamente placentera. "Mierda. Solo quiero quitarte este vestido", le informo cerca de su oreja.

"¿Por qué no lo haces?", me pregunta. Siento sus temblores.

"¿De verdad?", le pregunto. Parece que está retándome. ¿Piensa que va a desafiarme a ese nivel y vencerme? Creo que está planeando algo más. Reclino mi cabeza y frunzo mi ceño.

"De verdad", reitera, y sonrío maliciosamente mientras me ve. "Me gustaría que... seas un poco animal conmigo hoy".

Hago silencio mientras la veo.

Se da cuenta de mi erección. "Es cierto", dice. Veo su boca y sus dedos rozan mi pecho. Luego baja para tomar mi pene.

Hay una gran necesidad en nuestros cuerpos. Está ansiosa, aunque entiendo que la causa no es el licor. Lo desea. Igual que yo.

Presiona mi tronco con suavidad.

Es el inicio de mi recorrido a la cima del placer. Y estoy seguro de que empezará a gritar cuando ella suba allí gracias a mí.

"No me verás a mí. Verás el respaldo de la cama", le indico. Tomo su cintura para girarla. La dejo caer sobre la cama. Ríe suavemente y quiere regresar donde estaba, pero niego con un movimiento de mi cabeza. Me quito mi camisa y la veo. "Vas a quedarte como te puse", le exijo.

Hay sorpresa en su cara. Abre su boca para responder, pero rápidamente la cierra. Obedece mi orden y se fija en la cama. Sube su trasero mientras sus manos y pies se hunden en el colchón. Sube sus nalgas y las baja para provocarme.

Toco sus nalgas suavemente. "¿Quieres que sea 'animal' entonces?", le pregunto suavemente.

Voltea para verme y sonrío. Tiene un ligero espasmo. "Sí", contesta.

En silencio tomo su vestido y lo subo a sus caderas. Luego voy por su ropa interior. La arranco ferozmente y la lanzo a la pared. Toco sus pies para acercarla a mi pene y escucho su respiración ansiosa. Acaricio sus muslos y luego vuelvo a su culo.

"Quiero ver tu vagina", le indico con firmeza.

Asiente e impulsa sus caderas atrás. Con su mano expande sus labios vaginales y comienzo a disfrutar el panorama.

"No es suficiente. Ábrelo más".

Amplía su apertura y su vagina se aparece ante mí en todo su esplendor. Hay una feminidad rebosante a unos centímetros de mi vista. Su vagina rosa y empapada me invita a entrar en ella y no puedo resistirme. Mi boca se humedece, pero recuerdo lo que tengo en mente. Bajo para besar suavemente sus nalgas. Subo un poco y mi lengua alcanza su vagina cerrada.

Baja su mano para frotar su clítoris, pero la aparto rápidamente. "No lo hagas", le indico, y bajo unos milímetros. "Lo harás solo cuando te lo ordene", le digo. Su respiración se hace pesada otra vez. Paso mis labios por su entrada y empieza a gemir por lo caliente que se siente. Quiero saborearla. El sabor tierno y dulce de su vagina incrementa mi erección. Me satisface darme cuenta del placer que estoy proporcionándole.

Asiente, indicándome que quiere obedecerme, y pone ambas manos al frente. Sus gemidos ansiosos aterrizan en mis oídos.

Con mi mano en su espalda impido que se mueva. Mi lengua llega a su vagina, cerrada como siempre, y rápidamente me caliento. ¿Alguna vez habrá tenido un orgasmo de este modo? Siento que enloqueceré al ser el primero en penetrar su trasero, de acabar con esa virginidad de este lado de su cuerpo, aunque por ahora me satisface evidenciar el semblante de excitación que aparece en su rostro.

Quiero torturarla. Quiere que sea animal, rudo, así que me esmeraré para complacerla de ese modo y que descubra cuán salvaje puedo ser. Me estremece comprobar cómo se agita al sentir un placer tan fuerte que le parece incontrolable. Un placer que estoy proporcionándole. Continúa demostrando que le encanta lo que hago: reclina su espalda y gime una y otra vez. Después pierde su aliento y toco sus piernas hasta que llego a su vagina.

"Carlos, quiero que me hagas tuya", dice, y cierra sus ojos. Luego baja su cara. Sé que quiere expresar el deseo que he querido oír desde que la conocí.

Echo atrás mi cara y veo su cara. Me mantengo cerca de su cuerpo, y sus palabras son casi imperceptibles. Pruebo su vagina una vez más para excitarla de nuevo. "¿Qué dijiste?", le pregunto.

"Hazlo. Te lo ruego", me pide. Hay hambre en su rostro, en el que puedo notar la tensión de su mentón y el sudor en su frente.

"¿En serio?", le pregunto como si no lo entendiera.

"Sí. Necesito que lo hagas".

Masajeo sus labios vaginales suavemente mientras espero su respuesta. "No sé qué es lo que necesitas", aseguro.

"Necesito que entres en mi cuerpo", dice, con tono de ruego. "De la forma que desees. Por el tiempo que desees. Pero hazlo ahora, por favor", insiste. Escucho sus largos quejidos de decepción.

Me encanta burlarme un poco de ella, aunque la erección que tengo es tan fuerte que corro el riesgo de perder mis pantalones, rasgados por mi pene. Algunas gotas salen de su vagina. Entiendo que el dolor es insoportable para ambos. Debo hacer lo que me pide.

Toco su mejilla para que vea mi rostro. "Quédate allí", le exijo. Tomo su ropa interior, o lo que

queda de ella, y voy de nuevo a su cuerpo. Me acerco a su vagina y con mis dedos en sus labios vaginales le pido que separe sus piernas. Le indico que abra su boca con mi mano, y hundo la tela en su boca. Abre sus ojos ampliamente. Está sorprendida. "Lo hago para que Antonella no pueda oírnos, ¿comprendes?", le pregunto en voz baja.

Ella asiente. Luego suspira antes de cerrar sus ojos. Mueve acompasadamente sus muslos. Quiere expresarme de ese modo que me necesita, aunque ya lo tengo muy claro con la tensión de su cuerpo.

"Toma mi pene", le exijo con severidad después de bajar mis pantalones y mis calzoncillos. El panorama de su piel erizada me hace pensar que perderé la razón pronto. ¡Cuánto se calienta con mis movimientos! Inserto mi glande en la entrada de su vagina y su vagina se comprime automáticamente sobre él. Veo su cara. Tomo su culo y aprieto ambas nalgas rudamente.

Lleva su culo atrás. Voltea para verme por unos segundos.

Trato de mantenerme concentrado y controlarme, aunque debo hacer un esfuerzo supremo. Introduzco parte de mi tronco.

Mi tronco se llena con el esplendor de sus líquidos y la luz hace que se vea más brillante. Noto que ella se da cuenta de lo que quiero. Empuja su cuerpo adelante y atrás.

Me encanta ver su culo ansioso chocando con mis bolas. Sé que no dejará de moverse para recibir lo que tengo para ella. Quiere que mi pene se mantenga dentro de ella todo el tiempo que sea posible. Justo eso que está haciendo me satisface rápidamente, aunque lo que más me excita es sentir su húmeda vagina sobre mi pene, tomando con todas sus fuerzas mi erección para acabar con su necesidad. Baja su cara y vuelve a cerrar sus ojos. A pesar de que su boca está cerrada por su ropa interior, sus gritos desesperados siguen llegando a mis oídos a medida que su cuerpo toma lo que le doy. Es la primera vez que me produce tanto placer estar con una mujer, y quiero que se esfuerce más por mí.

Está sucumbiendo ante el éxtasis que estoy produciendo en ella.

Me mantengo en su interior unos instantes, aunque siento que estoy perdiendo el control. Mis bolas estás cada vez más rígidas. El dolor que siento en mi tronco es insoportable. Al cabo de unos segundos, siento que ya estoy a punto de quebrarme. Acerco mi cuerpo un poco para tomar algunos de sus cabellos. Llevo todo mi pene a su interior. Mi penetración inicial es lenta. Me acostumbro a sus movimientos. Luego acelero, me inserto en ella con mayor poder, y siento que nos convertimos en un solo cuerpo.

Unos segundos después, escucho un alarido sostenido y excitante que viene de su garganta.

Como había asegurado antes, logré que gritara. Su sonido inflama mi pecho de satisfacción.

"Supongo que ahora quieres tener un orgasmo", le digo. Apoyo mis dedos en su espalda. Entonces Diana asiente suavemente.

No es suficiente. "¿Quieres tenerlo o no?", le pregunto, seriamente, y quito de su boca la ropa interior.

"Lo necesito", dice salvajemente. El tono de sus palabras me hace descubrir un aspecto salvaje que no sabía que tenía.

Me encanta que sea mi chica. Sonrío suavemente.

. Sé que pronto llegará a la cima del placer. Vuelvo a introducir su ropa interior en su boca. Pongo mis dedos en su vagina y llego a su clítoris. Lo froto con la misma intensidad con la que la penetro. Tensa sus músculos nuevamente y gira su cara para verme. Sus extremidades se mueven de modo automático, y pronto es su cuerpo el que controla la situación.

Me concentro en ella y por momentos olvido que también estoy muy excitado. Cuando alcanzo mi sorpresivo orgasmo, llevo mi cara atrás mientras gruño potentemente. Hincó mis dedos nuevamente en sus nalgas, mientras olvido por un segundo que en el dormitorio contiguo duerme mi hija. Entro con fuerza una vez más en Diana. Mi erección late en su interior y la dejo allí, para que reciba todos los líquidos que tengo en mi cuerpo y sienta cómo me vacío.

Sus labios vaginales vibran mientras su vagina comprime mi tronco para ordeñar las últimas gotas que aún tengo en mis pelotas. Luego continúa moviendo sus caderas. Lo hace con más rapidez. Arquea su espalda mientras sus músculos se entumescen. Entonces descubro que está alcanzando su orgasmo también.

Ondas expansivas de placer salen de mi cuerpo y llegan al suyo. Sigo en su interior mientras el éxtasis aún nos agita.

Unos minutos después retiro con mucha calma mi pene de su cuerpo. Me acomodo cerca de su cuerpo y me acuesto. Gira su cara y saco la ropa interior que le puse.

"No te imaginas lo mucho que me encantó. Ahora quiero limpiar tu cuerpo, animal", dice. Luego acerca su cara y besa cálidamente mi boca.

Nada puede ser mejor que esto. Sonrío y la veo bajar a lo largo de mi pecho. Luego va más abajo. Y más. Y más.

EPÍLOGO

DIANA

Un año después

Le escribo por correo electrónico a mi nueva secretaria. Quiero que me entregue los detalles finales de la oferta que le haremos a la empresa para saber si todo está bien. "Estupendo. En unos cuatro días, como máximo, tendrás nuestra respuesta", digo, y sonrío. Termino así la conversación con uno de los ingenieros de una empresa que seguramente se convertirá en el siguiente cliente que tendré.

"Diana, ¿estás ahí?"

Escucho la voz de Antonella mientras recuerdo que me encanta trabajar de forma independiente. Así puedo hacer mis labores desde mi hogar. Ahorro dinero en alquileres, combustible y muchas otras cosas más. Además, aunque mi empresa ha sido exitosa desde que la abrí, puedo hacer todo desde casa. Está en mi puerta y siento que su presencia es una bocanada de aire fresco. Giro mi cara y sonrío. "Claro, preciosa. Dime qué ocurre", le pido. Toco sus cabellos y toma mi mano para llevarme al comedor.

Lo mejor de estar en casa es que no tengo que vestirme con ropa elegante. Casi siempre trabajo con ropa de dormir.

Con sus manos apunta a la comida. Me alegra saber que a pesar de que solo tiene siete años, ya puede hacer emparedados de atún, una ensalada César y galletas con chocolate. "El almuerzo está listo. ¡Ya lo preparé!", me dice Antonella con alegría.

"Te felicito, dulzura", le digo, y planto mis labios en su frente. "Pero recuerda que debes comer el almuerzo antes de comer las galletas".

Aunque hace nueve meses que me casé con Carlos, sigue siendo maravillosa. Es la mejor hija adoptiva que puedo tener. Ella ríe con fuerza y luego tomo asiento. Almorzaremos juntas, una costumbre que adoptamos cuando iniciaron sus vacaciones escolares. Es increíble lo que afortunada que soy. Tengo una verdadera familia ahora. Antonella me lo recuerda cada vez que sonrío.

Prueba su emparedado. "¿Ya terminaste tu trabajo?", me pregunta.

"Así es. Además, Carlos estará en unos minutos aquí".

"¿A dónde fue? Dejó de ir a la oficina los sábados".

"Sí. Fue a la tienda a comprar algo. Tiene buenas noticias, supongo".

"Espero que compre chocolate".

"También me gustaría, pero creo que es otra cosa", le digo, y comienzo a reír. "Pero puedes tener mi palabra de que es algo mejor que el chocolate", le digo, con la esperanza de convencerla. Estoy segura de que lo lograré.

Ahora siento que soy parte de una relación en la que me siento cada vez mejor, cada vez más plena. Carlos llega a casa en unos minutos, y lo recuerdo una vez más. Tiene una pequeña bolsa en su mano. Hay un obsequio en ella. Todos mis sentidos se emocionan. Es lo que siempre me ocurre cada vez que llega a nuestro dormitorio. ¿Cómo es posible que nuestro matrimonio sea tan feliz?

Me cuesta entenderlo, pues mis padres nunca lo fueron mientras estuvieron juntos.

Los ojos de Antonella se abren ampliamente. "Vaya. ¿Qué tienes ahí?", le pregunta. "¿Es un obsequio para mí?".

Carlos sube tanto la bolsa que Antonella no logra alcanzarlo. "Podría ser para Diana. ¿Qué crees?", dice con tono de broma.

Antonella sube sus brazos mientras salta una y otra vez. Carlos ríe con fuerza, y luego lo hago yo también. Antonella nunca ha dejado de divertirse con nosotros. "No es cierto. Es un obsequio para mí. Lo sé porque ella me lo dijo", responde.

"Así es", admite Carlos, y le da el paquete.

Siento náuseas, algo que me sucede recientemente con frecuencia. Tomo asiento y con mi mano la invito a sentarse.

Sé que tal vez se despierte un sentimiento de celos en Antonella. Tal vez quiera seguir siendo la única niña en casa. Vemos su cara. Ella sonríe y abre el obsequio. Hay mucha ansiedad en el rostro de Carlos, al igual que en el mío.

"¿Qué es lo que hay aquí?", le pregunta a Carlos.

Ella extiende la tela. "Es una camiseta. Lee lo que dice", le responde Carlos.

Solo son dos palabras y no dejan rastro de duda: "hermana mayor". Me quedo sin aliento mientras ella lee la frase.

Hay un nudo en mi garganta que me impide decir una frase completa. Intercambiamos miradas. Antonella hace una larga pausa. "¿Antonella?", digo en voz baja.

Carlos toca su hombro. "¿Hija?", le pregunta a continuación.

Antonella toca suavemente la tela en la que se encuentran las palabras. Parece que aún está descifrando lo que sucede. "¿Esto quiere decir que... tendré una hermanita?", pregunta.

"De hecho, es un hermanito", le informo. "Tendrás un hermano menor. Y nacerá en cinco meses, aproximadamente".

"¿Tanto tiempo?", pregunta, con sus manos sobre sus mejillas. Nos ve sin parpadear. "¿Debo esperar tanto tiempo para que nazca mi hermano menor?", pregunta con ansiedad.

"Vaya", dice Carlos. Luego me ve con curiosidad. "¿Entonces te alegra la noticia?", le pregunta.

"¿Por qué no me alegraría?", pregunta Antonella. Frunce su ceño.

"No sé. Simple curiosidad", le contesta él.

Antonella vuelve a saltar y abraza a su padre. "¡Un niño! ¡Mi hermanito! ¿Seré su hermana mayor entonces?", pregunta con alegría.

De haber reaccionado con molestia o egoísmo por la noticia de mi embarazo, habría sido terrible para mí. Mi alma estaría adolorida. "¿De verdad te alegra saberlo, dulzura?", le pregunto, y comienzo a llorar.

"¿Ya mi hermanito está ahí?", me pregunta en voz baja, y da unos pasos hacia el sofá. Sonríe ampliamente y se fija en mi vientre. Apenas se ve un círculo que sobresale.

La alegría que siento me impide abrir mi boca. Solo puedo asentir.

"Puedes acercarte. Tal vez dé una patadita", indica Carlos.

Antonella lo ve con curiosidad. "¿Ya es travieso? ¿Le da pataditas a Diana?", pregunta.

"No son travesuras. Se mueve un poco y eso me hace sentir que está pateándome", le aclaro.

"Guao", responde Antonella.

"¿Quieres tocar mi vientre?", le pregunto.

Es la primera vez que veo a Antonella tan feliz. Asiente y con lentitud acerca sus dedos a mi vientre. Su hermanito está calmado.

Carlos también se acerca y pone su mano sobre la de su hija. Entonces su gesto me hace darme cuenta de todo lo que hay en mi vida. El amor de todos los seres que quiero.

CARLOS

Cinco meses después

“Acércate, dulzura”, le pido a mi hija.

He tenido un día agotador, pero me siento el hombre más afortunado del mundo. La sorpresa de Antonella queda clara cuando veo sus ojos abiertos de par en par. Le pido que tome mi mano mientras nos acercamos a ver a su hermano menor.

Parece que no soy el único agotado. La cara de Diana muestra su cansancio, aunque al vernos sonrío suavemente. Su cabellera es un desastre y no ha podido dormir, aunque en el fondo puedo descubrir su felicidad. La felicidad de haber traído al bebé al mundo.

Nuestro bebé.

"Buenos días, dulzura", susurra Diana al ver a Antonella. "Me alegra verte. Tu hermanito tiene muchas ganas de conocerte".

Antonella se acerca al borde de la cama. Sus ojos brillan de emoción. "¿En serio?", me pregunta en voz baja. "También tengo muchas ganas de conocerlo", dice.

"Qué pequeño es", cuenta, sorprendida. La ayudo a subir su cuerpo a la cama. Está más cerca de Diana y su hermanito. Aran. El bebé de Diana. Mi bebé.

"Lo es", dice Diana, y toca la cabellera de mi hija. "Aun así, sabe quién eres. Te lo aseguro. Conoce tu voz por los libros que le leíste mientras estaba en tu vientre. ¿Por qué no hablas con él?".

“¿Hablar con él? Tiene sus ojos muy cerrados. Seguro quiere seguir durmiendo. ¿Si un bebé está dormido, lo mejor no es evitar que despierte?”.

Diana ríe suavemente. Yo también me alegro por su inocente pregunta.

Luego Diana sonrío y ve a Antonella. "Es verdad, aunque seguramente no va a despertar por los momentos. Su primer día ha sido agotador, aunque ya quiere pasar tiempo con su hermanita. ¿Te gustaría sostenerlo?”.

"¿De verdad? Es lo que más quiero hacer ahora", responde. Escucho su aliento pesado. Quiere saltar, pero sabe que no debe hacerlo.

"Sí", dice Diana. Le explica qué debe hacer y abre los brazos a Antonella, quien se prepara para acurrucarlo.

Una vez que mi hija tenga a mi bebé en sus brazos, mis sentidos colapsarán de felicidad. Será el mejor momento de toda mi existencia.

Antonella ve a su hermano con mucho cuidado. Gira para verme y luego observa a su madrastra. Entonces un llanto inexplicable comienza a salir de sus ojos.

"¿Qué ocurre, Antonella?", le pregunto, Me acerco a ella y toco sus hombros. Parece que se siente

inferior por la llegada del bebé. Es una reacción que no me gusta que tenga. Es mi primera hija. Y la amo con todas mis fuerzas. Eso no va cambiar jamás, independientemente de los hermanos que tenga a partir de ahora.

Pero sus palabras me indican que estoy equivocado. "Que me siento... feliz", asegura entre lágrimas. Toma a su hermanito y lo sostiene con cariño. "Más feliz que nunca".

Veó a Diana. Contiene su llanto, igual que yo. Comprendo a mi hija. Yo también estoy feliz. Muy feliz.

Fin